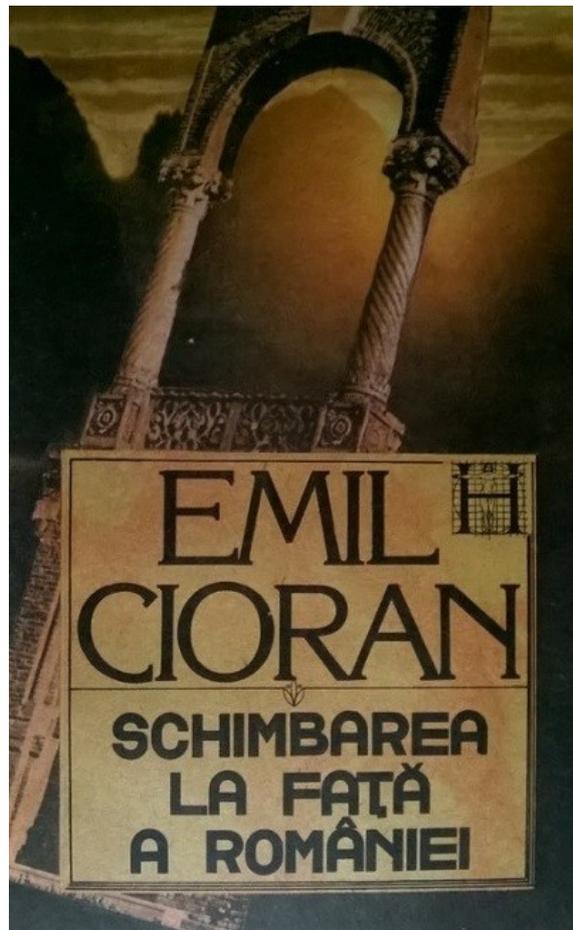


TRANSFIGURACIÓN DE RUMANÍA

(1936)



Emil Cioran

Traducción del francés:

Julio Pollino Tamayo

cinelacion@yahoo.es

ÍNDICE

I - La tragedia de las culturas pequeñas.....	5
II – El adanismo rumano.....	35
III – Las lagunas psicológicas e históricas de Rumanía..	53
I –.....	53
II –.....	77
III –.....	97
IV – Colectivismo nacional.....	119
V – Guerra y Revolución.....	141
VI – El mundo de la política.....	165
I –.....	165
II –.....	185
VII – La espiral histórica de Rumanía.....	203

I

LA TRAGEDIA DE LAS CULTURAS PEQUEÑAS

Los pocos milenios de historia, en los cuales no podemos hacer abstracción más que por ignorancia o en éxtasis – dos polos a-históricos –, obligan a una visión macroscópica y a una selección implacable de desarrollos humanos. Quién no ha experimentado la necesidad de juzgar el pasado desconectado de todo un mundo que le ha precedido, aunque su instinto lo integre por enlaces invisibles; del mismo modo que no se inscribe la profecía como una actualidad privada de existencia en el futuro. Hegel nos ha enseñado una verdad convertida después en lugar común, a saber, que el sentido profundo de la vida histórica es un progreso en la conciencia. Interiorizándose a medida que se aleja de la naturaleza, el espíritu se distancia de sus propias realizaciones y se mantiene sobre una cima en la cual el hombre se abandona a la perspectiva última. Más la conciencia incluye activamente el pasado, pues es englobante, puesto que sus dimensiones están definidas por el perspectivismo histórico. La visión macroscópica de la historia nos vuelve contemporáneos de todos los momentos esenciales del futuro humano y, simultáneamente, nos ahorra los detalles, los accidentes de la evolución. Y, de todas maneras, no sabríamos tener una visión microscópica de la historia, porque los fenómenos de segundo orden no tienen valor por sí mismos, son o bien las premisas, o bien las consecuencias de los fenómenos centrales.

Si el número de estos fenómenos es limitado, hay que buscar la razón en la estructura particular de la historia, que no siendo un continuo, se desarrolla gracias al dinamismo de las grandes culturas. Aquellas que no estén forzosamente tabicadas, se influyen y se condicionan hasta un cierto punto. Sin embargo no están caracterizadas por los elementos heterogéneos prestados y asimilados, sino por un núcleo íntimo, por la predeterminación de una forma específica. Paralelamente a la biología, o a la ortogénesis que enseña que el nacimiento y la afirmación de la vida están determinadas por condiciones y orientaciones interiores que tienen su razón de ser en la resistencia mecánica del medio ambiente, hay también en el mundo histórico una *ortogénesis de las culturas*, que justifica la individualidad de cada una de ellas por sus condiciones y determinantes originales, por su impulso específico. La marcha de las grandes culturas en la historia parece de este modo una fatalidad; porque nada puede obstaculizar su tendencia a afirmarse e individualizarse, a imponer su estilo de vida a los otros, a esclavizar a todos con su violenta fascinación. Como hay relativamente pocas grandes culturas, el número de fenómenos históricos es necesariamente limitado. ¡Un buen número de pueblos han perdido su destino por que no han sabido realizarse espiritualmente y políticamente, condenados a permanecer en sus fronteras étnicas, incapaces de convertirse en naciones, de crear una cultura! Del mismo modo que hay una gracia celeste, debe haber una *gracia terrestre*. ¿Y a quién afecta? A todas las grandes culturas. Porque son amadas por los hombres, como los santos lo son por los ángeles.

... Cada vez que abrimos un mapamundi, nuestros ojos se fijan exclusivamente en los países tocados por la gracia terrestre, las culturas que han tenido su destino, pero que han tenido ante todo un destino para los demás países..., para todas las culturas pequeñas, las cuales han refrescado su esterilidad a la sombra de las grandes.

La historia significa a las culturas (la Egipcia, la Griega, Roma, la Francesa, la Alemana, la Rusa, la Japonesa, por no citar más) que se han individualizado en todos los planos, todos unidos por una convergencia de relaciones internas pero perceptibles. Si no son numerosas, es porque los núcleos generadores originales no lo son, ni por otra parte *el sistema de valores* que realiza cada una. *Cada gran cultura es una solución a todos los problemas.* Pero hay una pluralidad de soluciones sin que sean infinitas. Así, la Grecia antigua o la Francesa (quizá las culturas más complejas) han resuelto – *a su manera* – todos los problemas que se le plantean al hombre, han encontrado su punto de equilibrio frente a todas las incertidumbres (al menos las de los griegos o franceses en el seno de ellas) y se han inventado sus verdades. En la perspectiva transhistórica de un prudente, la solución francesa o griega puede parecer no válida; pero pensemos en la cuna acogedora que fue para cualquier Griego o Francés *nacido* en sus verdades y conclusiones. Estar integrado de manera inmanente por una cultura significa para cada uno asignar a sus dudas, a sus concepciones y actitudes, los límites impuestos por *el marco* de esa cultura. El relajamiento de ese marco anuncia el principio de un declive, un crepúsculo del estilo, una desintegración de la dirección interior. Las culturas pequeñas – formaciones periféricas del futuro – están caracterizadas por tal relajamiento, no solamente en sus objetivaciones, sino igualmente en su núcleo, en su centro primordial e irradiador, en su esencia deficiente. ¿Qué significan en el universo Suecia, Dinamarca, Rumanía, Bulgaria, Hungría, Serbia, etc.? Las culturas pequeñas no tienen valor más que en la medida en que traten de abolir su ley, de escapar de una condena que les ata con una camisa de fuerza al anonimato. Las leyes de la vida no son las mismas en las grandes y en las culturas pequeñas. Las primeras tienen un desarrollo floral, crecen naturalmente a la vista de su grandeza; Francia no ha *sabido* jamás que era *grande* porque siempre lo ha *sido* y lo ha sentido sin cesar. Los complejos de inferioridad son propios de las formas menores de la vida histórica, en las que el futuro no puede concebirse sin un ejemplo, sin un prototipo.

Las culturas pequeñas son tan deficientes que, si se las abandona a sus inclinaciones naturales, degeneran en caricaturas de la historia. Si, desde un punto de vista biológico, pueden constituir ejemplos raros, eso no quita que estén desprovistas del *instinto* que debería conducir las hacia su destino esencial. Mientras que las grandes culturas están animadas de un *instinto de la historia*, a veces hipertrofiado, es decir de un impulso irreprimible que las impele a sobrepasar por todos los medios las fronteras de su futuro, a agotar sus últimos recursos en el proceso existencial, a no malgastar ningún elemento de su potencial cultural.

El instinto de la historia se distingue esencialmente del sentido de la historia. Desde Nietzsche y Spengler, sabemos que el interés por la historia es propio de la decadencia, puesto que el espíritu sustituye su impulso creador, la profundización en la intensidad, y tiende a una aprehensión extensiva, a la comprensión de sí mismo, a la caída retrospectiva en el mundo. El sentido de la historia convierte en temporales todas las formas y valores, de modo que las categorías y lo válido se arraigan en el mundo como cualquier relatividad concreta.

Cuando y entonces son las obsesiones del sentido de la historia, cuya hipertrofia inevitable ha engendrado el historicismo moderno.

El amanecer de las culturas y de las formas primigenias del espíritu son extrañas a las tentaciones de los sentidos. Toda gran cultura se crea en la atmósfera envolvente de una eternidad que el individuo absorbe por todos sus poros. Los constructores de catedrales en los albores de la modernidad, los constructores de pirámides en Egipto e incluso los héroes del mundo homérico vivían sin *distanciarse* de su creación; cada piedra colocada, cada gesto de sacrificio se estratificaba en un orden definitivo del mundo, en una arquitectura divina o cósmica, en cualquier caso muy poco humana. El relativismo histórico es una perversión de la sensibilidad temporal. Cuando una cultura ha agotado su riqueza en sus creaciones, comienza a tomar distancia con

respecto a sí misma, a tomar una perspectiva sobre su pasado y sobre el de las otras culturas. La inocencia creativa se agotó, reemplazada por el dualismo inherente a la comprensión histórica, que separa al espíritu del mundo al cual se aplica. La elevación floral del espíritu en las épocas culturales creativas les confiere un candor que buscaríamos en vano en la insípida lucidez de las culturas pequeñas.

Un pueblo que se lanza a la historia desde su primer acto de vida se desliza sobre su destino. Respirar en la mitología, separar la vida religiosa de la vida política, crear su propio estilo espiritual y político, acceder al poder y a su consecuencia, el imperialismo, etc., es lo que atestigua una evolución natural, una irresponsabilidad en la evolución.

Formado étnicamente, el pueblo francés ha franqueado el umbral de la historia. Es así en todo pueblo imbuido de un destino, capaz de perforar el mundo para convertirlo en su eje. Porque un pueblo así debe, desde su primer gesto vital, aportar al mundo *alguna cosa* que, en su desarrollo temporal, convertirá en *todo para él*.

Ningún obstáculo exterior puede impedir a un pueblo entrar en la historia. Su emergencia será ineludible o no será. ¿Por qué nosotros los otros, los Rumanos, más homogéneos que los Alemanes en el plano étnico, hemos debido *esperar nuestro destino* durante mil años? ¿Una posición geográfica desfavorable, la adversidad de la historia, las invasiones bárbaras, de vecinos salvajes? Tantas circunstancias que habrían debido constituir al contrario razones suplementarias para afirmarnos, y crecer; pero nos hubiera hecho falta tener una inclinación a hacer historia, una inclinación ciega y primordial que nos habría proyectado irresistiblemente al torbellino universal. Hoy, ¿dónde estamos? En *la voluntad* de hacer historia. Quien haya comprendido esto, habrá comprendido igualmente el drama de las culturas pequeñas y todo lo que nuestra tragedia tiene de racional, de abstracta, de consciente. En verdad, estos pocos milenios de historia nos han vuelto implacables en relación a nuestra *infra*-historia.

La aspiración tácita, pero constante, de los pueblos cuya obra les ha izado al rango de grandes culturas debe consistir en *estructurar el mundo alrededor de ellos*. Esta es la idea por la cual luchan, conscientemente o no. Como consecuencia de sus contenidos, los mesianismos se distinguen, se oponen, se combaten – solo su sustrato es idéntico. Las razones generatrices son las mismas – solo *las motivaciones* difieren.

Pensemos en algunos mesianismos y en el sentido profundo de sus ideas, en su antinomia ideológica e histórica, pero también en la identidad sustancial de sus raíces. *Dos pueblos mesiánicos no pueden vivir en paz*. Como no están al servicio del mismo sentido sobre la tierra, pero se combaten con idéntica intensidad dramática por su *idea* (en el fondo, por su *destino*), el conflicto se agrava en proporción de la maduración de esta “idea” en la sustancia de cada pueblo. Desde los profetas judíos a Dostoyevski (el último gran visionario mesiánico), cada pueblo que se construye un camino a través de la historia – lo sabemos – por su idea y por una fórmula de salvación que piensa universal y definitiva. Dostoyevski creía que el pueblo ruso salvaría al mundo – la única expresión válida de una fe mesiánica. Bajo su forma brutal, el mesianismo siempre ha sido ilustrado en los Alemanes, los Rusos y los judíos. Su destino no puede conducirles más que a caminos solitarios o hacia antagonismos dramáticos. Toda la historia de Francia no ha sido más que el cumplimiento concreto de una misión en la cual no ha sido un testigo ruidoso, porque la llevaba en la sangre y la realizó naturalmente. La idea de la *Gesta de los Francos* en la Edad Media, después las de la *civilización francesa* y de la *Francia eterna* han fijado Francia en la conciencia de sus ciudadanos como la única realidad cultural sustancial. En el curso de los siglos, las rivalidades entre Francia y Alemania casi siempre han girado en favor de Francia porque Alemania no está realizada políticamente, excepto en algunos

momentos culminantes de su historia (el imperio de Otto, Bismarck), no ha tenido ninguna influencia cultural, si no es *indirecta*, por la reacción de otras naciones, principalmente Francia. Es por reacción que el luteranismo, el romanticismo, el hitlerismo han provocado crisis en el mundo. La ausencia de una visión universal ha aislado espiritualmente a los Alemanes, que, para escapar de su particularismo orgánico, se han refugiado en el imperialismo. La sed de espacio y el deseo de realizarse en la extensión, de desempeñarse sobre el plano histórico mediante conquistas, no expresa más que de una manera externa y concreta la idea mesiánica alemana, que en la turbulencia metafísica no ha dejado corolarios más prácticos. No existe mesianismo abstracto, que se satisfaga con fórmulas que no apunten a algo concreto, demasiado concreto. *El imperialismo es la implicación práctica del mesianismo*. Hay sin embargo naciones imperialistas que no han sido jamás mesiánicas, porque jamás han luchado por una *idea histórica*. Por ejemplo, los Ingleses, donde el imperialismo es puramente utilitario, o, en el mundo antiguo, los Romanos, que combatieron únicamente por una *idea imperialista*, y no por un sentido espiritual. Podemos decir de los Romanos fueron una gran nación; pero entraríamos en matices si habláramos de una gran cultura. Una nación que no ha dado al mundo más que una conciencia jurídica, métodos de colonización y una historiografía, no ha traspasado las categorías elementales del espíritu.

La antinomia perenne entre los mesianismos francés y alemán proviene no solamente de la irreductibilidad territorial a toda orientación mesiánica, sino igualmente a una serie de dones psicológicos y espirituales que distinguen específicamente la fisionomía de las naciones.

La cultura francesa, que es una *cultura del estilo*, donde la gracia atempera los impulsos de la vitalidad, jamás se ha planteado el problema torturador y dramático de la antinomia vida – espíritu. (En Francia, el bergsonismo es una herejía.) El Francés tiene una vida unitaria, no demasiado lejos de la vida, pero demasiado cerca tampoco. Por lo que jamás tendrá en él acomodo la angustia o el miedo de ser arrancado de los contenidos naturales de la humanidad, de arriesgar todo, y perder el sentido de la medida. En Francia, los hombres son dueños de sus pensamientos; en Alemania, todo pensador se siente sobrepasado por su sistema. Una vez iniciado en el camino de su elaboración no puede ya dominar sus pensamientos, que evolucionan hacia las formas más extrañas. Se encuentra una mezcla de lo sublime, de lo grotesco y de lo monumental en casi todos los sistemas filosóficos alemanes.

En Francia, todo el mundo tiene talento, pero raramente se encuentra un genio. En Alemania, nadie tiene talento, pero un genio viene a compensar la falta de talento de todos. Pensad en todos los genios germánicos: cada uno aporta un mundo, una nueva forma de existencia. Con Hegel, con Wagner, con Nietzsche, mundos nuevos han nacido. Cada uno de ellos habría tenido el derecho de afirmar que el mundo comenzaba con él. Estamos habituados a no considerar en el humano más que una suma limitada de valores, que un número reducido de posibilidades, que una forma determinada de existencia. Desde esa perspectiva, es natural que tales creadores hayan, fatalmente, sobrepasado lo humano.

La vida y la obra de todos los genios germánicos tiene algo de inexplicable, de inaccesible, de manifiestamente inhumano. Se entrelazan de elementos catastróficos, de visiones apocalípticas, de auges asombrosos, procedentes de un interior incomprensible. Nietzsche decía de Beethoven que representaba la irrupción de la barbarie en la cultura. Eso no es menos verdad para Nietzsche mismo. La barbarie germánica resulta de la incapacidad de los Alemanes de mantener un equilibrio entre la vida y el espíritu. El

desequilibrio se expresa menos por una oscilación entre los dos polos donde es por turnos prisionero, que por el hecho de vivir en un contraste que engendra estructuras antinómicas simultáneas. Como no puede armonizarlas, la vitalidad brota del hombre como una explosión primaria, bárbara, mientras que el espíritu construido al lado de la vida o por encima de los sistemas y de las perspectivas va de una grandeza alucinante a fantasías inútiles y estériles. La barbarie se debe a la incapacidad de encontrar una forma que pueda estructurarse sobre un plan derivado de antinomias originales. Toda la grandeza de la cultura alemana es resultado de esta incapacidad, de esta desproporción que encierra una tragedia impresionante. De la trivial distinción entre el dinamismo germánico y el inmovilismo francés, no debe concluirse que hay una degeneración francesa opuesta a una exuberancia alemana, solo una diferencia de tensión. Los Franceses están vivos sin traspasar las formas que reviste la vida; los Alemanes no pueden estar vivos más que en la ausencia de formas, en lo elemental y lo primordial. La explosión de la vida siempre tiene en ellos algo de inhumano, que desafía las convenciones. Todo el mesianismo alemán tiene ese carácter primario, explosivo y orgulloso, al contrario que el mesianismo francés, discreto y reservado, pero no menos imperialista. La discreción del mesianismo francés, que se disimula permanentemente bajo una máscara, explica porque siempre ha inspirado más simpatía que el mesianismo teutónico con su franqueza brutal. Mientras que la definición del Alemán – un hombre de antinomias, de contradicciones y de tensiones, incapaz de limitarse a un nivel normal y a la estilización formal de la cultura – explica el porqué se le puede atribuir cualquier calificativo, excepto el de “cultivado” en la acepción común de la palabra. Alemania es un cuerpo aparte en Europa. Así, lo que entendemos por cultura no es para ella con frecuencia más que mediocridad estilizada. Ni Rusia ni Alemania pueden ser comprendidas por los demás países.

Francia siempre ha amado al hombre de sociedad, fino, educado, sutil, refinado, “intelectualizado”. El héroe, como ser que rompe los moldes de la vida, que desea la muerte por exceso de vitalidad y que se convierte en símbolo en la muerte, no ha constituido jamás un ideal o un culto francés. ¡Mientras que la barbarie y el exceso desenfrenado del alma germánica no pueden engendrar más que un culto ilimitado de héroes como tales! Jamás Alemania ha sido cristiana en el sentido propio del término. El culto al héroe ha representado, en su sentimiento íntimo, más que el culto de la santidad. Cada Alemán se siente más próximo de las alegorías heroicas de la mitología germánica que de la concepción cristiana de la vida. De hecho, la cristianización de los Germanos ha significado una germanización del cristianismo. Aislarse del romanismo fue siempre un ideal germánico.

Los Alemanes no han superado jamás el ideal del héroe. La reacción de los teólogos nacionalsocialistas contra la teología dialéctica (Karl Barth) se debe al hecho de que, en razón de su pesimismo antropológico, esa corriente excluye toda decisión temporal concreta y eficaz. La brecha entre Dios y el hombre se ha ampliado tanto, según esta teología, por que el hombre no puede ser salvado más que por una intervención divina, siendo su propia acción insignificante, nula.

La sustitución de la idea de caridad por la de honor, propia de la germanización del cristianismo, prueba bien que es el héroe, y no el santo, quien ilustra el ideal alemán. Porque la idea del honor, del orgullo fundado sobre la nobleza, es típicamente no cristiano.

Cuanto más se acentúa la especificidad germánica en diversos dominios, más se vuelven inaccesibles a los que somos extranjeros. Este es el caso particular de los artistas típicamente germánicos. La mayor parte de los Alemanes se ponen de acuerdo para decir que Matthias Grünewald expresa una visión específicamente alemana del mundo, más que Durero y que Holbein, en el que la predominancia de lo lineal le ha impedido la realización de una visión dramática infinita siempre presente en

Grünewald. Por eso, de todos los artistas de Alemania, es el más difícil de comprender. Para los Latinos, resulta incomprendible. Porque el arte italiano nos ha acostumbrado a una paradoja: la de la belleza del sufrimiento. Sublimando el sufrimiento por la belleza, le quita lo que tiene de materialidad pesada, de bestialidad, de irreparable. Al contrario, en el arte alemán (y es válido también para el arte ruso), esos caracteres se revelan en toda su extraña grandeza. Por eso la Madona en el arte germánico es de una tristeza profunda, y siempre llorando en el arte ruso, a diferencia de la Madona meridional, en la que la trascendencia se logra con una mezcla de interioridad y de eros transfigurado. Ciertos teólogos protestantes han querido ver en esto un argumento en favor de la autenticidad del cristianismo nórdico, en comparación con el cristianismo meridional, de esencia romana. Es verdad que el Norte siempre ha comprendido mejor el sufrimiento, que ha tenido un sentimiento más persistente de la muerte y una experiencia más interiorizada de la tragedia. Pero el Norte (en el caso Alemán) jamás ha mostrado la humildad, la caridad y la piedad contenidas, íntimas, discretas, que han definido en el Sur el movimiento más auténticamente cristiano, el de los franciscanos. En mi opinión, los Alemanes jamás se han sentido cómodos con el cristianismo, aunque su religiosidad sea más profunda que la de los Latinos (exceptuando a los Españoles).

Alemania jamás ha vivido su misión *universalmente*. Dostoyevski la consideraba como la nación protestante por excelencia. Los acontecimientos importantes de Alemania son una sucesión de *anti...* Al punto que se pregunta como estaría definida en el mundo si no hubiera tenido el papado, el catolicismo, el racionalismo, el clasicismo, para oponerse a ellos. Aparte de la moda de la Ilustración, que la ha falseado momentáneamente, Alemania jamás se ha integrado naturalmente en Occidente. Y el aumento de su conciencia la ha aislado todavía más en el mundo. *El imperialismo es la única modalidad de realización universal para Alemania*. El resto del mundo la rechaza, y ella, por su parte, rechaza al mundo.

Si Rumanía quiere verdaderamente abrirse un camino en la historia, el país del que puede aprender más es Rusia. Durante todo el siglo XIX, los Rusos no han tenido otra obsesión que la de ocuparse de su destino. Y, gracias a este tormento teórico, Rusia está efectivamente comprometida con la historia, situada en su centro gracias a la revolución. Los pensadores religiosos, los eslavófilos y los occidentalistas, los nihilistas y los narodniks, etc., todos giraban alrededor de la misión de Rusia. Komiakov, Tchaadaïev, Dostoyevski, Aksakov, Danilevski o los nihilistas Pissarev, Dobrolioubov, Tchernychevski proponían para un solo y único problema soluciones diversas. Hasta la mística de Soloviev que tiene el aspecto de una transposición teológica de la Rusia concreta.

Eso es más que una evidencia: Rusia está llamada a un destino monumental en el mundo. ¿Por qué, a pesar de esta evidencia, los Rusos están tan atormentados? Pues todo el siglo XIX ruso testimonia una conciencia atribulada y profética, de una verdadera histeria mesiánica. Todo pueblo que entre en la historia mientras los demás ya están allí, y en plena madurez, sufre un desequilibrio provocado por la desigualdad del nivel histórico. Rusia se despierta a la vida después de haber dormido – exactamente como Rumanía – durante siglos. No tenía otra opción que quemar etapas. No ha conocido el Renacimiento, y su Edad Media fue sombría, exenta de espiritualidad. Hasta su literatura que, antes del principio del siglo pasado, no había dado más que fabulistas o productos de moral religiosa. La peor plaga de Rusia – como en Rumanía –, fue la tradición bizantina, el soplo de la espiritualidad bizantina que, insertada en una cultura diferente, se convierte en parálisis, esquematismo abstracto y, en los planos político y cultural, en control reaccionario. Todo lo que era pensamiento reaccionario en la Rusia del siglo pasado continuaba explotando, conscientemente o no, el filón bizantino. A Pobedonostsev, procurador del Santo-Sínodo, el peor reaccionario del siglo XIX ruso, el profeta de la incultura de masas en un país de analfabetos, le veo descifrar el sentido de la historia en un icono bizantino, y

no en la posición del sol como lo hicieron los Occidentales, en un icono bizantino, símbolo de la muerte, del desecamiento y de las sombras. No hay una visión más desvitalizadora que la que se desprende del arte bizantino, un arte de cielos oscuros, de monotonía entre los santos, de no adhesión a Eros. ¡Entonces, es cuando uno se acuerda que Rumanía ha vivido durante siglos bajo la maldición del espíritu bizantino!

Las raíces profundas del mesianismo ruso se hunden en una visión apocalíptica. Todo lo que siente y piensa el pueblo traspasa las categorías culturales o cae bajo su nivel. Incapaz de comprender las formas jurídicas, la realidad estática y todo lo que constituye *el espíritu objetivo* (en la acepción hegeliana o diltheyana), se mete en un clima irrespirable para una conciencia europea, en la que el simbolismo de la cultura es un artificio... natural, aceptado, evidente. Incluso si el bolchevismo ha dado a Rusia un horizonte teórico estrecho, la amplitud del soplo de su alma ha permanecido igual. El sueño de una dominación universal (que ciertos eslavófilos juzgan a todo punto grotesco) bajo el reino del zar y del papa, Constantinopla resucitando como el nuevo centro del mundo, ese sueño es retomado por los bolcheviques, con otra ideología, pero de una manera no menos fantástica. Los Rusos desaparecerían del globo, arrasados físicamente, antes que renunciar a la idea de su misión. Esta está tan arraigada en las profundidades del alma rusa que parece adquirir proporciones cósmicas, inhumanas. Los Rusos han introducido el absoluto en la política, y, sobre todo, en la historia. Todas las fórmulas sociales, políticas o religiosas por las cuales han combatido, las han considerado como finalidades únicas. De ahí la pasión, el absurdo, los crímenes, la bestialidad sin par de su historia apocalíptica. Para los Occidentales, la historia es un fin sí misma, una totalidad de valores y de dramas humanos, que se afinan en el plano inmanente del porvenir. La escatología les es extraña (al menos todo lo que concierne a la moderna). Hegel, el filósofo “oficial” moderno más próximo a la escatología, no la

concibe sin embargo en el sentido de una solución definitiva en un plano trascendente, la concibe en un plano inmanente. El retorno a uno mismo y la interiorización del espíritu absoluto *finalizan* con la historia, pero no en el drama, contrariamente al desarrollo del fin en las visiones apocalípticas. Del resto, cuando decreta absoluto el proceso, e histórico el cosmos, la dialéctica rechaza –teóricamente hablando– la escatología. El sistema de Hegel, estableciendo un equilibrio entre *el estilo y la escatología*, demuestra que toma en cuenta las relaciones entre las antinomias, intención manifiesta de toda dialéctica.

Incluso más que en los Alemanes, *el estilo* en la cultura le ha faltado a los Rusos. Expresa la tendencia de la vida a forjarse una forma temporal, a realizarse en una estructura dada y circunscrita, a orientar un dinamismo interior, a elevarse sobre un plano inteligible la irracionalidad de su sustancia íntima. Optando entre dos direcciones múltiples, cada estilo de vida organiza un contenido nuevo, determina una especificación y establece prioridades. Los diversos aspectos del ser se agencian en función de la predominancia en una dirección u otra. Un centro sustancial difunde en todas las objetivaciones un contenido relativamente homogéneo. Porque ese es el sentido del estilo: superar lo heterogéneo imprimiendo un carácter específico, trazar en la dinámica del ser una barrera que asegurará una individualización pronunciada. La jerarquía de los contenidos de la existencia deriva de esta individualización, de la primicia de tal o cual dirección, de la especificación operada en la expansión del ser, del establecimiento de una forma. Pero esto supone un cierto grado de armonía en la existencia, incluso si se trata de un carácter externo, puesto que en la materia no podemos hablar de realizaciones integrales. El estilo, la forma y la armonía se implican las unas a las otras. Cualquiera existe en la estructura de un estilo de vida determinado, experimentando personalmente todos los corolarios. Teniendo en cuenta esto, se comprenderá fácilmente que, si el estilo no constituye siempre un equilibrio, al

menos queda como la expresión de una posibilidad de equilibrio para el hombre. Este encuentra una especie de sentido de la vida, ya que todo lo que se produce está totalizado en una zona de valores específica, y bajo una forma definida, si bien lo existente revela su finalidad en el seno mismo del fenómeno englobante y totalizador, lo que elimina toda idea de irracionalidad en la productividad inmanente de la vida. Los Rusos no tienen estilo en la cultura porque no viven en *la inmediatez* de la vida, y mucho menos en la de los valores; por otra parte, no se forjan – de todo *corazón* – un cosmos racional, así su misión en el mundo aparece a nuestros ojos como una perturbación, como una tempestad implacable. Rusia se ha propagado tanto en el mundo que, actualmente, sin que todos los caminos conduzcan a Moscú, Moscú se manifestará ante nosotros sobre todos los caminos. El espíritu ruso es nocivo. ¿La literatura rusa no ha vuelto histérico a todo un continente? Los pueblos demostrarán su grado de salvación según el modo que tengan de protegerse de Rusia. Las jóvenes naciones sabrán incluso explotar la fecunda “enfermedad” rusa; las viejas serán contaminadas y comprometerán en la decadencia sus últimas reservas de vitalidad. No hablo solamente de la Rusia bolchevique, hablo de Rusia en general, en tanto que fenómeno humano y destino histórico. Existe un verdadero “complejo ruso”, que en el futuro deberá sanarnos, por el momento, y desde algunos decenios, constituye un capítulo de la biografía de cada uno.

El mesianismo, resultado de las fuerzas interiores de un pueblo, le fortalece en el curso de su desarrollo, ejerciendo así una acción vivificante: un tónico segregado por el organismo para sus propias necesidades. ¿Cómo explicar ese milagro que es la existencia judaica, si no es por las llamas constantemente alimentadas de una misión? Durante el auge de los judíos en la historia, parecían tener más quemados los talones que las alas, de otro modo no se explicaría su prisa, su frenesí, su ardor en cada instante de la vida sobre la tierra, su deseo de no perder ninguno de los tesoros de

este mundo, de no perder ninguno de los placeres sublunares. Si, en un solo momento de su evolución, hubieran estado desprovistos de su furor mesiánico, habrían desaparecido pronto. Su presencia milenaria habría debido hacer de ellos una evidencia incontestable, y sin embargo no lograron más que evitar rechazos. El mundo no les ha aceptado jamás y no les aceptará. Están condenados a no realizarse jamás en el plano histórico, aunque la historia sea su aspiración más apasionada. Sin embargo si logra realizarse un día, entonces será necesariamente en un momento final de la historia. La solución apocalíptica es su única salida. Pueblo esencialmente profético, no podrán encontrar la salvación más que en la profecía. No cesaron de proyectar, hasta la última extremidad del destino, su paraíso terrestre, que esperarán sobre sus propias ruinas... No ha habido hasta hoy un pueblo más ávido de tierra y de vida que él. Sin embargo, su fuerza monstruosa consiste en haber vivido religiosamente su adhesión a la tierra. *Su destino le ha preocupado tanto que lo ha convertido en una religión.* El mesianismo judaico y la religión judaica se superponen perfectamente. Ningún pueblo ha sacado más provecho de Dios. Quizá por eso su destino es tan infernal y no puede explicarse más que por una venganza del cielo...

La diferencia entre Rusos y judíos reside en el hecho de que los judíos viven religiosamente su destino, mientras que los Rusos viven su religión como un destino. Son dos pueblos que han logrado complicar la historia por su esencia a-histórica. La idea mesiánica es mucho menos generosa en los judíos que en los rusos.

Porque los Rusos se debaten en la visión de una salvación universal (incluso si la significación es puramente teórica y no siguen prácticamente más que el eje de su destino), mientras que los judíos, todos los planos, los refieren a su salvación en tanto que pueblo, que raza, que nación o Dios sabe qué.

El vínculo de los judíos con el mundo explica porqué, en todo lo que han pensado, pero sobre todo en todo lo que han sufrido, en la terrible maldición de su existencia, no han concebido ni probado de manera persistente y profunda la tentación de renunciar. Estaban tan ligados a su destino, tan ocupados por su misión, que no han extraído del sufrimiento la conclusión que se imponía. Es porque el judaísmo no confiere al alma una vibración elevada; pone demasiado al mundo en el cielo y al cielo en el mundo. Comprender la vida como una vanidad (Job, Salomón, Jeremías), es puro lirismo, muy profundo en el alma de lo que hicieron los trovadores, pero que ha desaparecido de la conciencia colectiva de los judíos. Su sentimiento dominante – que explica el equívoco o lo complejo de la psicología judaica – siempre ha sido un extraño temor a que, en lugar de dislocarles del mundo, les integre irremediabilmente. Es incontestable que, entre los sentimientos experimentados por el hombre, el miedo, en tanto que realidad psíquica duradera, modifica más la psicología en el sentido de lo inasible, de las sorpresas y de los matices, de toda una gama de irreductibilidades psíquicas. Solo el miedo transforma al hombre, solo es diferente en el miedo. Expresa la inseguridad en el mundo y lo vincula al mundo. Esta paradoja psíquica es sin embargo inteligible, ya que no tememos más que lo que valoramos, lo que no podemos poseer integralmente, porque está formado de otra sustancia diferente de la nuestra. El miedo nos vuelve ciegos a nuestro propio *eje*, nos buscamos en él sin encontrarnos. Tal es quizá la razón psicológica del hecho de que los judíos estén *perdidos*...

El soplo histórico de un pueblo es tanto más amplio cuanto más grande sea su misión. Es por esto que, en todas las grandes culturas, la visión mesiánica adquiere proporciones grandiosas. Al contrario, los pueblos tímidos consigo mismos y con el mundo conciben misiones inmediatas, casi mezquinas en tanto que son accesibles. Comparado con el mesianismo de Rusia, que siempre ha sido una soteriología universal, el profetismo de las culturas pequeñas tiene apenas la significación de un momento histórico.

¿El mesianismo es posible en Rumanía, a pesar de que jamás hemos esbozado un destino monumental? ¿No es aterrador, el caso de Eminescu que, en lugar de ligarse al futuro de Rumanía, ha proyectado la grandeza de la nación en la oscuridad siniestra de nuestro pasado? Rumanía no ha tenido pensadores mesiánicos; ninguno de sus visionarios ha sobrepasado la profecía local ni el marco estrecho de un instante histórico. El profetismo nacional rumano, que está acantonado en las cuestiones étnicas, ha sido *eventual*, no ha alcanzado dimensiones intemporales. Eminescu fue un profeta nacional regresivo. Balcescu lo mismo, a pesar de que había conocido la atmósfera del mesianismo polaco – tan prometedor antaño y tan comprometido después –, no fue más que un profeta del pasado. Después de ellos y sus excesos románticos, un Iorga o un Pârvan no son más que tradicionalistas, es decir adeptos de un equilibrio entre el pasado y el futuro. El profetismo nacional, a diferencia del tradicionalismo, se concentra sobre el futuro, considerado como un receptáculo de logros nacionales. El tradicionalismo es una fórmula cómoda que no compromete a nada. Expresa una solidaridad con la nación, pero no la voluntad de darle un gran sentido en el mundo. Todo tradicionalismo acepta los límites inmanentes de la nación. Así que no hay nada que hacer y va hacia el futuro como va el cántaro a la fuente.

Un pueblo no tiene un destino en el mundo más que a partir del día en que ha franqueado el umbral de la historia. Antes de eso, está en la infra-historia. Pero sería arriesgado – sino imposible – avanzar una fecha, prever en que época lo franqueará. *Cuando los valores por los cuales lucha un pueblo cristalizan en un verdadero mundo histórico*, entonces ese pueblo se ha integrado en el devenir de las culturas. Sería en vano buscar precisar el momento de la “cristalización”, pues la afirmación en el mundo no se produce simultáneamente en todos los planos, sino, lo más frecuente, de manera sucesiva. Como Italia, a la que el Renacimiento ha hecho entrar en la historia gracias *al plano espiritual*.

Lo que importa en la teoría de las culturas, es saber si la afirmación de una de ellas no es más que un episodio no relevante o es, al contrario, un destino esencial. El ejemplo de España y de Holanda, convertidas en grandes potencias solamente en un siglo, antes de hundirse en un verdadero naufragio de la historia, debe incitarnos a definir una categoría intermedia de culturas, entre las grandes con destino monumental y las pequeñas con un destino menor. El fracaso de estas *culturas intermedias* tiene causas múltiples, la principal es seguramente la inadecuación de los planos, la incapacidad para la una o la otra de realizarse en el curso de su futuro de una correspondencia estructural de todos los planos. España ha constituido un incontestable éxito espiritual (basta con pensar en la mística de San Juan de la Cruz y Santa Teresa), pero no se ha mantenido al mismo nivel desde el punto de vista político. No ha sabido afirmarse en el tiempo como gran potencia y no ha sido capaz de creer más que en formas estáticas sólidas. Representa el triunfo del *espíritu subjetivo*. (Jamás ha sido una nación propiamente dicha.) No menos característica del destino de las culturas intermedias incompletas, de esas culturas que se realizan más o menos en el momento en que un pueblo *se convierte en nación*, sin por tanto *ser*: la cultura precolombina de los Mayas. Dos o tres siglos antes de la llegada de los conquistadores, que devastaron las culturas mexicanas o la civilización peruana, los Mayas se extinguen sin que hubiera habido causas externas. Cultura que conocía las matemáticas y el calendario, y que en arquitectura podía rivalizar con los monumentos de Egipto y que en su hieratismo no puede dejar de evocar al arte de la India, se desplomó y desapareció como si no hubiera sido más que una malformación de la historia. Hay una única explicación a esta decadencia rápida: la carencia política, la incapacidad de organizar su destino exterior, lo que, a pesar de una hipertrofia espiritual ha impedido a la cultura maya alcanzar el punto de equilibrio de una misión duradera.

Lo que importa en la historia, es la ascensión después de la ruina de las grandes culturas, así como los conflictos irresolubles que las separan. Mientras que su tragedia se juega en el teatro de las sombras y de las luces de la vida, es en un claro-oscuro minero donde se consume el de las culturas pequeñas, que libran una batalla dolorosa para vencer su anonimato y abandonarse al fin a los goces de la historia. Siendo infra-históricas, es decir bajo el umbral de las grandes culturas, no pueden elevar su nivel más que rompiendo su propia continuidad. *La discontinuidad en relación a su destino* es la condición de su afirmación. Deben tener como única obsesión *el salto en la historia*. Su suerte de salvación, es que la historia no es *natural*. Todas las culturas están predeterminadas, dicho de otro modo, tienen un destino germinal: está inscrito en su núcleo, que contiene, para algunas, la posibilidad del *salto*. En un cierto momento de su somnolienta evolución, una *fecunda ruptura* se produce, que las eleva al nivel de las grandes culturas, aunque no sea en sus creaciones, en la tensión. No se puede elegir la hora de su salto. Pero la voluntad puede dar amplitud a una transfiguración histórica. Los hombres no pueden querer más que lo que ya son en germen.

La concepción orgánica de la evolución natural nos condena a la inercia, a la lentitud y a la somnolencia que son nuestra partida desde hace un milenio de anonimato. El organicismo es una oposición teórica a cualquier salto, y su última consecuencia es cerrar la más mínima salida de emergencia a las culturas pequeñas. Si el pensamiento nacional y político de Rumanía es tan poco revolucionario, es en razón de una contaminación organicista excesiva, así como a la influencia directa e indirecta ejercida por el historicismo romántico alemán sobre el nacionalismo rumano.

Una concepción puramente orgánica de nuestra suerte en el mundo sería fecunda si el ritmo de vida de las culturas modernas estuviera caracterizado por una calma y un equilibrio relativos porque, entonces, la posibilidad de una sincronización no estaría totalmente excluida. La fiebre es un elemento a mayores, que aventaja a un pueblo, pero que, al mismo tiempo, le debilita más rápido. La aceleración del ritmo explica el debilitamiento rápido de las culturas modernas y, en cierta medida, de Grecia y de Roma. La precipitación de los acontecimientos supone la actividad violenta de un alma, la pasión extrae su sustancia de su propio frenesí. Cuando pensamos en los fenómenos que han sucedido en la India en el curso de una historia milenaria, constatamos entre ellos intervalos sorprendentes, lapsos de tiempo al menos desconcertantes. Todo un siglo respira apenas en un acontecimiento que tiene sin embargo, con mayor frecuencia, una significación religiosa, en consecuencia temporalmente neutra.

El soplo tranquilo de las culturas orientales ha preservado su sustancia, de tal suerte que no han perdido siempre su adherencia al porvenir. A la inversa, el soplo de las culturas modernas es jadeante, al límite de la sofocación. Su viabilidad es tan corta que han perdido su sustancia en algunos siglos.

Sin esta aceleración del ritmo, podríamos perseguir nuestra evolución con normalidad: nuestra lentitud y nuestro pulso intermitente nos conducirán poco a poco a la altura deseada. Pero no es así, solo quemando las etapas históricas podremos participar del ritmo colectivo.

Si las culturas pequeñas evolucionan de una manera natural, es decir atravesando en modo menor todas las fases recorridas por las grandes, jamás lograrán hacerse notar en ninguna historia del mundo. ¿De qué servirían entonces la vitalidad y la frescura si, de miedo a decaer, no se escapan de la esfera biológica? O, sin gloria, la historia no es más que biología.

El concepto de salto histórico tiene afinidades con la idea del salto cualitativo presente en la problemática de los estadios de Kierkegaard. El paso del estadio estético al estadio ético y de este al estadio religioso no se efectúa por una transición, sino por un salto cualitativo. Después de la experiencia estética, inmediata y directa, los saltos en la ética y en la interioridad religiosa no se logran sin provocar soluciones de continuidad sustanciales.

Las culturas pequeñas deben recorrer los estadios, no en una lenta transición evolutiva, sino en la fiebre de los saltos. Mientras se ignore el nivel histórico de la cultura correspondiente, no puede precisarse cuáles serán los estadios, atravesados de manera discontinua, lo que prueba que las culturas pequeñas no tienen otra tabla de salvación que la de salir de sí mismas, de la maldición de su existencia. Pero, en definitiva, ¿para quién es doloroso el problema de estas culturas? ¿Para un historiador? Ciertamente no. ¿Cómo podría sentir lástima de ciertos países condenados, cerrados al mundo, cuando dispone objetivamente del ejemplo reconfortante de los grandes fenómenos? El historiador contempla la realidad con más indiferencia que sentimiento. Por el contrario, para los representantes de las culturas pequeñas, el problema reviste un carácter existencial directo que estrictamente no tiene nada que ver con la esfera de la objetividad. Si no nos adherimos profundamente al fenómeno Rumanía, si no podemos ser perfectamente *objetivos* a su contexto, poco nos importaría que jugara o no un rol en el mundo. Encontraríamos natural que corriera la suerte de las pequeñas culturas, y su anonimato en absoluto nos disgustaría. Pero un apasionado de Rumanía no puede aceptar que sea condenada a perpetuidad al destino mediocre que ha sido el suyo hasta ahora. Los espíritus de una lucidez criminal ven en ella un microcosmos llamado a desaparecer, al contrario que los apasionados, que la sitúan en lo palpitante de su corazón y en el ritmo del mundo. No es por un cierto número de valores ni por su realización menor

que el problema de las culturas pequeñas es interesante, es por el hombre que se atormenta, que no acepta su suerte y quiere conseguir su salvación logrando la suya. El problema de las culturas concierne ciertamente a la filosofía de la historia, pero igualmente a la antropología. Si consideramos el destino humano bajo un ángulo histórico, se verá que las grandes culturas aseguran su *evidencia*, pero que no es lo mismo para las pequeñas, donde el destino añade a la condición puramente humana un elemento dramático resultado de sus anomalías y de sus carencias. El orgullo de un hombre nacido en una cultura pequeña está siempre herido. Haber nacido en un país de segundo orden no tiene nada de regocijante. La lucidez se transforma en tragedia. Y si no está animado de un furor mesiánico, el alma se ahoga en un océano de angustia.

Hay en el hombre una sed demiúrgica que se mantiene estancada en los excesos del alma, de una visión interior, o bien se integra activamente en el devenir histórico. Gracias a su ritmo rápido y a su respiración amplia, las grandes culturas responden a esta sed, porque constituyen totalidades de carácter cósmico en las que la grandeza sobrepasa lo humano. Son mundos; su existencia justifica la monadología. Pero estas mónadas no viven en armonía, tienen necesidad de una ventana para verse las unas a las otras, y odiarse. Su demiurgia sacia automáticamente el deseo absoluto del hombre. En efecto, sí, obsesionado por la historia, tiene la suerte de vivir en una gran cultura, puede considerarse satisfecho. Estar obsesionado con la historia significa nutrir el culto de la gloria temporal, la pasión de la aureola en el futuro. Una nación que no está imbuida por la obsesión de la gloria está privada de un resorte vital, secreto pero no menos efectivo. La ascensión de las culturas da la impresión de una creación a partir de la nada, de una dirección tomada siguiendo un plan puramente interior. La fecundidad del germen demiúrgico es desigual. Porque no todas son fatalidades en la misma medida. En unas,

la demiurgia toma un carácter puramente externo, y entonces se denomina gigantismo. Por ejemplo, Inglaterra. Nos preguntamos: ¿qué ha pasado para que este país, situado en el mundo desde hace tiempo, no sea sin embargo una gran fatalidad? Ha dado al mundo, sin duda, genios únicos, inexplicables, y, aunque sea inexistente en música y nulo en metafísica, ha creado por otra parte, a pesar del más vulgar de los empirismos, la más delicada de las literaturas. No obstante, no ha combatido por una idea que la hubiera trascendido. Peor: no ha sufrido por ninguna idea. Todo se ha hecho solo, por un automatismo de intereses. Mientras que Francia se ha definido en el mundo y ha tomado conciencia de sí misma en la Revolución, lo que le ha costado tanta sangre, y en tantas guerras inútiles, el destino de Inglaterra ha sido forjado por las circunstancias, ha serpenteado entre las circunstancias, sin desembocar en una afirmación directa, irrevocable, mesiánica. Inglaterra ha conquistado el mundo sin buscar incorporarlo. Lo ha dominado sin cambiarle la cara, ni por otra parte la suya. El imperio británico ha aportado como novedad un sistema de coerción y de explotación, pero ningún espíritu, ninguna idea activa, ninguna pasión inútil y universal. Exento de una idea universal, el utilitarismo es la negación del mesianismo. Esto último es trágico, profético, un desencadenamiento de la esencia misma de un país. La demiurgia de las culturas les confiere un nimbo mesiánico, del que el gigantismo exterior de los Ingleses está desprovisto. El destino británico fija el eje del mundo en los bienes y no en una pasión dominante expresada en todo un complejo de formas espirituales. Querer dominar el mundo sin transformarlo, no es una idea resultado del universalismo, ni del profetismo nacional. Los fenómenos de gigantismo ocupan un lugar secundario en las grandes culturas. La dominación extensiva y el exclusivismo materialista privan al acontecimiento histórico de su *intensidad* y, de este modo, lo diluyen. Inglaterra ilustra lo que no debe ser una gran cultura. Las empresas que no se ponen al servicio de un sentido universal son borrones en la historia. El gigantismo material es una sombra que puede refrescarnos.

Un país que se ha construido explotando los conflictos entre Estados e interviniendo en el momento en que los adversarios estaban desgastados, no merece más que una estimación objetiva. No tenían conquistadores, los fundadores de ese monstruo moderno que se llama el imperio británico. El pensamiento filosófico y político-económico inglés, bastante interesante en su horror, está contaminado por el empirismo más plano, hasta el punto que, para compensar el disgusto debido a la inmediatez de Inglaterra, han tenido que refugiarse en la atmósfera delicada, aérea y matizada de un Gainsborough o de un Reynolds. En los tiempos modernos, Inglaterra se ha situado en el centro de todos los acontecimientos, pero sin determinar su sentido ideal. Hay algo estéril en la sustancia de este país, que no es una gloria de la historia, sino un considerable capítulo hecho de acontecimientos y de hombres ligados por las apariencias y no por un destino esencial. Inglaterra está desprovista del genio colectivo, de la mística dinámica de la totalidad de una nación. Su exclusivismo insular no tiene nada del ardor de un espíritu colectivo fanático. El nominalismo lógico ha conducido, en la práctica, a un individualismo exagerado privado de una coloración mística que una vez tuvo Alemania. En muchos sentidos, Inglaterra ha podido ser grande pero, a pesar de todo, le falta el sentido ideal de la grandeza. Shakespeare vale todo un mundo; pero no puede hacerse uno de Inglaterra – en tanto que país, en tanto que destino nacional –, aunque se la clasifique entre las grandes culturas. El parlamentarismo es un regalo inglés que perturba al mundo desde decenas y decenas de años. Permitir hacer historia universal a través de debates, de intercambios de opinión, en el país con menos sangre fría no es más que un factor de estancamiento. Su único mérito es haber dado a los presumidos representantes de la nación la ilusión de que podían dirigir conscientemente y artificialmente su destino. En el fondo, ha creado una cantidad de megalómanos, pero ningún héroe. Es incluso la negación del

heroísmo. Concebible en las épocas equilibradas de un país, es disolvente en las iniciales, de afirmación. La tensión en la historia ha sido siempre fruto del espíritu dictatorial. La libertad es el clima del pensamiento, no de los actos. La política no conoce más fuerza que de la que se sirve y que, cuando es grande, se pone a veces al servicio de los valores. El exceso de fuerza sirve al espíritu a fin de no disolverse en su propia tensión. Las épocas clásicas han preservado el equilibrio entre “política-fuerza” por una parte y “libertad-espíritu” por otra. Mientras que el devenir histórico posee un ritmo específico y todo un sistema de alternancias que preservan siempre el coeficiente de probabilidad engendrado por la subestructura irracional de la historia, los otros periodos, dramáticamente unilaterales, no logran mantener el equilibrio entre los valores antinómicos que, cuando no lo son, en consecuencia, se sustituyen los unos a los otros según un movimiento pendular.

Veo el punto culminante de una gran cultura en el éxtasis de su fuerza. Después, la decadencia podrá comenzar; algunos lamentarán la potencia perdida, pero se encontrará consolación retrospectiva en exaltarla.

Lo que los Griegos, los Romanos o los Franceses significan en la historia es incontestablemente debido al mundo de valores específicos que han creado. Sabemos bastante bien hoy en día las ideas históricas por las que combatieron, en que medida las realizaron y cuales eran sus límites, puesto que coexistieron con otro buen número de misiones, paralelas o complementarias. Y sin embargo, conocer la configuración ideal de una misión aporta bien poco cuando se quiere descubrir lo determinante, secreto pero activo, que impulsa una cultura hacia sus confines, hacia el agotamiento de su sentido en el mundo. Daría la mitad de mi vida por compartir con la misma intensidad, aunque no fuera más que por un instante, los sentimientos experimentados por el último

Griego, el último Romano o el último Francés en las cimas de su historia. Debieron sentir un orgullo magnífico, un orgullo que haría palidecer a los dioses. El último Francés que, durante la Revolución, transformó su bestialidad en furor humanitario, representa históricamente y políticamente mucho más que la colectividad amorfa de una cultura pequeña. O mejor aún, busco penetrar en la psicología del soldado alemán durante la Gran Guerra, determinar el orgullo monumental del último soldado, consciente de pelearse contra el mundo entero. Porque estos ejemplos subrayan que una cultura universal confiere contornos universales a la conciencia individual.

La sensación interior de fuerza puede intensificarse también en los individuos pertenecientes a las culturas pequeñas, a las culturas perdidas en su origen, pero eso implica un ejercicio personal duradero y no excede la significación de un hecho psicológico. No se trata más que de una intensificación que supone una creencia consciente del destino de la cultura en cuestión.

En las grandes culturas, el individuo está salvado. Mejor, siempre es. Mientras que está perdido en las pequeñas. ¿Cómo no lo estaría, por otra parte, si su ritmo de vida carece de convergencia ofensiva y de impulso agresivo? Sus deficiencias ciertas son provocadas por una falta de fuerza inicial, pero también por la ausencia de un cultivo excesivo y permanente de la fuerza.

Las carencias iniciales de Rumanía (caso típico de una cultura con destino menor) no han sido jamás corregidas o compensadas por un amor consciente al poder. ¿La prueba? *¿Ha habido, en nuestro pasado, una sola visión que haya exagerado nuestro rol en el mundo?* A menudo se ha repetido: los defensores de la latinidad (y se añade: un oasis de latinidad); un dique contra los Eslavos; protectores de la cristiandad; conservadores de las tradiciones romanas, etc.

Habéis comprendido: hemos protegido y hemos conservado. ¿Es eso un destino histórico? Las grandes naciones o, para espiritualizarlas, las grandes culturas, han gobernando la historia gracias a su voluntad de afirmarse. Un rastro de fuego subsiste en el mundo después del incendio de una gran cultura, porque se parece a una ofensiva cósmica. ¿Qué queda por el contrario después de la defensiva de una cultura pequeña? Pólvora, pero no de cañón. Polvo, llevado por un viento de otoño. Busco en vano la primavera de las culturas pequeñas...

Hay sin embargo un momento en el que pueden escapar a la naciente gracia del culto a la fuerza. Es cuando, instruyendo su propio proceso con rara lucidez, toman conciencia de sus carencias, admiten que su pasado era un callejón sin salida y hacen de la profecía el origen de su existencia. La diferencia entre una gran cultura y una pequeña no reside en la cifra de su población ni en la frecuencia de los acontecimientos extraordinarios, está fundada en el destino espiritual y político que las individualiza específicamente en el mundo. Un país que ha sido un organismo nacional en potencia durante miles de años sin lograr definir su destino espiritual y político, sufre un defecto orgánico, incluso si todo ese lapso de tiempo le ha servido para constituirse biológicamente. Desde el punto de vista de la historia, la biología es una subestructura que no prueba nada en sí misma. Y por lo tanto, como la fuerza hunde sus raíces en lo biológico, ¿qué sentido tiene como finalidad de las grandes culturas?

En materia de historia, no hace falta entender fatalmente por fuerza el imperialismo vital, a menos que le demos una acepción más amplia. Las fuentes biológicas de la fuerza expresan positivamente un fenómeno de sentido negativo: *un organismo deficiente no se realiza sobre el plano histórico.*

La fuerza de una nación se incrementa al mismo tiempo que se eleva su nivel histórico. Cuanto menos realizada está una nación más deficitaria es, incluso si posee una cierta frescura biológica. La fuerza se degrada a medida que se rebaja el nivel histórico y que la nación se precipita hacia su declive. La Roma imperial o Atenas en el siglo V, la Francia de la Revolución, Alemania, Italia y Rusia bajo dictaduras han alcanzado las cimas de su desarrollo histórico, se han actualizado totalmente en un momento dado a su futuro. La fuerza correlativa del nivel histórico es una certeza, de naturaleza espiritual en tanto que biológica. Si fuera un simple imperialismo vital, permanecería elemental y a-histórica. En los límites del nivel histórico, la fuerza se refleja en ella misma, de suerte que la conciencia de sí misma de la nación realiza la conciencia de sí misma de la fuerza. El mesianismo de las grandes culturas expresa un fenómeno de fuerza decantada. La espiritualización de la fuerza distingue la idea imperialista histórica del imperialismo telúrico de los bárbaros. Ninguna invasión bárbara ha engendrado por sí misma formas estáticas. Solo la agresión provista de un estilo ha tomado un cariz histórico.

Las grandes naciones viven y se destruyen solo para saborear su poder. Igualmente la fuerza no debe ser considerada como un pretexto, ni como un medio. Las naciones consumen sus posibilidades internas y se agotan en el futuro a fin de alcanzar la conciencia de sí mismas, que justifica la fuerza.

Vladimir Soloviev decía en un célebre pasaje que las naciones no son lo que ellas creen, sino lo que Dios piensa de ellas en la eternidad.

Imagino lo poco que la perspectiva teológica retiene de la historia humana. Frente a Dios, las naciones no pueden ser salvadas más que en la medida en que *ellas Lo realizan*. O, Dios no manifestando una comprensión particular del fenómeno que es la fuerza, es decir lo que hay de esencial en nosotros, nos encontramos abandonados a nosotros mismos.

O bien la fuerza es la ética, o bien va más allá. A decir verdad, no tienen necesidad ni de apoyarse ni de acondicionarse. El destino impetuoso de las grandes culturas sobrepasa todos los valores de la ética. Si la historia hubiera permanecido en el interior del bien y del mal, se habría dirigido hacia la mediocridad y, al lugar trágico que la define, nos habría ofrecido el espectáculo de algunos conflictos familiares.

Nadie ha hablado hasta aquí de naciones morales o inmorales; no existen más que fuertes o débiles, que agresivas o tolerantes. El apogeo de una nación implica crímenes sin fin; y las imágenes de culminación histórica son apocalípticas. Si el racionalismo y la ética me tentaran, vería en cada acto una caída. La historia no tiene excusa ante la eternidad porque excusa demasiado el tiempo, en el fondo quizá ella es su única excusa. ¿Qué hace Soloviev frente a la historia? Desertar y pasarse a la mística.

El espectáculo de la ascensión y del colapso de las grandes culturas no puede más que volverse cínico. Y el cinismo está amplificado por el lamento de que Rumanía, situada al margen de la historia, no pueda participar activamente de este espectáculo, que no sea más que un eco.

Si la visión teológica de Soloviev es espiritualmente objetiva, las grandes culturas serán difícilmente salvadas en la eternidad; pero, nosotros los otros, ¿seremos al menos salvados en el tiempo?

II

EL ADANISMO RUMANO

¡Señor! ¿qué hemos hecho durante mil años? Toda nuestra vida desde hace un siglo no ha sido más que un proceso que nos permite darnos cuenta de que no hemos hecho nada. Comparado con lo que se ha realizado en otras partes, tenemos la revelación de la nada de nuestro pasado y de la inexistencia de nuestra cultura. Si Ortega y Gasset estima que España conoce una decadencia ininterrumpida desde los comienzos de su cultura, entonces que podemos decir nosotros de Rumanía, ¿qué ha nacido a la vida histórica cuando los demás comenzaban a apagarse? Durante mil años, la historia se ha hecho encima de nosotros – mil años de infra-historia. Cuando la *conciencia* ha aparecido en nosotros, no nos ha hecho registrar un proceso creador inconsciente, sino una esterilidad espiritual secular. Mientras que las grandes culturas piden al hombre crear a partir de la nada, las pequeñas le sitúan ante *la nada* de la cultura. Hemos perdido mil años en el plano histórico, y nada hemos ganado en el plano biológico. Vegetar durante tanto tiempo no ha agotado quizá la sustancia vital de la nación, pero no la ha reforzado ni dinamizado en nada. El pasado de Rumanía no me enorgullece en absoluto y tampoco me enorgullezco de mis ancestros privados de orgullo, que han podido dormir tanto tiempo esperando la libertad. Rumanía solo tendrá sentido si la comenzamos. Debemos crearla desde el interior, para poder *renacer* en ella. Forjar el país debe ser nuestra única obsesión.

Cualquiera está llamado a jugar un papel profético en la vida de Rumanía, o cualquiera que lo desee, debe persuadirse de que, en este país, todo gesto, toda acción, toda actitud es un comienzo absoluto, que no tiene continuación, repeticiones, líneas, directrices. Para lo que debemos hacer, nadie nos ha precedido, nadie nos exhorta, nadie nos ayuda. Otros pueblos han vivido sus comienzos inocentemente, inconscientes, sin reflexionar, pasando del sueño de la materia a la vida histórica por un proceso inconsciente, una evolución natural, un deslizamiento imperceptible. Nosotros, al contrario, sabemos y debemos saber que comenzamos, que estamos obligados a tener lucidez desde los comienzos de la vida, la conciencia aguda y reflexiva de nuestro amanecer.

La mañana de nuestra vida coincide con una dilatación de perspectiva que los demás pueblos conocen en el atardecer de la suya.

Esta paradoja es inherente a los pueblos que se despiertan a la vida cuando los demás se mueren, a los pueblos que entreabren los ojos a la luz cuando los demás los agrandan para no estar agobiados por la oscuridad. Si nuestra conciencia no es lo suficientemente fuerte para dar directivas a nuestra frágil vida, no haremos jamás historia. Si no explotamos esta extraña paradoja de nuestra “historia”, estamos perdidos.

Cada uno de nosotros se encuentra en la situación de Adán. (A no ser que nuestra condición sea todavía más miserable, puesto que no tenemos nada detrás de nosotros, nada que lamentar.) Todo debe ser comenzado, absolutamente todo. Las culturas adánicas no tienen más que el futuro para moldearse. Dicho de otro modo, cada problema de la vida espiritual, histórica y política se plantea por primera vez, todo lo que vivimos está determinado por un nuevo mundo de valores, en un orden y un estilo desconocidos. Ser adánico, es estar obligado a comenzar tu mundo. La cultura rumana es adánica porque nada de lo que engendra tiene precedente (incluido en su sentido negativo). Cada uno de nosotros reedita el destino de Adán; cercano al que ha sido expulsado del paraíso, nosotros de un profundo sueño histórico.

El adanismo no ha logrado cuajar más que en los corazones débiles, privados de impulso profético, de instinto combativo o de una voluntad de afirmación personal. Algunos incluso pueden provocar crisis y dudas, pero igualmente paralizar, y esto es repugnante.

Debemos afrontar vivamente, agresivamente, esta tragedia que es la cultura adánica, subsanar con todas nuestras fuerzas la vida del pasado, tratar de poner al día, gracias a una iniciativa inesperada, todo lo que vegetaba en nuestro sueño histórico. Esto es lo que puede satisfacer nuestro orgullo: todo está por hacer, cada uno de nosotros puede convertirse en el dios de nuestra historia, no estamos obligados a seguir ninguna línea puesto que no tenemos otra que el destino de nuestro país. La existencia de cada uno debe constituir una piedra en la fundación de Rumanía. ¡Qué esta sea nuestra misión! *Todo lo que no es profecía en Rumanía es un atentado contra Rumanía.*

Se trata de que cada uno se diga a sí mismo que no se trata de una profecía para los demás, sino que se trata de nuestra propia existencia profética. ¿No ha llegado la hora de ser persuadidos de la necesidad y del sentido de nuestra misión? Si no somos nosotros quienes pongamos todas las bases, nada se hará en Rumanía. Hasta ahora, el nacionalismo rumano no era positivo, era patriotismo..., es decir sentimentalismo, sin orientación dinámica, sin mesianismo, sin ninguna voluntad de realizarse.

Hubiéramos podido tratar de justificar nuestra condición adánica por una adversidad secular – las invasiones bárbaras, el yugo de los Turcos y de los Húngaros, la dominación phanariota –, pero no hubiéramos llegado a ninguna parte. *La historia es una explicación, no una excusa.* Nuestros ancestros no querían hacerlo, han vertido muy poca sangre por la libertad. Somos un país de sediciones. Un pueblo que tenga el instinto de la libertad debe preferir el suicidio a la esclavitud. Para hacerse un camino en el mundo, todos los medios son buenos. El terror, la bestialidad, la perfidia, el crimen no son mezquinos e inmorales más que en la decadencia, cuando sirven para defender contenidos huecos; pero, si favorecen la ascensión de un pueblo, se convierten en virtudes. Todas las victorias son morales.

La salvación de Rumanía reside en sus virtualidades, sus posibilidades escondidas. Lo que *observamos* no constituye más que un apoyo ilusorio. No debemos ser cobardes, hasta el punto de inventarnos una historia. Amo el pasado de Rumanía con todo mi odio.

No conseguiremos jamás revestir a Rumanía de una aureola histórica si cada uno de nosotros no vive con una pasión violenta y dolorosa todas las humillaciones que han relleno nuestra triste historia. Si no intentamos efectuar una regresión subjetiva en el desastre, en la tragedia de nuestra historia, estaremos perdidos por la transfiguración venidera del pueblo, porque estará él mismo perdido. No puedo comprender que haya personas que puedan dormir apaciblemente después de haber pensado en la existencia subterránea de un pueblo perseguido, tantos siglos en tinieblas, bajo el horror, la servidumbre. Cuando veo Transilvania, veo la estatua de un dolor mudo, de un drama de cámara, asfixiado, en un tiempo sin historia. Mil años en una monotonía infra-histórica, mil años, la multiplicación monstruosa de un momento, ¿de un único momento? El espectáculo invariable de la persecución me da sudores fríos: es un drama unidimensional que me asusta. Y la misma falta de libertad marca a las otras provincias, si bien las variaciones del paisaje se prestan a la ilusión de un juego histórico.

Mis instantes de tristeza, me gusta acrecentarlos en intensidad deslizándome por las horas pasadas de mi pueblo, a fin de sufrir sumergido en sus tormentos. Y amo las blasfemias que ha proferido en el transcurso de los siglos, y lloro su resignación, sus quejas, sus gemidos sordos.

¿No hay momentos en los que *entendéis* nuestro pasado, o todo lo que el pueblo ha vivido se actualiza en vosotros, tan tenue como una melopea oriental, tan arrastrada y melancólica como las melodías de nuestro folklore? ¿Todas las humillaciones sufridas no os abrasan como un veneno violento, todos los deseos de venganza rumiados durante siglos no estallan en vosotros?

Solo han comprendido el problema de Rumanía, aquellos para los que Rumanía es una obsesión persistente. Es necesario vivir su pasado desde la lucidez y la amargura, hasta las últimas consecuencias, para captar el sentido de una gran misión. Del mismo modo, está perdido, el que pueda revivir nuestro destino sin encontrarse delante de un dilema vital, trágico. Y no es nacionalista, el que no se atormente hasta la alucinación porque nosotros los otros, los Rumanos, no hemos hecho la historia hasta ahora, hemos esperado que *sea ella la que nos haga*, la que dinamice como un torrente trascendente nuestro ser; no es nacionalista al que no le preocupen los límites que encierran a Rumanía en el círculo de la fatalidad de las culturas pequeñas que no han tenido la audacia de girar sobre su eje; no es nacionalista el que no sufra el martirio de que Rumanía no tenga la misión histórica de una gran cultura, el imperialismo cultural y político, la megalomanía y la sed de poder inextinguibles propios de las grandes naciones; en fin, no es nacionalista quien no sienta fanáticamente el deseo del salto que vendrá a transfigurar nuestra historia.

Rumanía no sabrá ser amada ingenuamente, sin que se haga preguntas, ciegamente, porque no es *evidente* que deba ser amada. ¡Numerosos son los que – por haber observado nuestras vacuidades y nuestras discontinuidades, la fragilidad de nuestro modo de vida y la indigencia de nuestro estilo histórico – han expresado sin cesar su desprecio por las formas rumanas de existencia, por su total desconfianza y su escepticismo divertido! Pero hay que ver el signo de una aspiración profética en el impulso emotivo de los que, después de haber analizado con lucidez todas las paradojas risibles de Rumanía, no han excluido que pueda tener un aura histórica, una misión, un destino.

Amar Rumanía por instinto, no es gran cosa, no tiene mérito. Amarla después de haber desesperado por su destino, es mucho, todo. *O quien no ha desesperado por ella no ha comprendido nada de su complejidad, y ese destino no le comprometerá jamás de manera profética.* Para los espíritus reflexivos, que ven más ventajas en las sombras de la historia universal que en sus luces, aquellos que comprenden que existen naciones condenadas y fracasos ineludibles, adherirse a la dirección íntima de un pueblo en gestación es un acto menos espontáneo de lo que parece.

Si hay hombres que no llegan al conocimiento de sí mismos, a la conciencia de sí mismos, más que en plena madurez, hay también pueblos que no se descubren a sí mismos hasta después de haber completado gran parte de su existencia biológica. Rumanía ha esperado a la madurez biológica; no puede permitirse vivir en las formas inocentes del espíritu. *Espiritualmente*, los Rumanos no han sido jamás niños, ni podrán serlo jamás.

Nuestro primer paso en la historia debe coincidir con una afirmación de madurez del espíritu. Rumanía ha podido vegetar durante siglos porque el nivel infra-histórico ignora las exigencias imperialistas del espíritu. Pero hoy ya no tiene más tiempo. ¡O la transfiguración histórica, o la nada!

La mayor parte de culturas tienen su infancia, pasan por las formas emergentes del espíritu, alcanzan la grandeza en su inocencia. Nosotros, no tenemos otra opción, para izarnos a un nivel histórico, que una explosión de nuestra sustancia, en un esfuerzo que apunte a la madurez espiritual. Con todo lo que individualiza nuestra esencia, con nuestras reservas intactas, elevémonos a un rango histórico en el horizonte en el cual podremos ver la estatura de una gran nación o, al menos, la voluntad de afirmación de una nación. ¡Qué se exprese y se realice todo lo que no se había sido expresado y realizado hasta ahora en nuestra vida espiritual, que se canalicen en la voluntad de poder todas las reservas de las cuales hubiera debido aprovecharse durante siglos! ¡Qué nuestra misión sea un acto de venganza sin fin! ¡Qué nuestra pasión creadora castigue nuestro sueño histórico!

La situación de Rumanía se parece a la de Rusia. En el siglo pasado, entró *bruscamente* en la historia. Su primera generación de intelectuales ha marcado incontestablemente su estilo cultural. Dado que, que mediante este salto en la historia, que no se apoyaba sobre una tradición cultural notable, se ha pretendido determinar la dirección y la finalidad de la vida nacional, el siglo XIX no ha hecho más que debatir sobre la misión de Rusia. El mesianismo ha expresado la salida de un largo sueño histórico. Y

la ausencia de lógica de su vida histórica ha hecho el caldo de cultivo al irracionalismo en la filosofía de la historia. Para sus partidarios, la historia puede tener una finalidad incluso sin la inmanencia de un logos. El mesianismo ruso ha tomado prestado de Hegel el aspecto apasionado y monumental de su visión histórica, pero no el racionalismo de su dialéctica. Los grandes mesianismos extranjeros tienen todos en común una visión dinámica y finalista sin perspectiva racionalista.

Las anomalías históricas de Rusia son también (pero sobre un plano incomparablemente más restringido) las nuestras. En nosotros, sin embargo, es solamente después de la guerra, y sobre todo en los últimos años, que se ha vuelto palpitante la cuestión de la misión de Rumanía, es decir de *nuestro deber supremo y último hacia su esencia*. Una nación que no tiene misión no merece vivir y, a mayores, estrictamente carece de sentido. No es la aspiración mesiánica lo que falta en Rumanía, es la definición de su contenido en la conciencia pública. Sus mitos están todavía en estado embrionario. Es preciso llevarlos a la conciencia de un pueblo para que viva el sentimiento de su propia dilatación interior, del mismo modo que es necesario definirle claramente el sentido de su misión. Pero esta debe reflejar un orgullo tan inconmensurable como el del proyecto mesiánico, a fin de mantener alrededor de ella una atmósfera mística. Un mesianismo sin mística sería vacío e inútil.

Rumanía no tendrá un sentido en el mundo hasta el día en que el último Rumano se dé cuenta de la especificidad y de la unidad de la condición rumana. ¿Qué mitos han sido puestos al día por nuestra vida política hasta ahora? Cuando no eran lugares comunes, eran abstracciones vacías, lo que no puede exaltar a un pueblo. La democracia rumana ni tan siquiera ha creado una conciencia cívica. Es una exaltación rayana en el fanatismo lo que Rumanía necesita. Una Rumanía fanática será una Rumanía transfigurada. Fanatizarla es transfigurarla.

Los mitos de una nación son sus verdades vitales. Si no se corresponden a *la verdad*, eso no tienen ninguna importancia. Una nación expresa su sinceridad suprema consigo misma negando la autocrítica, revitalizando sus propias ilusiones. Y además, ¿una nación busca la verdad? No, una nación busca el poder.

Debemos apreciar la misión de Rumanía más que toda la historia universal, aunque sepamos que su pasado es *un tiempo sin historia*.

Habría que suprimir a los hombres a los que no devora la conciencia de una misión. Sin espíritu profético, la vida es un juego inútil. Hasta el día en que las llamas de su misión interior no la incendien, Rumanía no cesará de ser lamentable. Porque, si se ha dicho de Rusia que era santa y triste, se podrá decir solamente de Rumanía, viendo sus oscilaciones de una vida mal asegurada, que es lamentable. Y eso durará tanto que no habrá llegado su hora solemne. ¿Pero qué puede significar la *hora solemne* de una nación?

Es cuando toma conciencia de sí misma, para modificar la dirección y el curso de su existencia, es cuando, en el cruce de caminos, intenta poner en valor sus virtudes a fin de anclarlos en el gran ritmo de la historia, que una nación se aproxima a su momento esencial, a su apogeo.

Si Rumanía no está a la espera de su momento solemne, si no venga su pasado de humillaciones y su presente de compromisos por la voluntad de afirmar y de definir su destino, todo estará perdido. Ha vivido en la sombra. ¿Y morirá? ¿Si posee fuerzas subterráneas, que deben existir incluso aunque no las supongamos, revelarán una Rumanía diferente, dotada de otros contenidos y de otro contorno? ¿No tendremos entonces derecho a esperar un destino espléndido, ya que antaño no pudimos ni tan siquiera soñar en el momento álgido de nuestras ilusiones?

En tanto que hombres, alimentamos muchas esperanzas, es, sino nuestro derecho, al menos nuestra libertad. En tanto que Rumanos, solo podemos tener una: la de otra Rumanía.

Su vitalidad deberá encontrar un día u otro un modo de expresión, porque estamos demasiado envilecidos, entonces y ahora, porque no nos apasionamos finalmente por una metamorfosis deslumbrante. Siempre he sido pesimista cuando he hablado de Rumanía, pero pienso que la vida es bastante irracional para sobrellevar lo que nuestra historia y nuestro destino tienen de irreparable. El día en que adquiera la certeza de que una *transfiguración de Rumanía* es ilusoria, ese día el problema de Rumanía dejará de existir para mí. Nuestra misión política y espiritual debe consistir en querer con ardor esta transfiguración, en realizar con exasperación dramática la metamorfosis de nuestro estilo de vida. Si es exacto, como dice la sabiduría secular, que la historia no está hecha de saltos, deberíamos suicidarnos todos de inmediato. Pero los sabios son los únicos que no pueden enseñar nada a nuestro instinto, a nuestra pasión y a nuestro impulso profético. Nuestra existencia no podrá adquirir sentido más que gracia a un salto, a un salto definitivo y esencial.

Jamás hemos demostrado una voluntad total de transformación, y si nos hemos mostrado descontentos de nuestro destino, de nuestra condición, eso no ha excedido una especie de escepticismo. Este es el primer paso en un proceso de transformación, el primer elemento que permite tomar conciencia de su destino, de exteriorizarse para medir sus fuerzas y determinar una posición histórica. Nuestra superficialidad procede de lo que no hemos sabido eliminar de este primer paso; nos hemos conformado con no ser más que espectadores de nuestra inercia, a saborear parodiándola nuestra agonía nacional. El Rumano se burla de su condición, se dispersa en una auto-ironía fútil y estéril. Siempre me ha indignado y afligido constatar que, en lugar de vivir nuestro destino con una intensidad dramática, le atribuimos una mirada exterior, de espectadores indiferentes. Si nuestro desastre hubiera significado para nosotros

toda una vida de sufrimiento, y nuestra insignificancia en el combate una desesperación orgánica, quizá habríamos traspasado el umbral de la historia, gracias a una de las grandes conversiones morales que no se producen más que en las cimas. Los Rumanos no se han convertido todavía en positivos y creadores, porque no han subido más que un grado en el proceso de superación y de negación de sí mismos. Tenemos necesidad de un ardor desmesurado para que nuestra vida se transforme en fuego, nuestro impulso en vibración infinita y nuestras ruinas en simples recuerdos. Todos debemos reflexionar seriamente sobre este dato: *Rumanía es un país sin profetas*, es decir un país donde nadie ha vivido las realidades futuras como presencias efectivas, como actualidades vivas e inmediatas, un país donde la obsesión de una misión nacional no ha hecho vibrar a nadie. Deberíamos prometer solemnemente ser diferentes, arder en las llamas de un fanatismo ciego, de abrazarnos por otra visión, de tener como único pensamiento el de otra Rumanía. Continuar siguiendo la línea de nuestra historia nos llevaría a disgregarnos en un suicidio atenuado. No se trata solamente de cambiar algunas formas políticas, se trata de transformar nuestra vida radicalmente a fondo. Debemos renunciar a la lucidez que revela tantas imposibilidades, para que, ciegos, podamos conquistar la luz de la que la lucidez precisamente nos ha alejado.

Me pregunto si debemos verdaderamente alegrarnos de que la existencia de la naciones aparezca como único medio de realización de la historia, y sus conflictos como la justificación de la sustancia del devenir histórico. En todo caso, el entusiasmo por la estructura plural de la historia me parece ser el fruto de una reflexión superficial. Pero, en definitiva, lo que nos interesa y nos toca, son los estados de hecho que determinan nuestra condición y que, en una perspectiva histórica, presentan nuestra nación como un absoluto, incluso si una visión transhistórica desvela su nada.

De todos modos, todo, al margen de la santidad, se ha hecho por mediación de la nación. No es que haya engendrado todo gracias a no sé que fuerza creadora, pero posee una especificidad indefinible que nos integra al dinamismo de la historia y determina el sentido concreto de nuestra creación.

Quien se separa de su nación se convierte en un fracasado, eso se ha verificado siempre. ¿Existe un solo hombre cuyo espíritu haya podido adquirir una autonomía asegurada hasta el punto que tenga su propia respiración después de haberse deshecho de las fuerzas telúricas y de atracción irracionales? Desde el momento en que todos hemos aceptado comprometernos con la historia, reconozcamos lo que tiene de irreductible, su fatalidad inconmensurable, y hagamos su juego distribuyendo arbitrariamente nuestras pasiones y nuestros desprecios.

He buscado frenéticamente la humanidad y no he encontrado más que naciones; y mejor, las he comprendido, más la humanidad se me ha aparecido borrosa, alejada, dudosa. Ninguna nación refleja el sentido ideal de la humanidad, porque cada una quiere sustituirla. O, *una nación no es grande hasta que está tentada de sustituir a la humanidad*. ¿Qué sería de Francia si no hubiera confundido nacional y universal, particular y generalidad humana, defectos y cualidades, vicios y virtudes? Tiene tanta confianza en sí misma y sobre todo por sí misma que su historia la autoriza a prescindir de la historia. Para cada Francés, Francia es el mundo. Ese sentimiento que caracteriza a todas las grandes naciones, les ha permitido monopolizar la historia.

Se ha contado, se cuenta de centenas de pueblos; ¿pero cuántos se han convertido en naciones? *Un pueblo no se convierte en nación hasta el día en que adquiere un contorno histórico original e impone sus valores particulares como universalmente válidos*. Vivir solamente en tanto que pueblo significa registrar la historia; vivir en tanto que nación, ser registrado por la historia.

Las colectividades humanas que han quedado relegadas al estado de pueblo apenas se han elevado por encima de lo biológico, de la resistencia pasiva y de los valores del “*pathos*” derivados de la no-participación. El proceso en el cual un pueblo adquiere un contorno histórico es una violación permanente, un volcán biológico que añade y justifica todo un desarrollo de valores específicos. Que un pueblo tenga tradiciones y una sensibilidad comunes no prejuzga nada de la huella que dejará en el mundo. Es solamente en el momento en que comienza a convertirse en una fatalidad, o dicho de otro modo, fecundar y destruir, que supera la nada de su condición exclusiva de pueblo. Lo que Francia fue en otro tiempo y lo que son hoy Rusia, Alemania y Japón, me parece definir los elementos de esta fatalidad y la voluntad de convertirse en nación.

Mi orgullo y mi furor han buscado integrar aunque fuera un poco a Rumanía en este juego de fuerzas, su pasado y su presente la excluyen; es necesario que se muestre diferente, sino estaremos condenados a mantenernos alejados, una situación dolorosa, inadmisibile, que solo puedo rechazar. Todos los elementos de los que disponemos son aceptables como etapas, pero indignantes como permanencias. Rumanía no tiene nada de original, excepto sus campesinos, su folklore y sus paisajes (en cuanto a estos, no tiene nada que hacer). Pero los campesinos no pueden hacernos penetrar en la historia más que por la puerta de servicio. Es desoladora, la atmósfera primitiva, telúrica y caótica de este país que contaminan las supersticiones y el escepticismo, una mezcla estéril, una maldición hereditaria. Toda Rumanía siente la tierra. ¡Algunos pretenden que la salud es un elogio! ¿No seremos capaces de transformarnos en algo más que en un pobre pueblo? Esa es la cuestión.

Un poeta ruso, que atormentado por el porvenir de su país, ha expresado en un verso desgarrador un sentimiento que me domina cada vez que medito sobre Rumanía: “Desaparecerás en el

espacio, ¡oh mi Rusia!” Miedo de ser devorados por fuerzas superiores, liquidados por el tiempo, sumergidos por el espacio, haber perdido nuestra existencia por haber llegado demasiado tarde... ¿Alguien puede juzgar ilegítimo este miedo? Es antirumano el que no tema que la historia se haga por encima de nuestras cabezas, y es un traidor el que acepta el pasado y el presente de Rumanía. Un traidor a todo lo que debe ser este país, a la historia que no tenemos todavía, al futuro al cual no tenemos el coraje de confiarnos. Solo la revuelta organizada puede dinamizar y socorrer a un país pues rechazamos que tenga un destino anémico. Porque hace falta saber que Rumanía no es una nación en el sentido que le doy a esa palabra. Poseer los signos externos, cumplir las condiciones de un nacionalismo cualquiera o encajar bien en una definición plana no significa estrictamente nada. Una nación legitima su existencia luchando por una idea histórica. El mesianismo no es otra cosa que el combate y el sufrimiento por una idea concreta. La voluntad de hacer historia debe elevarse de las raíces biológicas de un pueblo y circular irresistiblemente en su sangre para irrigar la suma de valores por las cuales se pelea. Hay tantos pueblos, pero tan pocas naciones, porque, si bien muchos de ellos sienten una llamada biológica, no pueden realizarse en una suma de valores, ni realizarse. Los Españoles, a pesar de que todo les predisponía al mesianismo, no han sabido encontrar una idea española de la cultura, y su realización en la historia ha sido solamente temporal. De Santa Teresa a Unamuno, no han conocido más que pasiones individuales, no han sido conquistadores, no han determinado un estilo cultural. Los conquistadores no eran desgraciadamente conquistadores del espíritu. Los Españoles, ese pueblo extraordinario, no han logrado realizarse en tanto que nación y, amando España – quizá tanto como Barrés o Montherlant –, estoy obligado a admitir que es una de las decepciones de la historia.

El fracaso no concierne solamente a los individuos – al país también. Se produce cuando se contentan con un rol mediocre, de un soplo sin amplitud, de un ritmo lento. Siempre he pensado que la aplastante mediocridad de Rumanía no será vencida sin la voluntad de hacer historia, voluntad que, a su vez, no habría tenido sentido sin un espíritu, sin una forma y un estilo de vida nuevos. *Un mesianismo efectivo interioriza el eje de la historia en la sustancia de una nación.* Lo que quiere decir que, si una nación no se juzga necesaria, e incluso indispensable, en la marcha de la historia no tiene el derecho a vivir o es, por lo menos, superflua. Y debo admitir – yo, a quien el destino de Rumanía le hace pasar noches en blanco – que no hemos hecho casi nada para serlo. Estamos contentos con poco, orgullosos de no ser nada. La gloria, que es una auténtica categoría de la historia y la aureola de la fuerza, verdaderamente no quiere sonreírnos. O, si se vive por y para la historia sin conocer la gloria, se está perdido.

Por mi parte, evidentemente no puedo aceptar una Rumanía mediocre, moderada, resignada, tolerante. Pero nos haría falta creer, por otra parte, que la recuperación moral y material podría representar un progreso real. Un Rumano honesto y ordenado no significaría absolutamente nada si el confort moral y material no se duplica por la expansión frenética de innumerables fuerzas ocultas de las cuales no tenemos ni el derecho de adivinar su existencia. ¡Qué indignación para mí ver que nuestros nacionalistas conciben la Rumanía futura como una suerte de Suiza! Orden, honestidad, moralidad, eso es todo. Pero si Rumanía no consigue de alguna manera mostrarse dominante en el mundo, incluso en los Balcanes, si su misión debe reducirse a asegurar el orden interno y a defender sus fronteras, y su idea histórica a cultivar una pretendida especificidad nacional que ha tolerado las constantes reaccionarias de nuestra infra-historia, entonces es mejor disolvernó en la agonía prolongada en la que nos revolcamos.

Rumanía es geografía, no historia. ¿Hay alguien que comprenda esta tragedia? Un país solo tiene valor en la medida en que se convierte en un problema para los demás, donde su nombre equivale a una actitud. Todos sabemos lo que significan Francia, Inglaterra, Italia, Rusia o Alemania, pero nadie sabe lo que significa Rumanía. No sabemos lo que es, ni tampoco demasiado lo que no es. Convertido en especialista de sus ausencias, he acabado por descubrir el infinito que Rumanía necesita para ser alguna cosa.

Los Rumanos luchan día y noche por Rumanía. Pero extrañamente he encontrado pocos para los que respresente un problema serio, una fe, un destino. Nos encontramos con demasiada frecuencia con una pobre visión de Rumanía, y la ausencia de profetismo nacional parece ser una de las taras de nuestro nacionalismo.

¿Estamos condenados a caminar sobre las huellas de los demás, a contentarnos con un destino biológico, a no ser más que un pueblo? En la mirada histórica, no existe todavía la nación rumana, porque durante miles de años no hemos inquietado la quietud del globo y ahora la ansiedad mundial nos asusta, cuando deberíamos aumentarla. ¿Seremos un pueblo “razonable”? Más nos valdría nuestra ruina. El futuro nos mostrará en que medida sabremos contradecir nuestras vanas constancias.

*El pueblo, considerado en sí mismo, no es un fenómeno espiritual; participa en el espíritu por intermediación de la nación, que encarna en la historia los valores espirituales, sin ser ella misma espiritual en su esencia. Cada pueblo está caracterizado por su adhesión al cosmos y engloba en su existencia diversos elementos preculturales. Todas las ventajas e inconvenientes de la existencia en tanto que pueblo vienen de lo que queda próximo de su estado *original*. Incrementando su pulso vital, se aleja de un sentido espiritual. No será portador de una idea hasta que se convierta en nación. Existimos como pueblo desde hace mucho tiempo. Transilvanos, Valacos, Moldavos, etc.,*

hemos mantenido sordamente, durante siglos de opresión, el sentimiento de la solidaridad humana; pero eso dentro de una concepción – que se explica – que no traspasaba los elementos definitorios de una existencia popular. La nación se sitúa a un nivel superior que el de pueblo. Solamente accediendo al rango de nación un pueblo adquiere el impulso agresivo fecundo que es la marca de una individualidad bien definida.

Bávaros, Sajones, Prusianos, etc. han podido representar, en el curso de su vida separada, casi autónoma, la inmediatez del pueblo alemán, sus elementos primordiales, su vigor inicial. Sin embargo, si hubieran quedado solo como un pueblo, los Alemanes habrían sido condenados a un rol periférico. La nación pone al día y explota las facultades históricas y las inclinaciones mesiánicas de un pueblo. Lo que la existencia popular tiene de elemental está orientada políticamente por el instinto; solo las naciones pueden elevar la política al nivel de arte. Un pueblo sin instinto político se pierde en el camino que conduce a la nación. ¿Pero qué es el instinto político? La pasión irreflexiva de la afirmación, de la afirmación en tanto que tal, sin dejarla obstaculizar por los valores; la fuerza y la victoria de la finalidad, sin importarle las restricciones morales; la sed de primacía y unidad; el culto de la organización y de las formas objetivas. Convertido en arte, el instinto político canaliza todas las energías con vistas a una ganancia máxima. Las naciones bien provistas de instinto político están siempre al acecho. Su grandeza es debida al equilibrio entre lucidez y agresividad. Cada una busca elevar su nivel histórico (fuerza, misión, imperialismo) con el fin de usar su poder en el momento oportuno. O, no puede hacerla depender de otros “poderes”. Todas las diferencias entre naciones acaban por transformarse en enfrentamientos. Mientras existan, habrá conflictos, y si jamás llegan a desaparecer, las guerras afectarán a las razas, y después de las razas, Dios sabe qué. La búsqueda del sufrimiento colectivo parece ser inherente al hombre. La guerra es para él una respiración periódica, la expresión última y bestial de su destino, concebido como caída.

El pueblo tiende a convertirse en nación, la nación tiende a convertirse en una *gran potencia*. Sin embargo, mientras que la primera de las dos transiciones se hace con una cierta incomodidad, según las espontaneidades del instinto, la segunda reviste las formas de un combate consciente. El espectáculo ofrecido por las grandes potencias es desalentador para cualquiera, no solamente para los que buscan la finalidad ética de la historia. Una gran potencia no puede hacerse valer más que por la dominación. Incluso si una nación tiene bastante energía para ser *en sí misma* una gran potencia, no lo será efectivamente más que mediante la dominación, es decir invadiendo, conquistando. Se contentará con lo que posee cuando ya sea inevitable, porque la fuerza que ha acumulado la conduce a los desbordamientos, a las erupciones. Muchas naciones han desencadenado guerras a pesar de ellas, simplemente porque estaban repletas de potencia. Existe un *potencial imperialista*, que comparten de manera desigual. Hagan lo que hagan, no pueden situarse todas al mismo nivel, de manera que las desigualdades crean jerarquías de fuerzas que agravan los antagonismos y vuelven la guerra inevitable. La superpoblación en el interior de un territorio dado no es suficiente para explicar el imperialismo. Un país que, *alcanzado* el imperialismo, ha conquistado todos los territorios que necesita, no deja por eso de ser imperialista, ya que todo imperialismo auténtico está ligado al sentido y al devenir de una nación. La Roma antigua conquistó todo lo que anhelaba, lo que no la impidió quedar como imperialista siempre. El imperialismo de circunstancias no es significativo, no revela a una gran nación. Las grandes conquistas comportan una fuerte dosis de gratuidad, de fatalidad inútil. Las que responden solamente a una necesidad inmediata no tienen significación histórica. Todo lo que se ha hecho de grandioso y perdurable en la historia lo ha sido bajo la influencia de un imperativo sin relación con las necesidades cotidianas del hombre. La historia entera no es quizá, más que una tragedia gratuita...

No hay felicidad más que en los pueblos que se suben simultáneamente al gran día y que pretenden el mismo fin, a pesar de las eventuales diferencias de nivel, que atenuará por otra parte la persecución frenética de su fin. Su tragedia, las naciones la solucionan entre ellas. Pero es mucho más grave para los pueblos que buscan cristalizarse a su vez que para las naciones, que han resuelto este problema hace tiempo y se disputan la primacía como grandes potencias. Si no quieren ser engullidas por las últimas, solo hay una solución: el salto en la historia. No hay otro medio de reducir las diferencias de nivel histórico, origen de todos los conflictos. Ese salto puede revelarse extremadamente favorable si un pueblo se impulsa en el mundo cuando los otros inician su declive. Desde el punto de vista espiritual, puede sufrir también la tragedia de la decadencia; pero podrá usar subterfugios políticos para acelerar su ascensión jugando con la debilidad de las grandes potencias, aprovechando su agonía para afirmarse, lo que no es ciertamente un gran mérito. Pregonar su vitalidad cuando no es significativa, y mientras los demás han consagrado su vida al sentido, es una cuasi-barbarie. La verdad es, en ella, puramente biológica, marcada de estigmas *regresivos*, un imperialismo que no está al servicio de una idea. La vitalidad sin ningún fin espiritual, la conquista sin ningún sentido político, la perturbación sin ninguna misión se convierten en un fenómeno de una fecundidad ambigua. Si prepara un vacío histórico encima del cual nacerá el día y así el futuro le confiere un sentido, no queda más que concluir que no posee en sí misma la menor profundidad. La afirmación de los pueblos históricamente jóvenes debe revestir ciertas veces la forma de la barbarie, pero la explosión de su energía debe ocultar el culto germinal de una idea, el vivo deseo de individualizarse gracias a un sentido espiritual. Sino, su aurora no será digna del crepúsculo de los demás.

III

LAS LAGUNAS PSICOLÓGICAS E HISTÓRICAS DE RUMANÍA

I

Si las capacidades psíquicas de los Rumanos jamás se han elevado hasta ahora por encima del nivel de espera y si el futuro no revela caras ocultas del alma rumana, toda tentativa de arrojar los fundamentos de la Rumanía del mañana serán vanos. Son las condiciones interiores, y no las exteriores, las que engendran y aseguran el desarrollo de un país. Incluso sumergidos en moldes formales, los determinantes psicológicos específicos nos imponen al menos una marca, una individualidad. La psicología de un pueblo está para muchos en su devenir. Si no es suficiente para explicar las formas sociales y las cristalizaciones objetivas de su destino, ayuda a comprender sus lagunas, sus carencias, sus rasgos negativos.

La estructura psíquica rumana está contaminada de un *vicio sustancial*, de una laguna inicial de la cual derivan nuestros fracasos sucesivos. En los orígenes de la rumanidad, no existía un alma formada, porque un pueblo se revela a sí mismo y al mundo después de un largo proceso; existían solamente inclinaciones, virtualidades, que en su totalidad pueden indicar el sentido de una revolución y de un destino. El potencial psíquico del pueblo rumano debe contener una inadecuación, una no-conformidad de fuentes equivalente a una carencia sustancial. Mientras que en otros tantos pueblos se ve una espontaneidad germinal, una radiación activa desde el principio, una explosión incontenible, la forma de vida rumana está privada del dinamismo primordial.

Rumanía sufre un *pecado original* de naturaleza no definible, pero identificable en todas las lagunas del pasado. El salto histórico es tan imperioso que debemos superar, vencer nuestras carencias originales para lograr impulsarnos en el mundo. Lo que es positivo y creador en el alma primordial de Rumanía nos impulsará hacia delante, cualesquiera que sean los obstáculos que surjan. Todo lo que hemos realizado hasta ahora es debido a un impulso dinámico, desgraciadamente mínimo en comparación con la negatividad inscrita en nuestras premisas, negatividad que nos ha mantenido en un sueño histórico de mil años.

Las deficiencias actuales del pueblo rumano no son el producto de su historia; es su historia el producto de las deficiencias psicológicas estructurales. Por particulares y graves que fueran, las condiciones históricas no han hecho más que reforzar las inclinaciones iniciales y subrayar que somos *a*-históricos. Si hemos sufrido la adversidad de los tiempos, es porque no hemos sido suficientemente fuertes para revitalizarnos. Si hubiéramos estado animados del deseo de individualizarnos y de afirmarnos categóricamente, habríamos triunfado hace tiempo, como lo han hecho todos los “grandes” pueblos, grandes por su destino y no por su nombre. Ciertamente, un pueblo cuenta también con su nombre, pero mucho más con su agresividad. El problema de un descenso de población se convierte en trágico si testimonia una carencia biológica. Es por eso que un pueblo joven, poco numeroso pero en pleno crecimiento, es más creador y temible que un gran pueblo en su declive. El instinto combativo y militar acentúa la configuración histórica más que la realidad numérica. Separada del resto de Alemania, Prusia podrá siempre constituir un país y no será menos temible, a pesar de una población reducida. Ella sola vale lo que todo el resto de Alemania, lo que explica que le haya impuesto su estilo de vida por la vía del hitlerismo. Bajo la forma política que esté, Alemania siempre será prusiana.

La fuerza es el único altar delante el cual se inclina la humanidad. Nosotros la tenemos también, pero solamente para humillarnos y glorificar la fuerza de los demás.

Los Rumanos han sido siempre tibios. Detestan los extremos y las soluciones fuertes, no han reaccionado como una individualidad frente a los acontecimientos, los han evitado, de suerte que todo se ha hecho por encima de sus cabezas. Nuestro equilibrio expresa una deficiencia, no una armonía. No representa ni tan siquiera contradicciones interiores latentes, sino la pobre quietud de un alma irrealizada. Por lo demás, el equilibrio no tiene sentido más que en las épocas clásicas de las grandes culturas, cuando nace de un desarrollo interno y de un florecimiento del estilo. En las formas culturales menores, es insignificante y comprometedor. No es gracias a él que los pueblos se forjan un camino en el mundo. La historia es el resultado de una búsqueda eterna y atormentada, que recuerda a un drama y no a un descubrimiento. Un pueblo debe arriesgar algo más que sus energías: su esencia, su ser. Si no se realiza, peca contra su naturaleza, del mismo modo que un hombre que no se realiza se suicida poco a poco.

Los Rumanos deberían haber pensado en el sol que sale también en su país y responder a la luz con actos. Una historia tumultuosa expresa el reconocimiento de un pueblo hacia las cimas. *El mundo* no es la justificación de Dios, sino *la historia* del hombre.

Nos hace falta identificar nuestra especificidad nacional, causa de un inmovilismo milenario, para liquidarla, al mismo tiempo que el orgullo ridículo que nos ata.

... Cada vez que veo al campesino rumano, me gusta ver, inscritos en los pliegues de su rostro, las dolorosas lagunas de nuestro pasado. No conozco en Europa un campesino más miserable, más terroso, más abrumado. Su sed de vida no era sin duda muy fuerte, para que todas las humillaciones hayan marcado su rostro, para que todas las derrotas hayan cavado sus arrugas.

Cualesquiera que sean sus reservas vitales, no da una impresión de frescor biológico. Su existencia subterránea, su ritmo lento y encorvado simbolizan las sombras de nuestro destino. Somos un pueblo salido de barrancos, de montes y de valles. A la sombra contemplamos el cielo y en la oscuridad nos mantenemos derechos. Hemos permanecido congelados durante mil años, solo la fiebre puede salvarnos...

¿Cuándo levantará la cabeza el campesino rumano? Bajamos los ojos desde nuestro nacimiento. La fisonomía crítica de Rumanía tiene una razón teórica, pero igualmente una razón práctica. Como disponemos de relativamente pocos documentos válidos sobre el ser íntimo de nuestro país, debemos utilizar todos los elementos exteriores que nos le revelen. La fisonomía del campesino francés, alemán o ruso expresa un buen número de características de la historia de su país. Pero Francia, Rusia y Alemania han sabido deslumbrar al mundo y, por otro lado, no son como nosotros culturas populares, así podemos fácilmente olvidar a los campesinos cuando hablamos de ellas.

Cada pueblo debería tender a realizar una cultura “histórica”, y no popular. Los elementos populares deben ser subsumidos, descuidados. Tomarlos como finalidades significa para una cultura perder su ascensión.

Un pueblo que no ha creado más que una cultura popular no ha franqueado el umbral de la historia. No podría hacerlo, pues las culturas populares identifican *valores* y *etnia*. Son una suma de creaciones salidas de las raíces profundas del alma, a las cuales continúan adheridas, mientras que el esfuerzo reflexivo del espíritu engendra en las culturas históricas valores que toman su desarrollo autónomo en el mundo. Las culturas populares se alimentan de mitos, los presentimientos de la historia. Conciben el devenir sustancialmente y así la eternidad les dispensa de la historia. No conocen el progreso, conocen solamente transformaciones, que no tienen nada de auténtico, que son apariencias. No teniendo otro valor que el primordial – sea la suma de elementos telúricos, ctónicos, aportados por un pueblo en su nacimiento –, son primitivos y reaccionarios. *Mueren en sí mismos.* Un salto histórico habría servido para liberarlos de su propia maldición. ¿Alguien sacará a Rumanía fuera de sí misma? ¿Quién la extirpará?

El sentido ascendente le falta. El esquema formal de nuestro destino es horizontal. Estamos demasiado *arrastrados*. Los pueblos felices son erupciones y es porque su suerte implica una representación vertical. El gótico es el estilo de la ascensión, del impulso vertiginoso pero orientado, del devenir trascendente. Son los elementos góticos del alma los que determinan una individualidad, pues el vigor se afirma en función de su preponderancia. El impulso de una cultura expresa la presencia interna de la pasión gótica. Pues *el gótico es la vertical del espíritu*. Es el origen de lo trágico, de lo sublime y del renunciamiento, esa pasión por otro mundo. Si está ausente de la conciencia, se asimila el devenir dulcemente, tibiamente, se convierte en presa del tiempo. El destino, puesto que se desarrolla en horizontal, es la negación del gótico y de los complejos vitales que engendra. Los Rumanos no han vivido bajo el signo del espíritu gótico. De ahí la pasividad, el escepticismo, el desprecio de sí mismo, la suavidad contemplativa, la religiosidad menor, la a-historia, la sensatez, que constituyen los aspectos negativos de nuestra especificidad nacional, aspectos desgraciadamente centrales. Así hemos vivido durante mil años, así no debemos vivir más durante los miles de años por venir.

Solo el furor por el futuro es revitalizador. Lo que se libra con pasión rayana en la estupidez o la histeria, no puede ser avalado por el tiempo. Porque un ardor exasperado por el futuro te saca – por la fuerza de la pasión – fuera del tiempo. Quisiera que Rumanía zumbara e hiciera ruido y que de su corazón haga un horno. No podremos escapar de otro modo a la infra-historia, es decir a nuestro tiempo perdido.

Nuestra resignación secular nos ha hecho prudentes. Si, sobre un plano individual, la prudencia puede alcanzar cimas, en tanto que fenómeno colectivo es una inercia. El pueblo rumano es el más prudente de Europa; pero por falta de coraje y de afirmación, no por espíritu. “El hombre no manda en el tiempo, es el tiempo

el que manda en el pobre hombre”, esta máxima es una catástrofe para nuestro pueblo. ¡Y cuándo se piensa que representa un símbolo, la llave de nuestro destino! Todos nuestros proverbios, todos nuestros adagios expresan la misma cobardía ante la vida, la misma indecisión y la misma resignación. ¡Es preciso que no haya más lugar para la ofensa a este pueblo alabando su prudencia! Las verdaderas salidas a la resignación no son un título de gloria. Ningún acto histórico ha sido engendrado por la prudencia, salvo de la infra-historia o de la trans-historia. La prudencia es la negación de la historia, porque significa alejarse de la vida, mientras que la historia significa afirmarla. Mejor: la historia es la superstición de la vida, porque representa la vibración activa e intensa del futuro. Las grandes culturas son cimas en el tiempo.

Las verdades cotidianas de los Rumanos son paralizantes. Tienden a privar al hombre de toda responsabilidad. *El fatalismo es una inmoralidad del futuro*. Comprendo que sea empujado por una fatalidad individual e interna, por el dinamismo de su demonio personal, pero bajar la cabeza ante los tiempos es una desviación y una vergüenza antropológica. El tiempo nos ha conducido durante mil años. Eso se dice poco. El fatalismo de nuestro pueblo es una maldición que debemos destruir, aplastar, golpear en su núcleo. ¡Quiero otro pueblo!

El escepticismo ha sido la plaga secular de Rumanía. Es sorprendente que este fenómeno, propio del declive, de la saturación o de la lasitud de las culturas, haya podido aparecer en un pueblo retrasado. Cuando la energía productiva de una cultura se agota, cuando no tienen nada más que crear, su esterilidad incrementa su lucidez, que a su vez anula su inocencia y su frescura. Los Alemanes juzgan a los Franceses escépticos. ¿Lo son verdaderamente? Si la cultura alemana está definida por una *monumentalidad virginal*, la cultura francesa delinea su espíritu muy serio con gracias e ironías de la inteligencia, de manera que,

para un ojo insensible a los matices, tiene la apariencia de un juego inútil, de una suma de gratuidades. Se halla en Francia un escepticismo de la inteligencia, debido al refinamiento y a su exceso, pero no se encuentra un escepticismo del espíritu. En cuanto a la zona afectiva, el mundo volitivo y los complejos elementales del alma, jamás han sido alcanzados por el escepticismo. Un alma escéptica no es creadora porque todo escepticismo estructural supone una tara de las fuentes, una esterilidad original. El escepticismo francés siempre ha sido la espuma de la inteligencia, el lujo del corazón; no se adhiere orgánicamente a las profundidades del alma. El escepticismo rumano, de alcance reducido y de naturaleza superficial, sin embargo es popular. Mucho más orgánico que el escepticismo francés, nos ha sido, de este modo, fatal. Las premisas de nuestro ser han sido marcadas por la gangrena de la duda. No es la adversidad pasada la que ha golpeado nuestra condición de *duelo permanente* que es el escepticismo. Simplemente la ha agravado; pues las circunstancias exteriores no pueden crear por ellas mismas disposiciones tan esenciales. Nuestro miserable destino ha actualizado nuestra duda latente, nuestro escepticismo y nuestro fracaso virtual, porque estaba abierto a todas las tendencias negativas de nuestra psicología. Nadie piensa en esto: estamos desarrollados a la inversa. Un destino *regresivo*.

El escepticismo es extremadamente interesante como pausa cultural, como recreo del espíritu después de las épocas constructivas. Expresa entonces el deseo que nutre al espíritu de respirar de manera irresponsable, de complacerse en su inutilidad. Pero el escepticismo rumano, telúrico, subterráneo, es afligido – sufrido, crispado, sin gracia ni elegancia. Abandonarse al destino y a la muerte; no creer en la eficacia del individualismo y de la fuerza; no tomar suficiente distancia en relación a los diversos aspectos del mundo, es lo que ha engendrado esta maldición poética nacional llamada *El Cordero* y que, con la “prudencia” de los antiguos cronistas, constituye la plaga siempre abierta del alma rumana. Enseguida vienen las *doïnas* para añadir su lamento, y todo está dicho.

Cuando Rumanía adquiriera *el gusto por el devenir*, triunfará – por la fuerza de las cosas – sobre las dudas de su corazón, que son los camposantos de su escepticismo; una inteligencia hastiada no le ha ofrecido más verificaciones e ilustraciones teóricas. Su pasado me vuelve escéptico a causa de su escepticismo. No veo ningún argumento mesiánico. Pero me digo que ella podría individualizarse singularmente en el mundo si se deshiciera de la materialidad y del peso oscuro de su escepticismo, para realizar su vida en un plano superior, donde explotará sus dudas como gracias y ornamentos de su espíritu, ¡cómo un cáliz crepuscular de su corazón! La conversión de lo negativo en positivo es un fenómeno que Hegel ha justificado en la lógica. ¿No podremos, con más razón, realizarlo en la historia? *El salto histórico* – esta gran espera de Rumanía – *no es más que la manifestación de esta conversión*. Vencer su lado negativo significa lanzarse al mundo, entrar en el positivo de la historia. El proceso dialéctico es la tabla de salvación de Rumanía. Si el hombre tiene un destino histórico, la resignación es un vicio. En el fondo resignándose se deshumaniza. ¿Cómo patriotas hemos podido hacer virtud de nuestra resignación secular? ¿Hay tanta inconsciencia en el entusiasmo? Si el renunciamiento es un acto de autonomía del espíritu, porque es una *renuncia activa* al mundo, la resignación es una inercia del alma, entregada a una cautividad cósmica por falta de tensión interior. El renunciamiento tiene siempre un valor religioso; la resignación, solamente un valor psicológico. Renunciamos a cualquier cosa; nos resignamos *ante* cualquier cosa. Toda resignación es un yugo moderado, una ofensa hecha al impulso prometeico del espíritu. El renunciamiento viene del caos y de la demiurgia del corazón; la resignación, de su vacío. Implícitamente o explícitamente, todos los historiadores de Rumanía se ponen de acuerdo en afirmar que la resignación fue la nota íntima de nuestra alma en el curso de nuestra gran a-historia. ¿Es también en razón de un largo sufrimiento que los Rumanos, persuadidos de que no había nada que hacer, se resignaron, por las buenas o a la fuerza? O, la resignación no podrá ser quebrada hasta que todos estén persuadidos de que todo está por hacer.

Numerosos pueblos han burlado su propia condición, incluidos los más atormentados y oprimidos. Es de todos modos raro que el conocimiento de sí mismo vaya asociado con el desprecio de sí mismo, cosa que solo sucede con frecuencia en los Rumanos. Pero sería no comprender nuestra maldición ver simplemente como una tara este fenómeno, aunque constituya una nota original de una extraña significación. No hay pueblo que aprehenda mejor sus insuficiencias ni que demuestre tanta voluptuosidad en pregonarlas en cualquier ocasión. Es un autodenigramiento colectivo, una autoflagelación general, una lucidez que amarga nuestro destino, que aparece en unos de manera automática y sin conflictos, mientras que en otros – los menos numerosos – se convierte en un desgarramiento. ¿"Ser rumano" no sería pues una evidencia agradable? Es cierto que el menosprecio de los Rumanos en relación consigo mismos es de una particularidad única en un pueblo sin conciencia histórica.

El Francés es francés como la piedra es piedra; *es* francés sin saberlo. Y, si lo supiera, eso no le serviría de nada, no le ayudaría en nada. Nosotros los otros, *sabemos* a cada instante que somos rumanos y nos explicamos todos nuestros gestos y todas nuestras reacciones por nuestra condición particular. Pues, en cualquier cosa que hagamos, estallan los seudomorfismos de nuestra historia, sentimos una rara voluptuosidad en confesar nuestro desastre específico: "Eso, eso no es posible más que en Rumanía", "Que se puede esperar de un país así", etc.

Los judíos también *saben*, hasta la histeria, que son judíos, y lo mismo los Rusos. Pero esta lucidez no le da ningún placer a los judíos y renunciarían de corazón si todos los no-judíos, absolutamente todos, no la revivieran. Ningún judío os perdonará *saber* que lo es. Individualizado hasta el límite extremo, *fuera de la ley* racial, se desgarran en un orgullo doloroso. Los Rumanos se liquidan a ojos vista sin el menor orgullo, y el desprecio de nosotros mismos, del que todos hacemos gala, nos deleita sin

procurarnos grandes satisfacciones, pues se queda en las fronteras del escepticismo. En los Rusos, la conciencia de sí mismos está siempre acompañada de la tortura de sí mismos. Asociando a su condición la pasión del sufrimiento, están sin cesar desesperados, sin saber si deben aceptarse o rechazarse. Se han considerado siempre como una fatalidad, pero no como una evidencia, Es porque son piadosos ellos mismos en todas las ocasiones y jamás se han librado de su impetuosa búsqueda de la desgracia. Reemplazan la risa por la burla, la delicadeza por las avalanchas interiores, los matices por cascadas. Jamás han comprendido la cultura en sí mismos, como un sistema de valores autónomos; buscando lo ontológico, los fundamentos originales de su naturaleza, han llegado a asimilar la cultura como un “simbolismo” de formas artificiales que cierran el acceso a su naturaleza. “Rusia” es la crisis más grande de la cultura moderna. Su existencia nos prueba que el Apocalipsis no es solamente un capítulo de la Biblia.

En proporciones menores, nosotros los otros los Rumanos, siempre hemos sentido la anormalidad de nuestro destino. Si una pasión violenta hubiera animado nuestra sangre, si una fuerte fiebre hubiera hecho evaporar el agua que contiene, la tragedia nos hubiera llevado a una rara preeminencia, a un trastorno de los más fecundos. El desprecio de sí misma supone sin embargo una amargura y un dolor que se aplican a la configuración específica de Rumanía. Cuando se piensa en otros pequeños países que no han hecho nada y que se complacen en una inconsciencia total o en un orgullo profundo, injustificado, no se puede impedir admirar la lucidez de Rumanía, que no tiene vergüenza de mofarse de sí misma, de sacudir su nada en el desprecio de sí misma o en comprometerse en un escepticismo disolvente. Puede que un día la conciencia de sus aspectos negativos la libere, por un verdadero milagro histórico, de sus múltiples complejos de inferioridad. Ella se ha dado cuenta de su insignificancia mejor que cualquier otro país del mundo. Tanta lucidez es un título de gloria si se trata de una etapa, y una vergüenza si se trata de una constante o de un estancamiento.

Muchos Rumanos, un enorme número de Rumanos, declaran todos los días que Rumanía es el último país del mundo. Numerosos son los que extraen de esta afirmación una satisfacción fría e indiferente. Pero es imposible que algunos no sufran, que en el futuro no sufran todos. Rumanía será redimida cuando el destino nos atormente a todos, cuando nos atormentemos todos por ella. El defecto de nuestra autocrítica es la de no tener una pasión religiosa, la de no hacer del mesianismo una soteriología. *Si el problema de nuestra misión no deriva en una doctrina de la redención, estaremos perdidos*, es decir que nos perderemos en nosotros mismos, puesto que el mundo jamás nos ha tenido. Lo que decía un violinista gitano a un grupo de Rumanos — “Vuestra suerte somos nosotros, sino seríais los últimos” — representa una situación real y no una exageración trivial. Si no hace historia, Rumanía seguirá siendo el último país del mundo, tal y como lo ven cotidianamente los ciudadanos imbéciles. Para expiar tantos pecados nacionales, deberíamos haber vivido nuestro drama religiosamente. Los Rumanos son demasiado transparentes a sus propios ojos. Pocos hombres pueden tener un alma menos misteriosa, un corazón tan abierto al mundo, en la más perfecta de las familiaridades. *La intimidad lírica con el ser* define el sentimiento de la vida de los Rumanos. Entonces, ¿cómo explicar que la literatura rusa no circula tanto en ningún otro país? ¿Nuestro vacío nos habrá empujado por compensación hacia la complejidad del alma eslava, nuestra versatilidad será halagada por la vagas analogías con la irracionalidad de la psicología rusa? Alguien dijo que los Rumanos aman las novelas de Dostoyevski únicamente por *la depravación* que contienen. En efecto, *la complejidad y la versatilidad superficiales* propias del alma rumana no presentan más que aparentes similitudes con el drama ruso, con la tragedia interior. Los Rumanos tienen ciertamente menos claros que los Franceses, pero su maleza no les aproxima al carácter

atormentado de los Rusos. La depravación es el clima natural de Rumanía. Son las líneas rotas que dibujan nuestro corazón. Privados de una línea y de un pulso continuos, ¿qué suerte podremos oponer a los demás para provocar conflictos? No existimos *por* los conflictos, e incluso con ellos. Un pueblo carente de una idea histórica debe tener al menos un sentimiento generador de tragedia. Francia no habría superado a los demás pueblos, en la historia moderna, si no hubiera acompañado al mundo de valores por el cual ella se ha sacrificado, de un sentimiento de gloria llevado al paroxismo. Es en nombre de esta perfecta gratuidad que ha sacudido la historia, más que en nombre de una idea o de una necesidad. Pero, para que un pueblo pueda engendrar la fe en una gloria universal, debe tener en el alma también dimensiones universales.

La ausencia de misterio psíquico del Rumano le vuelve indiscreto sin medida. Dice siempre lo que lleva en su corazón. ¿Qué le queda entonces? ¿Un pueblo indiscreto puede creer en Dios? Un individuo, ciertamente no. Al Rumano no le falta jamás una ocasión para vaciar su corazón – ¿nuestro vacío no llegará de ahí? Porque es vasto, el desierto rumano.

Toda complejidad psicológica supone choques internos, presiones ocultas del alma, timideces duraderas, secretos enterrados. Los cadáveres del pasado, que nutren los repliegues del alma, ¿por qué los exhibimos? ¿Qué vienen a hacer las profundidades del alma en pleno día? No hay “alma” más que en la noche. Rumanía no es un país luminoso: es un país subterráneo, pero sin tinieblas. Quizá nuestras oscuridades son demasiado simples o demasiado claras. No creo que Rumanía sea *tímida* con sus alturas o sus profundidades. Desgraciadamente es demasiado sincera, demasiado valiente con sus lagunas. Y las acepta con demasiada frecuencia, se desprecia demasiado frecuentemente.

Una cosa característica, un Rumano no puede hacerse el interesante cuando está en compañía de compatriotas más que exhibiendo sus defectos, sus insuficiencias. No hay otro pueblo en el mundo que haga de la ociosidad una virtud. En Rumanía, el hombre astuto y unánimemente simpático es el holgazán sistemático, que ve en la vida un marco para ejercer su diletantismo, su desprecio y su negativismo de pacotilla. No he encontrado a un hombre tan impermeable a los valores como el Rumano. Desde que Rumanía existe, ningún intelectual ha muerto por una idea, quiero decir que ninguno se ha *sustituido* por una idea. En otras partes, las actitudes espirituales son identificables, gracias a los *nombres*; en cuanto a nosotros, los individuos bastan para que nos desenvolvamos en la historia del espíritu. El intelectual obsesionado es un monstruo para nosotros. *Dudar del sacrificio*, juzgarlo inútil, es la nota distintiva del Rumano, tan orgánico que haría falta una fiebre semejante a la que animaba a los primeros mártires cristianos para convencer a este desdichado pueblo del sentido espiritual de la renuncia. Una *pasión destructiva* al servicio de un ideal, es lo que nos falta. No se puede imponer un valor más que sobre escombros; las ruinas atestiguan siempre la presencia del espíritu. El impulso autodestructivo engendrado por el deseo de poner límites al mundo suprimiéndose, este impulso implica que tenga la perspectiva de otros mundos y que se esté celoso hasta el punto de querer apasionadamente transfigurar el mundo. El Rumano no se muestra consecuente más que en su lucidez concerniente a su condición nacional. Sabe que ninguno de sus compatriotas se nutre del entusiasmo por ella. Y entonces, entona la letanía de sus deficiencias individuales, que él interpreta y excusa aferrándose a los vicios sustanciales de Rumanía. Ningún Rumano se siente personalmente *culpable*. Explica todos sus fracasos y todas sus carencias por las lagunas de Rumanía y huye así de su responsabilidad individual. Esfuerzos divergentes, disparates, no

sabrán llevarnos a una transfiguración de Rumanía; una modificación estructural que repose en una orientación colectiva resultará necesaria. Si toda Rumanía no se pone en camino para conquistarse ella misma gracias a un impulso colectivo, los individuos que quieren escaparse de una rumanidad deficiente serán condenados tarde o temprano al fracaso, porque no podrán apoyarse en una resistencia de la sustancia nacional. La frecuencia de tentativas de salvación individual no es menos sintomática: testimonia la intensidad que puede alcanzar la voluntad de borrar un desastre nacional inscrito en nuestra sangre. ¿Hasta cuándo proyectaremos todavía nuestras carencias en las deficiencias de Rumanía?

Si hubiéramos alimentado una pasión infinita, si hubiéramos revelado nuestro ardor oculto, nuestra vida no hubiera sido una serie de comienzos fracasados, nuestros fundamentos serían gloriosos y la grandeza no sería para nosotros una vaga aspiración. No habiendo interiorizado más que la resignación, ignoramos lo que significan las acumulaciones temporales y sus inevitables explosiones. Nada se crea en el dominio del espíritu sin un cierto grado *de ascetismo*. Cuanto más controlada está la vida, más brotan los impulsos del espíritu. Los instintos deben inflamarse bajo la conciencia. Las pasiones espirituales son burbujas vitales que no sirven a la vida. La exasperación biológica entre intensidades y deficiencias constituye el fundamento del espíritu. ¿Qué idea tenemos de todas nuestras fuerzas vitales cada vez que nos hemos sujetado las energías del corazón a las debilidades del espíritu? El ascetismo es una voluntad de poder en la cual el resorte es biológico y la finalidad espiritual, un imperialismo situado en otro plano, pero no menos agresivo por tanto. Sus tensiones y sus vibraciones nos *vengan* de todo lo que no hemos vivido, consumado. Los Rumanos solo tienen que vengarse de su somnolencia secular. *La historia se venga a través de ellos*. ¿Y ellos? Individualmente, no han negado casi nada y es

porque están en paz consigo mismos, francos con su nada. Los deseos no satisfechos son la fuente del dramatismo interior. *Somos únicamente lo que hemos acumulado no viviendo.* ¿Nuestra no-historia será nuestro origen vital? ¿Seremos capaces de crear a partir de todo lo que no hemos hecho? Todo lo que ha sido realizado hasta ahora en Rumanía es fragmentario. Exceptuando a Eminescu, todo es aproximativo en la cultura rumana. ¿Y él mismo no refuerza nuestro legado: no le consideramos como una excepción inexplicable entre nosotros? ¿Qué hacía en estos parajes alguien de quien el mismo Buda podría estar celoso? Sin Eminescu, sabríamos que no podemos ser otra cosa que esencialmente mediocres, que no tenemos salida, y nos habríamos adaptado perfectamente a nuestra condición menor. Estamos demasiado en deuda con su genio y con el desorden que ha insinuado en nuestra alma.

La profundidad psíquica de un pueblo se mide en su grado de religiosidad. La pasión religiosa expresa la tensión del alma. Los pueblos cuya vida no ha sido exclusivamente dominada durante largos periodos por una locura religiosa, permanecen en los niveles más bajos. Ningún gran pueblo conserva tal cual una religión que ha *heredado*. Algunos, los Latinos, los Alemanes o los Rusos han recibido el cristianismo del exterior. Pero lo han transformado *en ellos* hasta tal punto que se puede hablar de una recreación. El catolicismo romano, el protestantismo germánico o la ortodoxia rusa presentan tantas adherencias a un fondo psicológico individualizado que sus analogías teóricas evidentes no prueban ya nada en cuanto a su origen común. Del mismo modo que debe engendrar un fenómeno político original, cada pueblo debe adaptar una religión a su forma de vida y hacer de ella una creación nacional. La religión es universalista en su intención teórica, pero no puede serlo en su realización práctica, porque ninguna forma del espíritu está viva sin ser local, concreta, adaptada. Prácticamente, no existen más que cristianismos. El proceso de adaptación es universal. Basta con pensar en lo que se ha transformado el budismo en China o en Japón, o en los colores locales del catolicismo en los países latinos, donde tiene sin embargo la apariencia de una rara homogeneidad.

La realización en la religión depende de la esencia y del destino de un pueblo. Si no logra, gracias a ella, elevar su nivel histórico, es que es espiritualmente estéril. En numerosos pueblos, el fenómeno religioso es una torpeza, una regresión, lo que ha llevado a los teóricos de izquierdas a establecer una verdadera antinomia entre *religión y revolución*. ¿Cuál es el fundamento reaccionario de la religión? ¿En qué principio y parte de la historia se fundamenta su resistencia al espíritu revolucionario? Los teóricos de la revolución son hostiles a la religión no en razón de una negación teórica de sus valores, sino porque ellas se oponen a toda tentativa de perturbación. *El sentimiento religioso es en su esencia no revolucionario y el hombre profundamente religioso siempre ha sido un reaccionario*. Desplazando al más allá los conflictos de aquí abajo, acaba por hacerse indiferente a los problemas sociales. Y no es todo: el espíritu religioso se dirige hacia el pasado. El futuro no puede aportarle nada a un hombre que cree en Dios. Dios está siempre detrás de nosotros. La teología entera es reaccionaria, pues para ella las cimas son inmemoriales y el tiempo una caída, mientras que para el espíritu revolucionario es el único marco posible de realización, incluso más, una divinidad. Permite hacer todo. Porque estima que las modificaciones esenciales pueden suceder en el tiempo, el espíritu revolucionario cae en una paradoja que le hace trágico y encantador a la vez. El tiempo no puede registrar modificaciones de estructura o esenciales, porque es una fluidez de matices. Actualiza y destruye. El espíritu revolucionario es trágico porque violenta el tiempo y la vida.

La religión, oponiendo al tiempo la eternidad de cada instante, paraliza el espíritu revolucionario.

La obsesión por la eternidad sitúa al hombre fuera de la vida. Toda la religión entera no es más que un extravío divino del hombre.

Entre todas las formas adoptadas por el espíritu, la religión es la más inclinada al automatismo, a la inercia. Si la movilidad de las formas políticas sucesivas asegura a un pueblo una respiración ligera y despejada, en revancha la religión le atraviesa y le envuelve durante toda la duración de su existencia sin renovaciones radicales, con cambios solo superficiales. Como, de hecho, está unida a las formas políticas y sociales más duraderas, cuando estas últimas desaparecen, es incapaz de adaptarse rápidamente a las que las reemplazan.

Existe no obstante un momento dinámico decisivo que hace del fenómeno religioso una auténtica fuerza vital, la única que puede elevar francamente el nivel histórico de un pueblo. Cuando manifiesta, desde el principio, su adhesión a una religión, ya sea por conversión, ya sea por un compromiso orgánico espontáneo, este contacto inicial provoca una vibración y un dinamismo inusual. El encuentro del devenir de manera irreflexiva de los pueblos europeos en formación (tribus todavía, salvajes pero potencialmente capaces de acceder a la cultura) y de una espiritualidad tan refinada como lo era el cristianismo ha tenido como efecto una electrificación histórica que no ha sido apreciada en su justa medida. Para cada pueblo, la religión es de una fecundidad única en los comienzos, porque le estructura, lo que excusa al resto del pecado reaccionario que acaba por definirla. Un pueblo que no ha conocido en sus comienzos la tensión y el temblor al contacto con la religión no comprende nada de las razones que podrían sacarle del sueño de la materia, de la significación de la primera discontinuidad, del primer salto. Solamente en el alba de un pueblo la religión constituye un factor histórico determinante. Es muy raro que sea dinámica en otras épocas de su evolución. Se puede citar el ejemplo del protestantismo, que ha provocado un desarrollo de la conciencia de Alemania y, de hecho, una elevación – interior, si no es efectiva y política – de su nivel histórico.

Hay pocos países que, como Rumanía, no hayan conocido jamás otro modo de respiración espiritual que la religión. Se podrá decir lo que se quiera de la ortodoxia, pero una cosa es segura: si no hubiéramos tenido ese poco, seríamos una nada espiritual. Jamás ha sido dinámica pero, en compensación, jamás ha dejado de ser nacional. No nos ha hecho entrar en el mundo, pero ha sido la única en darnos, durante mucho tiempo, el presentimiento de otros mundos. La tesis de Eminescu según la cual, si no hubiéramos sido católicos, nos encontraríamos hoy en día sobre un escalón de la civilización mucho más elevado, es quizá justa, pero con una reserva: quizá no seríamos nosotros mismos. Los defectos de evolución de Rumanía no son de naturaleza religiosa. Si no nos hemos movido desde hace tanto tiempo, la culpable no es de la ortodoxia; es *nuestra*. Ella no ha hecho más que encerrarnos en nosotros mismos y velar nuestro silencio o nuestra desolación. Su destino tiene todas las características del destino rumano, lo que explica que haya participado en casi todas las formas de nacionalismo y que no pueda ser otra cosa que nacionalista. Pero es improbable que sus fuerzas, que sus escasos recursos sean suficientes para dinamizar a Rumanía en una visión moderna y grandiosa. La ortodoxia no tiene suficiente potencia para convertirse en reaccionaria haciendo resistencia; pero la suficiente debilidad para volverse un anacronismo.

Nos ha mantenido calientes durante siglos de espera subterránea. Pero ha perdido gran parte de su calor desde hace tiempo y, si hoy es tibia, mañana será neutra o fría. Además que ninguna forma del espíritu logra, a la larga, guardar sus valores ligados a un fondo psíquico, porque cristalizan de manera autónoma para constituir un mundo desarraigado y muerto. Hay una explicación suplementaria a las deficiencias de la ortodoxia, nuestra religiosidad aproximativa. Muchas personas en Rumanía creen en Dios; y, hablando del pasado, creo que nadie dudaba. Pero la

religiosidad rumana es menor, desprovista de pasión y, sobre todo, de agresividad. ¡Numerosos son los que han hecho de nuestra tolerancia un mérito, transformando una carencia en virtud! La verdadera religiosidad es fanática, profética e intolerante; está encarnada por los primeros cristianos, por la Inquisición, por el Santo-Sínodo de la Rusia zarista. (El motivo por el que no existe ateísmo militante más que en España y en Rusia.) Quien está poseído por una revelación ya no puede tolerar más que su absoluto y sus realizaciones institucionales. El hombre religioso, es decir al cual la religión le determina la vida a cada instante, es el ser más incómodo, el más *inhumano* que se pueda imaginar. Así, un pueblo religioso – dicho de otro modo fanático, profético e intolerante –, incluso si le faltan capacidades políticas, se abre un camino en el mundo, gracias a su pasión religiosa. En la Rusia del siglo pasado, la Iglesia se reveló incapaz de adaptarse a las necesidades del pueblo; no ha comprendido nada del trágico problema social y se ha convertido en un instrumento de la autocracia opuesta a las corrientes revolucionarias. Ha tenido sin embargo bastante energía para no ceder y, haciendo de su inercia una tiranía, ha demostrado que sus fuerzas no estaban agotadas.

Nuestra ortodoxia es circunstancial, atenuada e inofensiva. Nuestro estilo religioso es lábil y gelatinoso. No teniendo nada de volcánico, no puede jugar el papel de una *intervención* en nuestro destino. En el futuro, la ortodoxia se postrará a la estela de Rumanía. No hemos tenido un destino religioso dramático. Que *también* es ortodoxo. Nae Ionescu decía del pueblo rumano que *descansa* en la ortodoxia. ¿No es más bien ella quién descansa en él?

Nuestro cristianismo es pastoral y, en un cierto sentido, no histórico. Es verdad que se desarrolla en un plano colectivo, pero no estimula ni determina un sentido ascendente de la comunidad. La religiosidad rumana no tiene nada de gótica. El gris de la pintura bizantina nos domina; nuestra alma religiosa reviste

colores ahumados. Si hubiéramos sido realmente fieles activos, deberíamos encontrarnos hoy mucho más lejos en nuestro camino en el mundo. Pero las *pulsaciones en caliente* definen todos los dominios de nuestra vida. Una *sensibilidad menor* no podía adherirse más que a un pensamiento estático, más que a una visión pasiva de la vida. A pesar de todo es reconfortante constatar que Rumanía tiende, gracias a un instinto de su devenir, a liquidar esta desgracia tradicional que constituye su espíritu contemplativo. ¿Quién osaría todavía afirmar en nuestros días que somos un pueblo contemplativo? Todo el mundo está de acuerdo en decir que lo fuimos. La orientación hacia *la política* ha cerrado la herida de una contemplación estéril, privada de profundidad y de dinamismo interior. El paso de lo contemplativo a lo político es una de las felices conversiones de Rumanía. De todos modos, si comparamos el pasado con el ideal futuro, estamos obligados a diseñar toda una tabla de conversiones. De un lado las parálisis seculares, del otro las vías de liberación; todo lo que nos ha impedido convertirnos en una nación, y todo lo que contribuirá a ello; los elementos que nos han fijado en el marco de las pequeñas culturas, y los que nos permitirán escapar de él; el destino de un país de rodillas, y la ascensión al estatuto de gran potencia...

Este paralelismo determina el estado de Rumanía, su sentido en el mundo. Todos los elementos en su futuro deberán estar comprendidos en las categorías constitutivas de las grandes culturas. Tendrá que asimilarlos, integrarlos, a sus pertenencias.

Conviene interpretar correctamente el retroceso interior puesto en relación a nuestro pasado. No negamos que los esfuerzos de Esteban el Grande o de Miguel el Bravo estuvieran desprovistos de importancia o de cierto dramatismo. Decimos que no han traspasado el carácter de una reacción existencial ni, de ninguna manera, los límites de lo defensivo. Como no se encontraban al servicio de una idea, no podían constituir una guía, sería en vano buscar inscribirse en su continuidad. *El pasado solo es historia*

cuando la idea que porta alcanza un nivel transhistórico y se sirve de una fuerza equivalente a su valor. Nada sobrevive a una época, salvo lo que es transhistórico. El Renacimiento o la Edad Media nos interesan únicamente por lo que pueden todavía decirnos, por su validez tipológica y su sentido intemporal. La transhistoria incluye todo lo que es *actual* en la historia. Si el romanticismo no fuera un *reencuentro* que no nos deja indiferentes, sería un producto puramente histórico, carente de un germen fecundo. La suma de presencias del pasado forma la vida de la historia. Nos lega todo lo que no es documental. La transhistoria existe *en sí misma*.

El relativismo histórico ha transformado el devenir en absoluto y ha exagerado lo concreto hasta la sustanciación. Anulando las categorías y eliminando lo general, ha fijado la célula de la historia en la totalidad concreta y cerrada del periodo histórico. La *época* se ha vuelto una mónada, y la *generación* en un grupo orgánico, de una convergencia perfecta, las épocas no son universales por sí mismas, pero contienen todas un núcleo de universalidad. Las que son verdaderamente grandes caen en lo universal. Se trata de un proceso inocente y directo, y no consciente o voluntario. Todas las grandes épocas de la historia están definidas por una inocencia creativa pues, en los impulsos y los florecimientos de la cultura, el espíritu no se desprende de la vida según la dualidad propia de los crepúsculos, se esposa a sus ondulaciones.

No se puede creer teniendo conciencia de la universalidad, porque toda creación es un acto autónomo del espíritu. Mientras las características de la época se imprimen en vosotros y os sirven para expresar una interioridad, *realizáis* una objetivación que no presenta adherencia teórica ni consciente a las propiedades de vuestro tiempo. Los grandes creadores no han conocido su *posición* temporal. La creación implica un fondo psicológico infinito, pero excluye un horizonte teórico equivalente. Porque se

desarrollan en la inocencia, las épocas históricas creadoras profundizan en el seno de los valores como en un círculo restringido. Psicológicamente, las épocas tienen un aliento corto y un ritmo intermitente por múltiples insuficiencias. La amplitud que atribuimos a la visión del hombre del Renacimiento es evidentemente desproporcionada y, a la inversa, se podría decir que tenemos una comprensión más que parcial de la complejidad psíquica del hombre de la Edad Media. Las interpretaciones modernas han hecho un mundo del Renacimiento. Es, ciertamente una época incomparablemente realizada; pero, por esta misma razón, no ha podido ser tan englobante como se ha dicho. Hemos cogido la costumbre de atribuirle también *sus consecuencias*, lejanas o próximas, todo lo que deriva de ella tardíamente, por ejemplo en el barroco o el romanticismo. Los reflejos históricos alejados de un fenómeno son reveladores no de su *esencia*, sino del alma de la época que se busca inconscientemente en las analogías con el pasado. Que haya amado a la Edad Media, y que la haya amado a su manera, eso no caracteriza al romanticismo, su identidad, solo la necesidad de definir sus afinidades.

El núcleo de las épocas creadoras está demasiado bien formado para que sean globalizadoras. El universalismo consciente, buscado, desarrollado hasta estar obsesionado con la conquista extensiva del espíritu, constituye un elemento definitorio del crepúsculo de las culturas, de las épocas de síntesis y de sincretismo, que, ávidas de todos los valores, los yuxtaponen estérilmente en un agregado axiológico, sin incorporarlos. La divergencia de los valores es la pasión del alejandrismo. Un espíritu estéril es apto para recibir cualquier cosa, y su visión retrospectiva, actualizando los mundos de valores del pasado, vuelve *contemporánea* toda la historia. El universalismo exterior prueba, por contraste, que el horizonte teórico no es una condición de la creación y que el exceso de lucidez testimonia un alma vasta pero árida.

La sucesión de épocas históricamente definidas es tanto más rápida cuando su esfera de valores es limitada. El dinamismo de la cultura moderna encuentra su explicación en la brevedad excesiva de las diversas épocas y en la pasión devoradora con la cual el hombre moderno agota los valores para sustituirlos por otros. La razón de ser del devenir histórico reside en la insuficiencia estructural de cada época. Incluso si está cerrada sobre sí misma, cada una tiene un germen vital que se desarrolla y después muere: así la estrechez de los momentos históricos representa una tara orgánica insoluble, en el origen de la sucesión de las épocas y de la movilidad de las formas culturales. La inconsistencia de todas las estructuras de la vida crea una fluidez que transforma las vías de la existencia en tantas pérdidas de sustancia.

Los valores nacidos de la vida toman un camino azaroso y no pueden volver a sus orígenes. La peor tragedia de la cultura se encuentra menos en su simbolismo, que aleja los valores de una zona ontológica haciendo de ellos un mundo derivado, que en las tendencias centrífugas del espíritu que, en relación con la vida, comienza en la autonomía y acaba en la antinomia. Alguien que buscara ver claro entre la multiplicidad de culturas, entre su irreductible complejidad tipológica, no forzaría apenas su identidad si las clasificara según la respuesta que dan a la cuestión espíritu-vida. (Según la respuesta intrínseca, práctica, así es la “actitud”.) El estilo de ciertas culturas recae en la exasperación del conflicto entre el espíritu y la vida (las de la India o Egipto, el gótico europeo y el gótico como categoría más o menos inmanentes a todas las culturas). Otras, no pudiendo absorberlo, lo han atenuado (el caso de Grecia, que ha realizado una armonía más deseada que efectiva; el de Francia en tanto que cultura abstracta donde es la inteligencia, y no el espíritu, quien se opone a la vida; el de Japón como cultura de la gracia). El proceso cultural todo entero hunde sus raíces dramáticas en los elementos *no* vitales del espíritu; la historia no es más que la vibración de los vacíos de lo irracional. Las deficiencias de la vida han creado el devenir histórico.

II

Cualquiera que sea la temperatura a la que se la quiera llevar, cualesquiera que sean las manos entre las cuales pueda caer, la cultura rumana posee orientaciones determinadas que no pueden modificar ningún modelo de contenidos, por variables y divergentes que fuesen. Dando por hecho que formamos parte de una cultura, que estamos integrados en su proceso, nuestra actividad sigue un curso del que no podemos saber nada, pero que no existe por ello menos. Todo lo que podemos hacer, es desarrollar al máximo nuestras tendencias inmanentes, que nuestra caída nos ha impedido realizar. No nos resta más que comenzar a descubrirnos a nosotros mismos.

La forma rumana de la existencia está dominada de cabo a rabo por *el genio del momento*. Tentaríamos en vano de educar nuestro espíritu en vista de una actividad constructiva, que exige una preparación consciente y un esfuerzo sostenido. El Rumano ama los desvíos, es decir la falta de constancia en la conducta de las cosas. No habría peor tormento para él que la de tener que construir una catedral; la tendencia a la altura, a la ascensión, es completamente extraña a nuestro genio. Mientras que el cielo es el punto de apoyo de las torres góticas, el de los campanarios rumanos es el cuerpo de la iglesia y parecen contentos de saber que, tan cerca de ellos, se encuentra la tierra, de la cual no es bueno alejarse. Una catedral gótica es una respuesta a todas las cuestiones que Dios le ha planteado al hombre. Prueba que la distancia entre el creador y su criatura no es absolutamente infinita y que podrían encontrarse un día en las alturas. El sentido último de la catedral es una provocación, un desafío lanzado a la divinidad. Son torres sobre las cuales el hombre no ha osado escribir: ¿Hasta cuándo estarás todavía Dios, Señor? Todas las obras que el hombre ha concebido para glorificar a Dios dan testimonio de la grandeza humana, y no divina. Una torre que se recorta sobre el cielo a la caída de la tarde es el símbolo de la tragedia o de la infinitud humana.

Antaño construimos numerosas iglesias, todas tristes y pequeñas. Improvisaciones de piedad. Movido por un sentimiento ocasional de piedad, Esteban el Grande fundó muchas, pobres capillas que sirven para abandonar el mundo, pero no hizo construcciones monumentales, que sirvan para intensificar el sentimiento de la vida y de conferirle ese infinito dramático y vibrante que sumerge al alma en una atmósfera gótica.

No es solamente a causa de las frecuentes invasiones bárbaras que los Rumanos esconden sus pueblos en la profundidad de valles perdidos o en oscuros bosques, es igualmente en razón de una disposición orgánica. Comparad su sentimiento de la vida con el que empuja a los pueblos germánicos a construir sus castillos sobre rocas solitarias, a proyectar el vigor de su sangre en paredes de piedra. Me embarga un dolor sin fin cuando pienso que, durante mil años, nos hemos ocultado en los bosques y las montañas, por miedo del enemigo, es decir de nuestro propio miedo. No hay enemigos, solamente *el miedo* que los engendra. ¡Y hubiéramos querido tanto tenerlos! Habríamos debido elevar murallas alrededor de nosotros, ser un mundo a nuestro alrededor, construir nuestro destino en la piedra. Pero nada sólido ha quedado de nuestro pasado. Busco en vano la dignidad de las ruinas. Las ciudades de Moldavia no me consuelan, porque es en las montañas donde siempre se refugiaban los Rumanos.

La ausencia de un sentido ascensional del futuro, de un impulso constructivo, naturalmente productivo, ha hecho de nuestra cultura *una cultura de lo inmediato*. Todo pasa *aquí y ahora*. Desenvolverse entre las contingencias, este es el imperativo de una visión circunstancial de la vida. Que determinan el pasado o el futuro, *entonces y ahora* constituyen el imperio de la necesidad, donde el recuerdo no puede atenuar nada y donde la voluntad no puede intervenir eficazmente en el futuro. Los Rumanos parecen tener una comprensión desmesurada de lo que es irrevocable y transhumano en el ser en el tiempo y el espacio.

Todas las grandes culturas han nacido de un combate victorioso contra el espacio y el tiempo. El imperialismo, como expresión suprema del gran estilo político, significa despreciar el espacio, ofenderlo. Y hacerse su esclavo, es satisfacer un deseo ardiente y criminal, el deseo de vencer la resistencia del mundo material. La rebelión contra el espacio es el móvil secreto del imperialismo. El último de los soldados que sirve a una idea imperialista es más ávido de espacio que el más apasionado de los geógrafos. Habría que besar las huellas dejadas por los pasos de los soldados romanos.

Y no olvidemos a los hombres que desafiaron al tiempo para forjar su destino, en los comienzos o en las cimas de las grandes culturas. Ellos, que imponían al mundo un estilo único, ¿no alimentaban el sentimiento de una energía ilimitada, capaz no solamente de remontar los instantes, sino también de vencerlos y de alzarse sobre sus cadáveres? En su impulso creador de nuevas formas de vida, ¿no oscilarán entre el presente y el futuro? Las grandes culturas han creado *a pesar* del tiempo. Confrontado a un desarrollo, pierde su resistencia; romperla testimonia incontestablemente la vitalidad del espíritu.

La avalancha que es la suerte de las grandes culturas, ignora lo que el espacio y el tiempo tienen de irreductibles, de irrevocables. Si fuera consciente de la fatalidad temporal y si el espacio no fuera totalmente extraño a su dirección interior, ningún pueblo haría revoluciones, ni libraría guerras. El demiurgo de las culturas ha engendrado el espacio y el tiempo de *cada una*.

No habiendo sido lanzados al proceso inconsciente de la lucha contra el espacio y el tiempo, no tenemos, nosotros los otros los Rumanos, *fisonomía* propia. Y no habiendo impuesto nuestro *rostro* en formas objetivas, nos es difícil revelarnos, hacernos conocer. Es con arreglo al tiempo y al espacio como define su figura, que adquirirá tantas más características pues sabrán mostrar una tendencia más personal a asimilarlas.

El defecto de Rumanía es haber sido demasiado tiempo una potencialidad; sistemáticamente ha tardado en convertirse en una actualidad histórica. Entonces, ¿cómo podrá precisar su fisonomía? ¿Dónde está nuestro *estilo*? ¿Existe una sola ciudad rumana que posea su propia marca arquitectónica? Nos hemos quedado en el campesino, sin saber que el campo no entró jamás en la historia.

Durante mil años, los Rumanos han vegetado. Han conocido el ritmo de crecimiento de las plantas y, paralelamente a ellas, han dejado pasar todo por encima de ellos: tanto lo biológico como la historia. ¡Qué placer, para un pueblo de campesinos, el no intervenir en la evolución del mundo! No hay ningún otro que se haya entregado con tanta resignación a la muerte. La tragedia nace de una protesta desesperada y vana contra la muerte, una protesta que no desemboca en nada práctico, pero que, salida de un sentimiento de infinito, conduce a otro sentimiento de infinito. Los Rumanos se han doblado bajo el yugo de la muerte como bajo los Turcos. Lo han aceptado. Lo que equivale a pagarle tributo.

Nuestra desgracia es haber integrado la muerte en el orden natural, de haberla acogido con ternura, sin hacer un drama. Más nos hubiera valido dispensarnos de ella, como los Franceses que, por lo que parece, han creado una cultura sin espíritu trágico. ¿Pero quién conoce la felicidad que da a los Franceses su *superioridad natural* sobre la muerte? Existe por otra parte culturas que, teniéndola horror, han hecho de ella un culto (los Egipcios, por ejemplo), o que, sienten demasiado dolorosamente su intimidad, no la aceptan como una evidencia del mundo natural y, de hecho, imprimen a su estilo de vida una dirección particular. El Rumano se siente demasiado entre la vida y la muerte para no caminar con placer entre los dos momentos irreconciliables. Testimoniando una familiaridad indiferente a cosas a las cuales solo una pasión deferente puede dar peso, ha renunciado a

muchos escalofríos de los que no es bueno que el espíritu se separe. Así Rumanía no es más que un país trágico. Nunca hemos estado muy lejos de Dios. ¿Existe otra literatura popular o deambula también con frecuencia entre los hombres? Los desgraciados, los atormentados, los aburridos del pueblo rumano han trazado numerosas escalas entre la tierra y el cielo. Las iglesias no han tenido necesidad de provocar a las alturas.

¡Cómo debían ser las emociones de la Edad Media, de los hombres de esa época, que disponían sus casas en círculo alrededor de las catedrales! El orgullo triunfaba ante la piedad. Alrededor de nuestras pequeñas iglesias, es la humildad quien triunfa.

Los Rumanos hacen gala en general de demasiada humildad y de insuficiente piedad. Esta es la forma última que toma la seriedad frente al orden invisible. Cuando afecta a un carácter humano e inmanente, convierte la vida en un valor único, equivalente a la trascendencia, como si un soplo divino recorriera todos los aspectos de la realidad que, a pesar de su diversidad, todos se extraen del mismo origen absoluto. La piedad da nacimiento a un sentimiento solemne de la vida, en el que todos los actos tienen lugar por tanto como celebraciones de una elegante dignidad. Ella confiere un sentido eterno a las vanidades. De ahí su discreto encanto. El mundo católico tiene tanta gravedad y tanta responsabilidad histórica porque, más que cualquier otra, ha sabido cultivar una piedad activa, en la que lo ceremonial intrínseco y la grandeza mesurada le confieren una preeminencia justificada. A la que han sumado el espíritu político, y así el otro mundo ha sido puesto en valor en el de aquí.

La humildad os sitúa siempre *bajo* las cosas, de manera que vuestra condición no se encuentra al mismo nivel que la corriente del devenir. Es el sentimiento más a-histórico que se pueda concebir. El reflujo de la vida es su cuna. Si puede implicar un espíritu distanciado sobre el plano individual, es desalentador en el plano colectivo. Es un vicio. Porque roba al hombre y al mundo su encanto y su valor.

Sentimiento disolvente que nos abate desde siempre, es una de las múltiples causas del escepticismo rumano. Se diría que, durante siglos, no nos hemos opuesto a la agresividad de los otros pueblos más que con la respuesta proporcionada por la prudencia pasiva del campesino: “Déjalo estar...” Porque no hay ser más humano que el Rumano. Y de ahí viene el desastre. Delante de cualquier monstruosidad, el campesino va a responderos, invariablemente: “Entre la gente, todo puede pasar.” Un exceso de comprensión, para huir del conflicto, del drama. Este es, por otra parte, el sentido del escepticismo en general.

Los Rumanos prácticamente no tienen ninguna comprensión de la historia, a la cual sustituyen por el concepto *destino*. O, ¿qué es el destino? *La lógica de lo irracional*. Una dirección interior en un mundo de contingencias, una fatalidad en una totalidad de variables. Pero, mientras que las culturas modernas han reemplazado la idea metafísica del destino por una idea *psicológica*, nosotros, los Rumanos, nos hemos quedado con esto último. Un Alemán o un Francés no ve en el destino nada más que una irreductibilidad interna que le da una *forma* en la vida. La fatalidad crece en la esfera psicológica y muere en ella. Si jamás sale, sin embargo toma la forma de un determinismo mecánico, sin fundamento ontológico. El Rumano, en cuanto a él, ve en el destino el origen universal de la realidad esencial. Su fatalismo es un determinismo con fundamento metafísico.

La idea de destino tiene el gran mérito de explicar todo y nada. La fuerza ciega, que en sus límites inmanentes es de una lógica específica, satisface nuestro deseo de buscar la base oculta generadora de todos los contenidos de la vida; pero no puede explicar ni su diversidad ni su divergencia. La fenomenal exuberancia se eleva, autónoma, por encima de la monotonía del destino. El paisaje histórico le resulta extraño. El día que abandonen la idea del destino como realidad bajo la cual el hombre gime, incapaz de moverse, los Rumanos habrán comprendido la historia y se integrarán a ella quizá.

Somos un pueblo demasiado bueno, demasiado decente, demasiado hecho. *No puedo amar más que a una Rumania delirante.*

Todos los que aman al pueblo rumano menos que yo – porque no aman su futuro – afirman que su cualidad esencial y de más alto mérito es su *bondad*. No pretendo que sea un defecto, pero no puedo identificarla más que como una virtud mediocre que no puede significar un apogeo más que para gentes sin personalidad. En un mundo donde solo los excesos del corazón y de la inteligencia, el frenesí y los cálculos equívocos, los instintos puros y la hipocresía ayudan a elevarse, ¿de qué podría servirnos una benevolencia colectiva? Consistente en devolver *al hombre lo que es del hombre*. No conozco nada más detestable y en las antípodas de mi sed de conflictos en el mundo de las apariencias. Si deseara a Rumanía vivir en una paz acogedora, nuestra benevolencia me regocijaría y me uniría al elogio fácil y plano que se hace. Pero, a un bienestar sin significación, prefiero una ruina brillante. Quien no vive el destino de Rumanía como un apocalipsis, no comprende nada de lo que debemos ser. Haría falta que los imperativos de nuestro futuro nos desgarraran a todos.

Se dirá que *el ardor*, y no la benevolencia, es la cualidad primordial de Rumanía, cruzaría mis brazos y esperaría deslizarme automáticamente con ella hacia la gloria. O la pasión, el fuego, el impulso, el terror mismo... Francia es obra del entusiasmo, más que del racionalismo y del clasicismo. *La pasión ciega* de la lógica le ha servido por otra parte como ventaja frente a *la lógica*.

Ciertos que se toman por nacionalistas alaban el estado de las cosas de su país y no quieren otra guía que su historia. ¡Hay que oírles hablar de sus “virtudes tradicionales”! ¿Cómo hacerles entender que lo que llaman virtudes nos aplasta desde hace tiempo? No es bueno y válido para un pueblo que lo que le

empuje sea lo anterior, y no lo que *posee* como legado de sus ancestros. Si todos los Rumanos se transformasen milagrosamente en santos sin ganar con ello nada como fuerza histórica, decretaría la santidad como un atentado a nuestro edificio histórico. Todo lo que pone en movimiento a Rumanía es bueno; todo lo que la pisotea es malo. Su única salida es un Dionisismo de su futuro.

Si, en su ascenso, su propósito son ideales mezquinos y comprometedores, intolerantes y antihumanos, convendría declararlos absolutos y perfectos. *La ascensión de un país es su única moral.*

Las “verdades orgánicas” de una nación son los errores necesarios de su crecimiento. Todo lo que da a luz es vitalizante. Todos sus fenómenos reposan en un impulso ciego, no encontraremos nada que favorezca el conocimiento. Las auto-ilusiones propias del alba de las culturas testimonian un proceso muy natural. La lucidez es una manifestación de su crepúsculo. La lasitud reemplaza al crecimiento. Se comienza a *saber*. Y, por tanto, las verdades ya no son “orgánicas”, es decir que la vida ya no las crea para su uso; se vuelven expresiones autónomas que no la sirven más. En relación con la época homérica o el espíritu griego, todavía oscurecido por el sueño de la materia, no se entreveían más que unas pocas verdades, el epicureísmo y el estoicismo marcan una disociación de elementos inicialmente solidarios, primeramente la autonomía del espíritu, que crea *conscientemente* verdades para una vida perdida en la razón. Cada cultura tiene su *época de conocimiento*, que no coincide con su desarrollo espiritual único, sino con la lucidez como fenómeno colectivo. Una suerte de fatiga contemplativa posterior a la liquidación de la inocencia, ese don incomparable del amanecer de todas las culturas. De un lado *la época inocente* de una cultura, del otro su época de conocimiento. El mundo homérico y el sincretismo alejandrino son dos épocas en las antípodas la una de la otra, y el siglo de Pericles la época de la madurez, de la complejidad.

El mundo gótico y el historicismo moderno ilustran en Occidente el mismo dualismo, igualmente significativo y grave. El clasicismo francés y el romanticismo alemán son momentos culturales perfectos, cimas entre las épocas de inocencia y de conocimiento de Francia y respectivamente de Alemania. Tienen a la vez el sabor del primer despertar del espíritu y el perfume disolvente de la lucidez crepuscular. Pero su fecundidad no es para nada equívoca, se enraíza en un terreno cultural. Fueron para cada uno de estos dos países un espejo narcisista. Un eros espiritual triunfa en todo gran momento de una cultura, que se refleja así en el abismo de su fecundidad y de su brillo. Con Schelling, Novalis, Hegel o Schlegel, Alemania ha saboreado sus profundidades y acariciado su perímetro. Más que en cualquier otro momento del espíritu europeo, el romanticismo alemán justifica definitivamente la participación en la historia. Es un auto-éxtasis del espíritu infinito, que con muchos sueños compensa la trivialidad secular del pensamiento y de la vida.

El proceso “normal” de evolución de una cultura la hace inevitablemente pasar por un periodo inicial de inocencia, fuera del cual la indiferenciación y lo indivisible le confieren el carácter de un todo concreto. La separación con la naturaleza está en marcha sin que por eso la cultura en cuestión constituya ya una totalidad autónoma. La cantidad de *naturaleza* que contiene indica su grado de inocencia, mientras que su ritmo ascendente la eleva fuera de la tierra, de la piedra, de los elementos. Progresar en la espiritualización significa alejarse de sus orígenes. La autonomía del espíritu vital, que transforma la realidad trágica de todas las culturas, de la madurez a la decadencia, borra las últimas huellas de inocencia. Al comienzo, la cultura sigue un ritmo cósmico. Cuanto más se diferencia de la naturaleza, más cósmica se convierte. La negación del cosmos tiene su origen en los elementos centrífugos del espíritu. Su interiorización es una fuga ante la vida.

En la evolución histórica de una nación, la fase inocente combina el Estado, el derecho y la sociedad. La conciencia estática, jurídica y social no es autónoma. La inocencia histórica tiene como presupuesto la comunidad. Hablamos de socialismo cuando ya no existe. La desaparición del Estado en la sociedad, idea central del socialismo, no ha podido producirse más que en las diferencias resultantes de un devenir complejo. Y es la extinción de la ética comunitaria la que ha engendrado la cuestión socialista. El hombre moderno ya no sabe cual es su núcleo: ¿la nación, el Estado, la sociedad o el derecho? Antes, al menos había un Dios, que fundía en él todas las contradicciones. El hombre busca hoy en la dictadura o en el socialismo una simplificación, una fórmula única, un principio irreductible. El pluralismo, bajo cualquier forma que sea, no es una solución para los mortales.

El hombre siempre se ha sentido mejor en las épocas inocentes. Pero, una vez ha llegado a un ritmo en el que el conocimiento se cristaliza como contenido cultural, se abandona al dramatismo de esta forma de vida y acepta los riesgos como necesidades culturales. En el fondo, un pueblo saborea su decadencia. Los ciudadanos romanos viciosos y bebedores, que asistían en los brazos de cortesanas orientales a la ruina del imperio, no lamentaron ni por un instante la época grandiosa de la Loba Madre.

Los Romanos jamás han sufrido demasiado por inocencia. No viviendo apenas las cosas, sino ligeramente por encima, las han contemplado desde abajo; es la única explicación de su exceso de lucidez, fruto no de un conocimiento espiritual, de una mirada procedente de las alturas, del descenso del espíritu, sino de su aislamiento bajo la corriente de la vida. La lucidez decadente ha plantado sus raíces en el aire. Toda especie de lucidez significa alejarse del ser.

La inocencia es un reflejo paradisíaco en lo inmediato. Las evidencias directas de la vida han vivido como tales y, incluso transfiguradas en mitos, están íntimamente ligadas a la

participación psíquica. No demos por tanto al estilo inocente de las culturas los azules de Fra Angélico porque, en lo que concierne a los orígenes, la inocencia implica igualmente todo un complejo de desencadenamientos primitivos de la bestialidad. Sin embargo en esta época es irresponsable y con cierta *frescura*. Y además, lo biológico es la ética de la inocencia.

No hemos conocido las delicias de la inocencia como periodo cultural, lo que prueba, si necesitáramos todavía más pruebas, que hemos vegetado al margen de la historia y que nuestra tragedia está definida por nuestra condición sin igual. El campesino rumano es mucho más lúcido y psíquicamente más viejo que el campesino italiano o alemán. Si es superior biológicamente al campesino francés, en revancha su madurez psicológica debería entristecernos. Sabe un poco sobre la vida y sobre la muerte, aunque no comprende nada de la historia. Se creería que la experiencia secular de una vida intensa, que viene de antiguas tradiciones, le obliga a profesar la duda y la amargura. Por comparación, el campesino bávaro holandés o suizo es un infante. Los Rumanos no son quizá más que niños viejos. ¿Habremos nacido en la lasitud de los Romanos y en las lágrimas de los Dacios? No es muy agradable adjuntar un poco de conocimiento a nuestra inmensa lucidez.

Las condiciones psicológicas de la inocencia nos han faltado. De otro modo, no habríamos tenido de que quejarnos, pues su indiferenciación orgánica ha ofrecido a Rumanía el sustrato concreto de un modo de vida inocente. ¿No hemos sido demasiado un *pueblo* y no lo suficiente *nación*, muchos más una *sociedad* que un Estado? ¿Y, bajo el ángulo de las formas culturales, la configuración de nuestra vida no presenta un excedente de irracionalidad?

Puesto que las delicias de la inocencia nos han sido prohibidos, nos nos queda más que conceder a nuestra entrada consciente en la cultura el acento frenético que Rumanía jamás ha conocido. ¡Qué lujo sería, para el espíritu adánico de nuestra cultura, si

dividiéramos sus expresiones de aurora! Debemos apuntar a las finalidades esenciales del devenir de las culturas. Hemos sido demasiado un *pueblo*. Divinizar este estado primordial ha tentado sin cesar a nuestras élites intelectuales. Los Alemanes han conocido también este género de excesos, pero siempre lo han corregido hipostasiando al Estado. Si Fichte, durante el renacimiento nacional alemán, veía en el retorno al pueblo como el origen de la productividad irracional, la salvación de Alemania, lo que la conduciría al estatismo, Hegel, él, sustituyó al Estado como Dios y escribió una teodicea como la historia no ha conocido ni antes ni después. Sus consideraciones sobre el Estado dan escalofríos cósmicos. Cada cual querría, leyéndolas, renunciar para siempre a la ilusión de su particularidad, asimilarse totalmente a la existencia del Estado, destruir el principio anárquico de su individualidad, olvidar que es una persona. Dios fue *actualizado* por Cristo, y el Estado por Hegel. Decir del Estado es un “infinito real”, la “marcha de Dios en el mundo”, “el espíritu en su racionalidad absoluta”, “el poder absoluto en el mundo sublunar”, “la idea divina sobre la tierra”, etc., algo tan extraordinario que las visiones de San Juan de la Cruz o las paradojas poéticas sobre la divinidad del Ángel Silesio me parecen simples banalidades. Hegel ha sido el más grande místico de Alemania; en comparación, Kant no era más que un simple profesor y Boehme o Eckhart artesanos del presentimiento. Su dialéctica es la justificación definitiva del irracionalismo, bajo una máscara racionalista.

Habla en un momento dado de la “la vida absoluta en el pueblo”. Este organicismo maximalista no tiene más sentido que el de fijar una etapa y en ningún caso un fin. Imaginemos una Rumanía presa del culto místico a la irracionalidad de las fuerzas populares. Un estancamiento general le sería fatal. Todo culto de una realidad *ya hecha* es causa de estancamiento e inmovilidad. Un tradicionalismo consecuente no lleva a nada y, sobre todo, no prueba nada. “El pueblo” es una obsesión que debemos evitar, y

más teniendo en cuenta que durante centenares de años, no hemos sido *Rumanía*, sino solamente el pueblo rumano. ¿Cómo ha podido resistir durante tantos siglos, troceado y sin existencia política? Una cuestión a la que no encuentro una respuesta satisfactoria. Valacos, Moldavos y Transilvanos han guardado su sustancia étnica porque no participan directamente en la historia. Es el único mérito de nuestra pasividad, de nuestra infra-historia, de nuestra pertenencia a la suerte miserable de las culturas pequeñas. Si Transilvania, que ha estado todo el tiempo separada del resto de la rumanidad, hubiera salido del anonimato y participado activamente – por revoluciones y guerras – en la historia de Europa central, habría salido irremediamente de la órbita de la Rumanía potencial, tal como existe en la conciencia de todos. Una acción aislada hubiera sido ineficaz. Lo que es lamentable – y ahí se sitúa el vicio fundamental de Rumanía –, es que, durante tanto tiempo, nuestras provincias no han intentado una acción convergente y así han *aplazado* a Rumanía de manera inadmisibile.

Todo en el pasado rumano, se ha hecho *anónimamente*. Se trataría en vano de descubrir una realidad viva detrás esa *persona* que nos oculta a todos. Hemos sido anónimos en el anonimato. Y es así en todos los estados preculturales, en todas las infra-culturas. *La cultura es una victoria de la Vindicación*. El ser individual toma un carácter específico y una dirección particular separándose de la colectividad. Las épocas culturales de un estilo elevado tienen una *estructura monódica* – mundos individuales en los cuales la armonía procede de una participación común con el espíritu. Una cultura no alcanza sus cimas más que en la medida en que sus individualidades son tentadas por el demiurgo. Todos los grandes creadores se han centrado en humillar a Dios. Lo mismo que las grandes culturas, las grandes individualidades deben su auge a su inclinación demiúrgica. No hay nada más productivo que un orgullo infinito para escapar a la miseria de la condición humana. Considero el “momento” filosófico hegeliano

como el más importante en la evolución del pensamiento, porque el espíritu absoluto ha alcanzado la perfección del conocimiento de sí mismo y la interiorización. Hegel representa el coronamiento, la cima del retorno al espíritu; al encuentro del carácter progresivo de toda dialéctica, ha concebido el fin de la historia en la perfección del espíritu absoluto realizado por su filosofía.

Pensemos también en Napoleón diciendo en Santa Elena, con orgullo meditativo, que no había sido vencido por los hombres, sino por la naturaleza: al norte por el frío, al sur por el mar.

El hombre no puede creer que se le tome por el centro de la historia. No se trata de la inconsciencia del burgués que, en su estrecho horizonte, vive como si fuera la única realidad; se trata de la expansión del espíritu que dilata el instante hasta las dimensiones de la eternidad. Si vivís sin tener el sentimiento de que todo lo que ha sido hecho antes de vosotros lo ha sido en previsión de vuestra llegada y que sois una bifurcación única en la historia, que el futuro os *reclama* y que vuestra existencia es un momento absoluto, un qué irremplazable, no lograréis ser más que una luciérnaga al sol, un resplandor invisible, una pálida luz. Solamente si el eje del mundo os traspasa el corazón podréis convertirlos en un mundo.

Querría que las últimas reservas de humildad desaparecieran de la sangre de mi pueblo. Si no tenemos suficiente fuerza y orgullo para reconstruir nuestra existencia de arriba a abajo, construiríamos en vano una teoría de Rumanía. No quiero describir aquí la miseria histórica de un país por curiosidad objetiva. No puedo hacer ciencia con mi propio destino. Si los defectos de Rumanía, constatados aquí con la pasión y los lamentos de un amor desesperado, fueran eternos e irremediables, ya no me interesaría absolutamente nada y juzgaría estúpido escribir un libro exponiendo hechos sin ninguna intención reformadora.

Pero nos haría falta que una utopía hiciera de contrapeso a la crítica severa de Rumanía. Su camino hacia el futuro no está sembrado de rosas. Hemos marchado durante mil años sobre espinas y marcharemos así durante mucho tiempo todavía. No conozco demasiado los límites de Rumanía. Queremos por tanto saber *hasta donde* puede extenderse, tanto bajo su forma interior como bajo su forma exterior. *Querría una Rumanía que tuviera la población de China y el destino de Francia.* Aunque no pueda ser una realidad sin este futuro, debemos mostrarnos intratables con nuestra sola esperanza...

La utopía es una deserción teórica frente a la realidad. Por debilidad, el instinto construye otro mundo, sin darse cuenta de que este es irreductible. El desprecio que tenemos todos a la mirada de los utopistas es del todo natural. Porque sabemos lo que ignoran: no se puede reformar el mundo más que usando sus medios y sus datos. Si Platón y Rousseau no hubieran concebido más que utopías, se les habría olvidado hace tiempo. Pero han constatado *el grado de fatalidad* de la realidad con demasiada frecuencia para no ser más que utopistas ordinarios. Las construcciones utópicas nos han ayudado a controlar nuestras ilusiones. Su defecto es haber tratado de eliminar de la vida lo que tiene de más permanente: la tragedia. Pero el hombre ha hecho todo lo posible para retardar el paraíso terrestre. Y tuvo éxito más allá de sus expectativas.

Si lo hubiera deseado ardientemente, no habría rechazado con tanta facilidad todas las utopías, sean o no socialistas. El marxismo se ha ganado su título de gloria con su ruptura de la tradición utópica del socialismo. Pero quizá solamente así el socialismo tendría encanto. Hoy día se ve como una *ciencia de la felicidad sobre la tierra*, fundada en una escatología inmanente.

La distancia que hemos tomado en relación a la utopía viene de nuestro exceso de lucidez. En verdad, podría creer a los Rumanos capaces de cualquier cosa, salvo de tener acceso a la utopía. También la construcción utópica de una Rumanía futura carecería

de sentido para nosotros. Sabemos todos que solo *los hechos* cuentan en la historia; los ideales no son más que señuelos necesarios para una justificación ornamental. Un pueblo activo y dinámico es una realidad histórica más importante que un pueblo soñador que se olvida en beneficio de los ideales. Los Hunos han perturbado más a la historia que los Indios, a pesar de que todos los Hunos reunidos no valgan ni lo que un pestañeo de los ojos de Buda. No puedo olvidar tampoco que, comparado con los príncipes de la India, bellos y soñadores, Atila es un Napoleón. Cristo él mismo ha sido un hombre político más grande que Buda, a pesar de las habilidades retóricas de este último. Además, en nuestros días todavía, la propaganda electoral del cristianismo está en pleno apogeo...

La lectura política de los Evangelios nos puede aportar enseñanzas prácticas. Que nadie trate de convertirse en jefe antes de haber meditado sobre el Evangelio según San Juan. Es suficiente con cambiar algunos pequeños términos, reemplazarlos por expresiones de nuestro mundo, para encontrar la clave de la ascensión. De otro modo, no habría logrado tan fácilmente una dictadura que dura desde hace dos mil años.

¿Es utópico pensar que Rumanía podrá elevarse un día por encima del nivel y de la fatalidad de las pequeñas culturas? No querría formular una condena de mi pueblo. Si existiera un oráculo en Rumanía, tendría miedo de interrogarle. ¿Podemos estar seguros de que el futuro no nos reserva la sorpresa de un *milagro* rumano? Si aporto una respuesta pesimista a esta cuestión desgarradora, cortaré la rama sobre la cual estoy sentado. Por otra parte, una superstición secreta me impide expresar un entusiasmo excesivo.

Supongamos que Rumanía da en el futuro toda una serie de grandes hombres, de excepciones destacables, únicas. ¿Cesaría entonces de ser una cultura pequeña? Es suficiente, para responder negativamente, pensar en Dinamarca o en Holanda.

Dinamarca tiene a un Kierkegaard, genio universal que ha ejercido una influencia capital en el pensamiento de los últimos decenios. Tantas cosas nos resultarían extrañas si no hubiéramos pasado algún tiempo leyendo y meditando sus obras. Se le puede considerar como el tercero de los grandes del siglo XIX, justo después de Nietzsche y Dostoyevski. ¿Eso significa que existe una cultura danesa que tiene su estilo propio y del cual la historia universal no puede hacer abstracción?

Frans Hals, Rembrandt, Hobbema y Ruysdael han hecho de la pintura el fenómeno más original de los Países Bajos. Sin el paisaje holandés, ¿habría comprendido lo que la melancolía tiene de vasta y de sombría? Contemplar un Ruysdael incita tanto a la reflexión como la lectura de Schopenhauer. Y sin embargo, ¿quién se detiene en la cultura holandesa? No existe como una idea. Las culturas mesiánicas son las raras flores del devenir.

¿Debo mencionar la profusión de genios de Noruega y de Suecia? Todos conocemos Strindberg, Ibsen, Hamsun y los otros grandes Nórdicos. Pero, en la vida del espíritu europeo, las culturas noruega y sueca no han constituido un momento histórico. Han sido “modas”. Lo que quiere decir que han sido aceptadas con la estampilla de lo efímero. Y los imperios portugueses, español y holandés no han sido más que modas políticas.

La aparición aislada de algunos hombres en una cultura de segundo orden representa un fenómeno menor, que no debe impresionarnos. Una pléyade incluso no sería suficiente para crear una cultura. Para afirmarse de forma duradera, debe poseer un *genio colectivo* que hace de los grandes hombres proyecciones aparentes, expresiones individuales de un fondo cultural profundo y específico. Descartes, los moralistas, los enciclopedistas, la Revolución y hasta un Valéry o un Proust, todos los genios de Francia participan de un fondo común que ellos revelan, bajo formas diferentes pero en una misma comunidad esencial. Hay mayor afinidad entre Pascal y Barrés que entre este último y un

contemporáneo alemán, incluso Thomas Mann. Toda cultura debe tener una continuidad compuesta por periodos aparentemente divergentes, hechos de la misma sustancia. Las pequeñas culturas son las únicas que se manifiestan solo por apariciones esporádicas seguidas de silencios, de vacíos, inexplicables si no es por una carencia constitutiva. Se dice con frecuencia, de un país que se ha quedado en la periferia: no ha tenido hombres a la altura de los acontecimientos. O, en el caso de Rumanía: a acontecimientos pequeños, personas pequeñas. No hay que olvidar que las grandes culturas siempre han dispuesto de los hombres de los que tenían necesidad. Se puede decir más: han superado el nivel de los acontecimientos y han hecho de su exceso de grandeza razones de ansiedad y de dinamismo para su nación. César y Napoleón fueron más grandes que los acontecimientos. Es por eso que el uno y el otro fueron abatidos. Entonces, ¿cómo no estar asqueado con el país en el que los hombres languidecen bajo los acontecimientos! En lugar de *crearlos*, tiemblan de no poder comprenderlos ni controlarlos. Los países mediocres me dan una náusea cósmica.

Rumanía no debe consolarse porque vea, de vez en cuando, surgir un gran hombre en su seno. Eminescu, condenado a escribir en una lengua sin circulación, no se ha vuelto universal; Pârvan hubiera podido ser un Kierkegaard rumano si no se hubiera consagrado a la arqueología y si hubiera cultivado menos las alturas retóricas del corazón; Iorga no ha sido jamás un hombre extraordinario, pues le han faltado el alejamiento y el desprecio del mundo para ser un gran hombre.

Una cierta generosidad me hace creer que Rumanía podría salir del círculo estrecho de las culturas pequeñas. Ese condicional define nuestra condición. Pero es cierto, indiscutible, que no alcanzará jamás el nivel ni la significación de las grandes culturas. Lo que puede y debe, es adquirir un sentido de la historia comparable al de España o Italia, de otro modo marcará su existencia gracias a glorias efímeras. Esperar demasiado significará condenarnos a incesantes decepciones. Añadamos que los Rumanos ni tan siquiera han hecho lo que hubieran podido. ¡Por todas partes malas obras!

Lo que vuelve tan raras a las grandes culturas, no es solamente el número restringido de tipos culturales posibles, sino igualmente el hecho de que, en el orden histórico, la *prioridad* de un fenómeno anula la significación de todos los del mismo género que le siguen. Todas las revoluciones democráticas han sido tributarias de la Revolución francesa y los países donde se han producido no han adquirido ningún título de gloria en la perspectiva de la historia universal. Vale lo mismo para la revolución rusa. Cualquier otra revolución comunista es una réplica. Hay más: en un país donde se prepara y estalla, Lenin es más adorado que los revolucionarios lugareños. El mismo fenómeno interviene en el dominio del espíritu puro. ¿Qué pueden demostrar todavía, en otra parte que allí donde han nacido, el racionalismo después de Descartes, el sensualismo después de los Ingleses o el idealismo después de los Alemanes? Quedarán ligados al país en donde aparecieron como *expresión original*, incluso si otros los mejoran. De ahí un peligro para todos los países que buscan afirmarse: el de correr el riesgo de emprender sobre *senderos trillados*, ilusionándose sobre su personalidad, engañándose cruelmente sobre su vocación.

Todas las pequeñas culturas siguen senderos trillados. Las grandes tienen de su lado marcos de evolución, debidos a su estructura y a sus condiciones morfológicas, pero vuelcan contenidos específicos en sus moldes formales. Egipto y Francia han pasado por periodos y por *lógicas* culturales similares – es el contenido quien les ha conferido una excelencia diferencial.

Las pequeñas culturas ignoran la lógica exigente de la evolución porque no han atravesado todos los periodos que conducen a la grandes a la perfección histórica. No son capaces de producir series de contenidos únicos y universales, de suerte que se construyen sobre los pedazos de las grandes. Sus raras revoluciones son locales, sus gestos no suscitan imitadores, crecen luego languidecen poco a poco, y su muerte no entristece a nadie.

Rumanía escapará a esta miseria, pero jamás a la ambigüedad de las culturas intermedias; permanecerá siempre en una zona intermedia, entre las grandes y las pequeñas. Una España del Sur-Este europeo, sin el encanto ni el ardor romántico de España, pero al mismo nivel histórico. Y sin un Cervantes para compensarnos con un Don Quijote de nuestros dolores...

III

Rumanía no ha tomado conciencia de sí misma hasta el siglo pasado; y no al principio. Que, previamente algunos hayan *sabido* que eran rumanos es una evidencia no significativa. Una simple precisión de su identidad, que no aportaba ningún suplemento de dinamismo. De todos modos, los pueblos oprimidos no pueden valorar la conciencia de sí mismos y la rechazan como algo inconveniente. Ella ha planteado, en lo que concierne a nuestro devenir nacional, muchos problemas más o menos superfluos, que no prueban nada, pero que subrayan la inconsistencia y la ausencia de dirección interna de nuestra cultura. Se articulan todos sobre la teoría del fondo y de la forma: orientarse al Oeste o al Este, hacia la ciudad o el pueblo, hacia el liberalismo o el conservadurismo, hacia el progresismo o el tradicionalismo, etc. Se ha creado también, en la teoría de la cultura rumana, un sistema de alternativas estéril e irritante, que buscan justificar un número de ideas, pero no un argumento decisivo. Hay que precisar que la polémica ha nacido de los nacionalistas, que, obsesionados por la especificidad rumana, se han olvidado de Rumanía. Por otra parte casi siempre han sido reaccionarios, es decir que no la han amado jamás según su sentido ideal y sus fines últimos. En lugar de preguntarse *lo que debe ser*, se han preguntado lo que debía permanecer. Cuando, con respecto a *las constantes* de su pueblo, los nacionalistas renuncian a las vías modernas que la permitirían lanzarse al mundo, la llevan al fracaso queriendo salvarla.

¿Nuestro *fondo*? Muchas cosas buenas, cierto, pero con una plaga en medio. Es responsable de nuestra larga ausencia y volverle un absoluto sería obrar de manera reaccionaria. Si permanecemos cautivos, seguiremos siendo todavía uno de los últimos países del mundo. Toda concepción reaccionaria impide

comprender la paradoja histórica de las culturas pequeñas, a saber, que no pueden recorrer las etapas evolutivas de las grandes, que no tiene ni continuidad ni tradición en su ritmo. Si queremos ser consecuentes con nuestro fondo, deberíamos crear hoy epopeyas y mitos heroicos, pero esperar algunos siglos para leer a Proust y comprenderlo “orgánicamente”. En definitiva, ¿de quién es la culpa si nos hemos descubierto demasiado tarde? ¿Es la culpa de Europa si lo hemos descubierto todo tan tarde? El problema del fondo y de la forma ha sido planteado por los reaccionarios rumanos desde el descubrimiento, tardío, de Europa, dicho de otro modo de Occidente. Según “la evolución natural” tan querida al organicismo, deberíamos, todavía en nuestros días, conformarnos con los edictos y las crónicas de antaño: estaremos siempre en la prehistoria. Nuestra adaptabilidad y nuestro espíritu de orientación tienen eso de bueno que nos han permitido quitar de un salto la prehistoria de todos nuestros siglos de tinieblas, para ponernos al ritmo, sino de las *realidades*, al menos de las *cuestiones* universales. Rumanía es el fruto de una pasión modernista. Sin los prejuicios modernistas del liberalismo rumano, *la marcha* de nuestro devenir sería fúnebre. Lo que sería *revolución* en el Oeste sería *modernismo* en nosotros. Diferencia significativa. En efecto, si una revolución brota del interior, un vuelco modernista llega del exterior. Que Occidente haya hecho de nosotros “revolucionarios” no es sin embargo demasiado triste. Lo importante, es que hayamos sido electrizados, sacudidos por el seísmo que ha desencadenado el contacto de nuestro ser con Europa. De Pedro el Grande a Lenin, Rusia no ha hecho más que individualizar su ser, por reacción contra Occidente. No ha descubierto realmente Europa hasta principios del siglo pasado. La filosofía romántica alemana y las ideas revolucionarias francesas han nutrido una vibración que se ha convertido en espíritu revolucionario, después en revolución.

La reacción de Rumanía hacia Europa es uno de los fenómenos más agradables de nuestra vida. El frenesí de la imitación, que ha dominado todo nuestro siglo XIX, tiene raíces tan profundas que no me consuelo con la idea de que Eminescu haya sido impermeable, él que ha comprendido mejor que nadie una Rumanía intemporal, pero que ha rechazado las contingencias.

Si nuestro siglo XIX no hubiera estado situado bajo el signo de la imitación, de la moda, del deseo desenfrenado de quemar etapas, de “alcanzar” a los otros, seguiríamos siendo un pueblo oscuro y lamentable, que no comprende el universo más que a través de las coplas de la *doina*. Pero la voluntad de poseer todo de un solo golpe, de no estar debajo de los demás, expresa *la sed de historia* de un pueblo que no ha vivido la necesidad urgente de colmar sus lagunas, de realizarse gracias a un salto. Si los Rumanos antaño hubieran mordido aunque solo fuera un poco en el fruto de la historia, lo que les ha prohibido una maldición satánica, habrían imitado con reservas matizadas de reprobación o de distanciamiento estilizado. Pero, habiendo tenido todo prohibido, han querido conquistar todo tan pronto como han renacido a la vida, y su frenesí por la imitación tiene el carácter de un imperialismo vital, testimonio de una inextinguible sed de vida. Poco importa que hayan abrazado tantas cosas que no comprendían, que las hayan almacenado artificialmente, que no hayan asimilado todo lo que querían conocer. Este ardor es único en el fenómeno cultural rumano. Se dice: *formas, nada más que formas*. ¡Pero no habrían podido abrazar más que sombras! La cuestión no está ahí. Porque, en la ascensión de una cultura hacia su apogeo, su *contenido* cuenta menos que su *ritmo*. El frenesí de la imitación ha dado a Rumanía un ritmo que buscaríamos en vano en su “fondo” milenario, haciéndola sentir instintivamente sus faltas. Si hubiéramos seleccionado severamente los valores occidentales, los hubiéramos caricaturizado a pesar de todo y, por añadidura, habríamos perdido nuestro impulso. Es nuestra paradoja histórica que nos ha constreñido a esta jaula de monos,

infecunda pero reveladora. Hemos copiado gestos, sistemas, ideologías, organizaciones, nuestras imitaciones han ido desde las ropas cotidianas hasta las especulaciones metafísicas. La obsesión de Occidente ha sido nuestra gran felicidad. Los defectos del liberalismo rumano son ampliamente compensados por su furor modernista, que ha proyectado a Rumanía en el mundo, artificialmente, pero de suerte que el futuro pueda integrarlo sustancialmente. Si nuestro “fondo” hubiera sido lo suficientemente dinámico y si hubiera tenido una dirección histórica determinada, habría podido asimilar específicamente los valores extranjeros y darles un aspecto diferente a la caricatura. Su debilidad no sería justificar el rechazo del modernismo. Una revolución, por mala que fuese, vale más que una pasividad vergonzosa. El que quiere una Rumanía fuerte y moderna, una nación en ruta hacia la potencia, debe acordar a las “formas” un dinamismo que no encontraremos jamás en nuestro fondo. La teoría reaccionaria de la cultura rumana de Junimea representa una visión profesoral de Rumanía. Si se compara el impulso inconsciente y reformador de Eliade-Radulescu – que se ha comprometido con tanto celo en todos los terrenos, imitando e inventando, incitando y construyendo – a la fría lucidez, distante y paralizante, de Titu Maiorescu, no se puede constatar más que el primero es una piedra angular de Rumanía, mientras que el segundo, honorable e incluso gran profesor, será cada vez más empujado hacia la periferia de la memoria nacional. El alba y el crepúsculo de las culturas se deleitan en un caos que no debemos despreciar, pues su efervescencia se depura en las épocas clásicas. Los esfuerzos estúpidos, absurdos, ininteligibles de Eliade-Radulescu dirigidos a cambiar la lengua rumana, su dudosa filosofía, su eclecticismo confuso, su cultura *gruesa* son mil veces más significativos para nuestro destino que todos los junimismos, los samanatorismos y otros ismos retrógrados.

Todo lo que ha sido creado en Rumanía, excepto Eminescu, se inserta, con algunos matices, en una equivalencia cualitativa que concierne al conjunto del pasado de nuestra cultura, debemos guiarnos, por lo que es de su estadio y de su estructura, y menos sobre el criterio de calidad, que sobre el del alcance diverso y del valor simbólico de cada esfuerzo. A este respecto, solos son interesantes las personalidades que reflejen nuestra situación dramática. Así, en razón de su destino y de su pensamiento apasionado, un Balcescu, aunque fue passeista, representa más que todos nuestros ideólogos patriotas.

Sin formas, es decir sin Europa (su sustancia al menos), Rumanía entera no sería más que una suma de presentimientos culturales. Ellas han actualizado y puesto en marcha tantas energías insospechadas que nuestro avance en estos últimos decenios – por externa y superficial que haya sido – redime en parte nuestra somnolencia secular. Las formas occidentales han sido nuestra salvación, no el fondo oriental. Situados a la periferia de Europa, en el peor de los climas espirituales, no en Oriente y lejos de Occidente, no hemos tenido otra elección que girar nuestros ojos hacia poniente, entiendo que hacia nuestro *levante* es difícil de concebir, de comprender que ideólogos hayan encontrado en nuestro denominado Oriente una originalidad valiosa. ¿No han notado que las tradiciones espirituales del Sur-Este son insignificantes? Nuestra pertenencia exterior, geográfica, a este mundo es una de nuestras peores maldiciones. La influencia cultural del Asia Menor, las costumbres heredadas de los Turcos y de los Griegos, un bizantinismo moribundo incapaz de reavivar nuestro espíritu, cementerios de la maldición balcánica de los que en el futuro tendremos que librarnos. ¿Girar hacia Oriente? ¡He aquí nuestro Oriente, he aquí nuestra lacra secular! Porque no se trata de la espiritualidad específicamente oriental, con la cual no tenemos ninguna afinidad, se trata de los desechos del Asia Menor, de esta periferia del espíritu que se llama los Balcanes y donde apenas llega el eco de los grandes soplos del pensamiento.

Rumanía debe romper las cadenas de su herencia del sur-este europeo. Si se aprovecha de su predisposición a la modernidad, se salvará primero en el plano exterior y se forjará después un núcleo interno.

¿Qué podríamos aprender de las sombrías tradiciones de esta esquina del mundo, de estos desgraciados pueblos que se han esforzado en convertirse en cualquier cosa, para finalmente no realizarse en ninguna? El imperialismo otomano es una vergüenza de la historia, el reverso del espíritu. Un conquistador que no ha dejado a su paso más que desiertos y tinieblas. Una potencia imbécil, responsable ante el tribunal de la historia de toda la oscuridad que reina en estos parajes. Nadie podrá consolarnos de habernos visto obligados durante tanto tiempo a luchar, a defendernos de un pueblo tan poco dotado, que no ha logrado dejar en Europa más que un rastro de humo. Los Turcos son el recuerdo más triste, el más odioso del pueblo Rumano. Han vertido sobre nuestras miserias toda la imbecilidad del imperialismo más estéril de todos los que ha conocido la historia. Que hayan pasado el Danubio, es una tacha indeleble para nosotros y, por supuesto, para Europa. No han aportado nada nuevo: ni una idea, ni un estremecimiento, ni una pulsación. No debemos pensar más en nuestro pasado. Constantinopla habiendo sido durante tantos siglos el punto ideal de nuestra vida, me aterra por lo que podría imaginar una desesperación retrospectiva. Toda la cultura bizantina no ha sido más que una vela negra que nos ha tapado la luz, el duelo siniestro de nuestra miseria nacional.

La ausencia de un espíritu político de gran envergadura caracteriza este “Oriente” que el odio debe destruir en nosotros, sistemáticamente. ¡Cómo pueblos similares iban a enseñarnos a construir una nación! Debemos tener como único modelo a las naciones occidentales. Todo lo que es oriental es “apolítico”. La obsesión por la historia sitúa a Occidente en el centro de nuestra atención. Rumanía no puede aprender más que de naciones que piensen políticamente. Moriría de dolor si, por una perversión del

destino, resucitara un día la cultura bizantina. Un solo grito procedente de la Revolución francesa es para nosotros una exhortación infinitamente más importante que la totalidad de la espiritualidad bizantina. Si no extraemos ninguna lección de los impulsos inconmensurables de las grandes naciones, no nos queda más que enterrar nuestra alma entre los muros ahumados de nuestras iglesias y ponernos a suspirar a los pies de estos santos imbéciles que ha tenido como compañía nuestro pueblo durante toda la travesía de su desierto histórico.

Nuestra desgracia procede de la condición de los pueblos agrarios en los que el ritmo lento sería una felicidad si la evolución trepidante de los países industriales no existiera. De un lado el pueblo, del otro la ciudad.

El entusiasmo por los pueblos es, desde siempre, la nota común de nuestros intelectuales, su mala nota. Si tuvieran una onza de espíritu político, comprenderían que el pueblo no tiene ninguna función dinámica y que es un serio contratiempo en la ascensión al estatus de gran potencia. Es la subestructura y la base biológica de una nación; pero no es para ella ni portador ni motor. Un año en la vida de una ciudad moderna es más pleno y más activo que cien años en la vida de un pueblo. No solamente gracias a la cifra de población, sino igualmente por el modo de vida de la ciudad, que acelera su ritmo a partir de su sustancia. La ciudad y la industrialización deben constituir dos de las obsesiones de un pueblo que sube.

Basta con visitar nuestros pueblos para constatar que ilustran el destino rumano. Ya sean montañosos – casas estrechas, adosadas las unas otras, bajas, abrumadas bajo un miedo secular, de calles monótonas por donde deambulan hombres con manos callosas, con pequeñas ventanas cerradas como el corazón de los campesinos, inconscientes por la miseria –, ya sean en la llanura – casas aisladas, con jardines sin valla, en las que la dispersión subraya un poco más el desierto de las almas, el viento que levanta el polvo de las calles y de los caminos crea una atmósfera

de inutilidad y de abandono—, en los dos casos *el pueblo rumano* ofrece, similar a las arrugas del campesino, una triste confirmación de lo que fue nuestra existencia. El pueblo es una suspensión de la historia, una inactualidad de la sustancia. Una institución que no se diferencia apenas de las realidades cósmicas y que no conoce el tiempo más que por rumores. Si la historia es una cuestión de ritmo, él es su negación.

¡Desgraciado el país sembrado solamente de pueblos! Salvado de los grandes conflictos sociales y de los dolorosos problemas de la vida moderna, no conoce nada de las delicias de la grandeza, de la fuerza organizada, de la ofensiva majestuosa. *La ciudad es histórica a cada instante*. Por eso las ciudades de gran nombre, aunque agravan los problemas de una nación, la elevan por todas partes a un nivel al cual los pueblos agrarios no pueden acceder. La movilidad y la inquietud sitúan sin cesar la vida ante nuevas cuestiones y nuevas soluciones. *El conocimiento* ha aparecido en las murallas de la ciudad. Los pueblos siempre tienen contenta *el alma...*

El crecimiento industrial ha desarrollado en las naciones modernas una multiplicidad de formas nuevas, en proporción con la fiebre de la industrialización. Comparemos la Alemania anterior a su industrialización, comenzó hacia 1830, con la puesta en marcha de la unión aduanera, con lo que vino después y constataremos un salto que ha elevado a la nación en todos los planos. La guerras napoleónicas le habían dado una conciencia política y nacional; la industrialización vertiginosa puso sus bases materiales como potencia. La población pasó en algunas decenas de años de veinte a cincuenta millones y continuó su rápido crecimiento, legitimación aritmética del imperialismo. Hoy en día hay por el mundo ciento diez millones de alemanes, que sienten su vocación como una fatalidad.

Es universalmente verificable: los progresos industriales acarrearán un incremento de la población que se produce sobre todo en las primeras fases, tan fuerte es el umbral sobre el que se para

que no significa nada un estancamiento. ¿Por qué el aumento de la población en tan evidente al comienzo? Vacando los pueblos, el éxodo rural determina una renovación que perturba gravemente su evolución natural. Su existencia telúrica había preservado durante siglos las mismas formas, y la demografía no registraba más que modificaciones inapreciables. Deben a partir de ahora rellenar los huecos, lo que conduce a la mencionada renovación, a un renacimiento biológico. Además, la población obrera no afectada por el paro se muestra muy prolífica.

Expresión de los pueblos agrarios, las culturas populares están desarmadas espiritualmente y materialmente frente a la envergadura de las culturas modernas, expresión de las naciones industriales. De un lado el campesino y el pueblo, del otro el obrero y la ciudad. Un mundo cerrado sobre sí mismo y un mundo abierto a todo.

Todos los países tienen pueblos y campesinos; pero no marcan por todos los sitios *el estilo*. Por encima del equilibrio plano de los países agrícolas, se eleva el destino gigantesco de los países industriales, que tienen tendencia a someterlos —el obrero vencerá al campesino. Solo las naciones industriales pueden hablar todavía de guerra. La capacidad militar de un país es directamente proporcional a su grado de industrialización. Los pueblos agrarios no pueden ser más que... militaristas. Alemania ha resistido al mundo primero por su potencia industrial, y luego solamente por su heroísmo. En las guerras futuras, el heroísmo será la prerrogativa de los pueblos débiles...

La industria es una condición indispensable para ser una gran potencia. Inglaterra y Alemania han superado a Francia por razones que no dependen solamente de la suerte estructural de las culturas, sino igualmente del estancamiento francés debido a una inferioridad industrial. Además, a Francia le falta esta conciencia industrial tan desarrollada en Alemania y, desde hace poco, en Rusia. La revolución rusa tiene el mérito innegable de haber engendrado, en el más reaccionario de los países, sobre las ruinas

de la más siniestra de las autocracias, una conciencia industrial como – dada su nota mística – la historia jamás había conocido. Lenin, ese apasionado, ese ferviente defensor de la industrialización, ese maníaco de la electrificación había comprendido, mejor que ningún otro revolucionario, lo que una nación necesita para convertirse en una gran potencia. Y, a este respecto, hizo más que todos los representantes de la santa y triste Rusia, exceptuando Pedro el Grande. Es víctima de una grave ilusión, quien crea comprender los problemas planteados por el futuro de Rumanía sin haber estudiado con simpatía los antecedentes y las realizaciones de la revolución rusa. No se trata de imitar la ideología y los métodos; en efecto, el sistema que ha reforzado a Rusia correría el riesgo de sernos fatal, pues nuestra ausencia de conciencia mesiánica nos disolvería completamente en el universalismo bolchevique. Rumanía no tiene una conciencia de su misión en el mundo que la permita realizarse aunque solo sea un poco gracias a una revolución al mesianismo social y universal. La revolución rusa es la experiencia más rica desde la Revolución francesa. Una Rumanía futura que no haya aprendido nada del “caso” ruso sería una construcción ficticia. Las grandes naciones hacen la revolución para evitar a las pequeñas sufrir. La Revolución francesa ha “salvado” a las aristocracias de otros países aceptando su muerte por sí misma, igual que la revolución rusa ha salvado la vida de todas las burguesías condenándolas a una agonía voluntaria, sin efusiones de sangre. Todas las revoluciones que nacen a la sombra de una gran revolución son “racionales”. La clase dominante renuncia poco a poco. Toda post-revolución es comprometedora: se hace por convicción. Las diversas burguesías deberían estarle agradecidas a Rusia, porque ella les ha enseñado a morir a tiempo.

El fenómeno japonés no ilustra menos los progresos conseguidos por la industrialización. Si es vertiginosa y coincidente con una voluntad bien acordada – la de ser una gran potencia – hace de un país envejecido un país que se ha forjado en el mundo un lugar tal como no se conocía más que en las potencias de primer rango. El destino de Asia y el equilibrio europeo dependen del imperialismo japonés. Algunas decenas de millones de Japoneses, emplazados en un espacio insular demasiado restringido, representan una realidad política de lejos superior a la de cuatrocientos millones de Chinos. El destino político de la India es nulo comparado al de Japón; y vale lo mismo para los pueblos africanos. La idea japonesa de orientalizar el mundo por la fuerza constituye una réplica de las ideas imperialistas occidentales. Las cuales han prestado a Japón sus métodos y sus justificaciones teóricas, pero ya tenía en él la sustancia de una gran nación. ¿Se puede medir el delirio de grandeza (pensemos en las ideas del general Araki) en una nación que, confinada en un espacio ínfimo, mira con codicia al Pacífico y con hostilidad a los Estados Unidos y Rusia, desprecia a todos los demás pueblos y se consagra colectivamente a una idea imperialista? La industrialización japonesa recae quizá sobre una pobre retribución del trabajo, sobre una explotación frenética, pero se puede remediar la injusticia social y económica cambiando de sistema o realizando una política de conquistas, mientras que es más difícil ir al mismo ritmo que las grandes potencias, porque la grandeza nacional no es una copla, es una rara irrupción en la historia. A las afirmaciones según las cuales la industrialización quita a los pueblos su especificidad, conviene oponerles el ejemplo extremadamente significativo de Japón, que siempre ha representado *una cultura de la gracia*, cuyos matices siguen siendo idénticos en la fase actual de su evolución. Es en efecto reconfortante – para quien cree en los giros y los saltos históricos –, el ejemplo de este país que Occidente descubrió

embriagado por el perfume de las flores y perdido en la cortesía y el intimismo, pero que combina en nuestros días el espíritu más moderno y que en algunas docenas de años se ha convertido en la Prusia de Oriente. La industrialización y su consecuencia, la superpoblación, fomentan por otra vía el devenir de las naciones.

Frente al paisano, se encuentra el obrero, un ser a-cósmico, no espiritual, pero que tiene conciencia de su valor y de su sentido más que cualquier representante de otra clase hasta el presente. La aparición del obrero como un nuevo tipo de humanidad determina la fisionomía social del mundo moderno. Mientras que el campesino, apegado a su pueblo, se siente en la periferia de la vida, el obrero moderno se siente en su centro y manifiesta todas las exigencias que eso justifica. Combate la opresión, la explotación y la oligarquía, no por algunas reivindicaciones menores, sino en razón de una sed de justicia social y de un deseo de libertad que aseguran ciertamente su éxito. En la historia, los explotados triunfan gracias a su preeminencia biológica, solo después buscan las razones espirituales de su victoria.

El campesinado no puede constituir más que la reserva biológica de una nación, una simple fuente de alimentación. Creer que podrá, en las futuras formas culturales, realizarse de manera original y válida, sería más que crear falsas expectativas: pecar de ignorancia. Los pueblos no han sido historia más que en las formas primitivas de la vida, que excluyen la historia propiamente dicha. Se puede luchar por la justicia en nombre de los campesinos, pero es imposible forjarse una visión mesiánica en base a sus realidades psíquicas. Cuando una nación se afirma, se convierte en un *soporte*, ya no son más su centro dinámico. La urbanización de los pueblos es el único medio de recolocar a los campesinos, en la medida en que se puede, en el circuito general y trepidante de la vida, de donde salen faltos de conciencia política y de orientación moderna.

El obrero moderno es una amenaza permanente y, de hecho, un elemento político de primer orden. Los que creen todavía que se puede construir una nación sin haber resuelto la cuestión obrera se equivocan cruelmente o son reaccionarios inconscientes. El proletariado moderno es objeto de un estéril prejuicio internacional. Su no integración en las naciones es su pecado ideológico. Dando por sentado que son formas constitutivas de la vida histórica, no se llegará al poder y a la primacía más que por su intermediación. Internacionalista en el plano de sus aspiraciones, no puede sin embargo realizarse más que en el plano nacional. *La integración del proletariado en la nación* es uno de los problemas más graves del presente y del futuro. Una nación que no lo resuelva estará condenada a conflictos sin salida.

El sueño de una colectividad universal, en la que se acunen los obreros de todas las esquinas del mundo, resulta por desgracia irrealizable, pues reúne contra él todo lo que la historia conoce de dramático y de irresoluble. ¿Ya que no se puede integrar a los obreros en una nación, de manera consciente y mesiánica, podemos al menos hacerles *olvidar* la nación? Y si es sí, ¿cómo? Ofreciéndoles condiciones de vida perfecta, *engañándoles con el punto muerto de la felicidad*. Su ofensiva en el mundo moderno puede ser contenida, si no se aman las tensiones y las caídas del devenir, por una asistencia social irreprochable, una solicitud que no se deniega, una eliminación racional del paro. Su miseria justifica su voluntad de poder y su cinismo único el combate. Porque *en nombre de la lucha contra la miseria, todo está permitido*. Esta banalidad teórica pero desgarradoramente práctica, la han comprendido tan bien que han adquirido un orgullo de clase que acabará por cambiar el mundo. El campesino, si no es siempre reaccionario, es antirevolucionario por naturaleza. Prefiere las comodidades de la miseria al dramatismo del combate revolucionario. Esto explica porqué, nacido al mismo tiempo que la historia, *ha obtenido menos* en una existencia milenaria que el proletariado en un siglo de lucha. Es el espíritu revolucionario quien determina los cambios históricos. Sin revoluciones, la historia no es más que un devenir inerte, insulso, agrietado.

La clase obrera ha creado una cultura de masas con nuevos personajes y su propia fisonomía.

En lugar de la comunidad orgánica, cristalizada en su sustancia, que nos revela la existencia estática de las formas primarias de la cultura, se elevan el dinamismo y la movilidad de las formas derivadas, superestructuras complejas para que coronen procesos culturales o marquen su declive. La comunidad es la expresión directa, original, de la existencia de la nación, la cuna de su alma, contrariamente a las masas, cuya existencia está caracterizada por la primicia del elemento social, muy lejano ante el elemento nacional.

En la acepción moderna, las masas son grupos en los que la solidaridad se funda exclusivamente en intereses comunes. Si la historia es la sustancia de una nación como la fuerza es la suya, no juega ningún rol en la cultura universalista de las masas. El marxismo, que, en el siglo pasado, ha planteado de la manera más compleja y grave el problema de las masas, es ciertamente un historicismo (como lo han enseñado Scheler y Troeltsch), pero un historicismo metodológico, que comprende la historia funcionalmente, y no orgánicamente. Para afirmarse en la historia, las masas se desvinculan de ella. ¿No es revelador? Han existido siempre, pero no con el mismo grado de conciencia. El mérito de las revoluciones no es haber mejorado su estado material, sino el de haber provocado un progreso rápido y real de su conciencia. La revolución constituye la toma de conciencia suprema de las masas, que no existen más que en ella y por ella. Todo el resto es abandono, inercia, número inconmensurable. Quien dice masa dice atomización y quien define el concepto de masa no puede descartar la imagen de la multitud, pues el orgullo viene de su número y la conciencia de la amenaza que representa. Es en efecto su número inmenso quien, amplificado en la conciencia de los que la componen, hace de cada uno de ellos una fatalidad particular, una amenaza individual... El movimiento de las masas modernas y su dinamismo compacto tienen algo de alucinante, como un mar de fondo. Cuando tomen plenamente conciencia de sí mismas, harán prevalecer su número para tumbar la historia. *La cultura de masas es un nuevo tipo de historia.*

Suponiendo un genio colectivo, de convergencias justificadas históricamente y una solidaridad irracional que gana en profundidad en tanto que los intereses particulares son desterrados, la comunidad constituye una forma *auroral* de la cultura. Es en ella y sobre todo por ella que el individuo *es*. En su seno, la conciencia es siempre la suya, jamás la del individuo. Razón por la que organicismo histórico considera el individualismo moderno como una forma de *caída*. Los pueblos comienzan su vida en comunidad; su decadencia significa necesariamente que se han emancipado. Su diferenciación progresiva en todos los planos les aleja de su núcleo y, habiendo abstraído el alma y el destino, los dirige hacia el espíritu y la inteligencia. No se puede concebir una comunidad sin frescura biológica. También la ética comunitaria se compromete en la madurez biológica de un pueblo. La época gótica del mundo moderno, propia de los países germánicos y, entre los países románticos, sobre todo en Francia, representaba una primavera de la cultura y, por esta razón, floreció naturalmente y como ninguna otra en el seno de la comunidad. Ha hecho falta agotar todo un proceso de vida histórica para que las formas se vuelvan lábiles, que los valores y los individuos se disocien. Esta fragmentación, en individuos que no han tenido más solidaridad que la de sus intereses y la presión del número, pero que forman juntos una verdadera avalancha histórica, ha engendrado el fenómeno moderno de las masas, que había también conocido el mundo antiguo en su fase crepuscular, ya que caracteriza a todas las culturas en su declive. La aparición de la masa, como fenómeno predominante bien definido, determina y revela un momento específico capital en los procesos culturales. Cualidad interior inasible, el genio colectivo del pueblo se degrada y reviste el aspecto cuantitativo de las masas, el de su inexorable realidad numérica. El camino que lleva de la comunidad a la masa es una degradación, pero no es menos grandiosa e inevitable.

Deplorar este fenómeno y extenderse en consideraciones reaccionarias sería la prueba de una falta de perspectiva y de comprensión de la historia. El organicismo excesivo conduce a una morfología rígida y, a fuerza de poner el acento sobre la continuidad, divide la historia en estructuras estáticas, en organismos cerrados.

El individualismo y el colectivismo han contribuido tanto el uno como el otro al nacimiento de este fenómeno. El primero ha separado a los individuos de la comunidad exagerando la toma de conciencia de su unidad y promoviendo el aislamiento para volverles más creativos. Y se trata de todos, no solamente de los más dotados. El individualismo no es siempre nietzscheano. Históricamente, ha planteado el problema de cada individuo, y jamás el de la masa. En el siglo XIX, tuvo como punto de partida no el heroísmo particular, sino los conflictos espirituales y económicos de todo individuo como tal. En una obra sobre Max Stirner, Basch sitúa los orígenes del individualismo en la monadología. Esta deriva teórica no debe extrañarnos puesto que se aplica al individualismo democrático. El pluralismo monádico encuentra su equivalente histórico en la atomización social creada por la democracia, que sitúa su centro de gravedad en cada individuo y en ninguno.

La masa es interiormente amorfa. Esta ausencia de forma intrínseca viene de que manifiesta una solidaridad maquinal y está desprovista del genio colectivo, de aspiraciones convergentes. El colectivismo mecanicista y atomizado ha llevado a las mismas consecuencias que el individualismo, aunque haya tenido como punto de partida la atomización de la manada y no la de los individuos. Toda la ideología del último siglo ha tenido una sola intención oculta: formular el fenómeno de masas, en el cual la Revolución francesa había ya dado un contorno y que después se ha convertido en *el lugar común de la historia*.

Toda solidaridad de orden no histórico puede desembocar en el internacionalismo, que es una expresión de la cultura de masas. Esta, propia de las grandes ciudades y los centros industriales, privilegia *la función* a expensas de *la sustancia*. La cultura comunitaria de valores orgánicos, cultura de burgos y pueblos, tenía una aproximación sustancial del futuro. Todo existía y pasaba *en sí misma*, sin ninguna sustitución posible, la función pertenecía al ser. El funcionalismo cultural ha creado un mundo de formas sustituibles y ha erigido la cantidad como valor autónomo y regulador. De la arquitectura funcional (como Le Corbusier) a la música atonal o a los filósofos no sustancialistas contemporáneos, pasando por las aburridas vestiduras del obrero o por los “uniformes” políticos en los países dictatoriales, todo concurre a hacer del mundo un conjunto de valores reversibles y automáticos, de funciones de sentido idéntico pero de contenido diferente. Si no se comprende a las grandes ciudades y la monumentalidad de la industria, no se comprenderá nada del movimiento de masas moderno, del impulso que las empuja a revertir el orden existente ni, sobre todo, a su voluntad de forjarse una nueva conciencia. Lo que les confiere una grandeza que no ha conocido el estilo de vida comunitaria, demasiado replegada en su intimidad, es la creación de un nuevo tipo de historia, fundada sobre una monumentalidad cuantitativa, numérica, desnuda de símbolos profundos, pero en la cual las dimensiones exteriores son únicas. Estas, visibles, reemplazan la geometría interna de la cultura sustancialista y forman los asientos de la cultura funcional.

La cultura de masas es antiespiritual, antilibertaria, anti-individualista. No hay más que pensar en el bolchevismo o en el hitlerismo, fenómenos de masas tan diferentes aunque con contenidos análogos en cuanto a la forma, para comprender todos los sacrificios que exige la homogeneidad de un país cuyo sistema político se dirige exclusivamente a las masas. Dos movimientos de masas pues, con contenidos ideológicos diferentes, pero

caracterizados en igual medida por la ausencia de espiritualidad, eliminada por razones distintas, pero no espirituales tanto en un caso como en otro. Para la cultura de masas, lo biológico es el motor y sobre todo la finalidad de la historia, dispensadora de secretos materiales. ¿La mística hitleriana de la sangre y de la tierra que otro sentido tiene que el de negar al espíritu en nombre de valores infra-históricos? Las masas son extremadamente sensibles a la permanencia de lo biológico y serían capaces, en su nombre, de sacrificarlo todo. Así, para los economistas bolcheviques, no hay otro absoluto que las esferas no espirituales y las bases materiales de la historia. Me parecería azaroso tratar de establecer una jerarquía entre las concepciones de la subestructura cultural. Algunos afirman que reclamar la sangre y la tierra testimonia un punto de vista anclado en las zonas profundas, que nutren las raíces más vigorosas y los valores eternamente vitales. Pero, por otra parte, no olvidemos que concediendo una importancia casi mística a la economía, se plantea el problema de la justicia y de la distribución y que llega también al dominio ético, pues el biologismo hitleriano olvida el valor universal, no le concede más que un alcance nacional.

Cada revolución ha sido una expresión de la llegada de las masas al poder. Aún más, para ellas poder equivale a revolución. Si se han realizado hasta tal punto gracias a la revolución, ¿por qué se las evoca casi siempre hablando de ellas como “esperanzas truncadas” o de sus “sacrificios inútiles”? Ese pesimismo, tan frecuente que indigna, ignora un punto que depende de la psicología de las masas y de la teoría revolucionaria. Todas las grandes revoluciones dan salida a un sentimiento escatológico. Los revolucionarios son apasionados y vierten la sangre porque viven la revolución como el fin de la historia, a la que sucederá *el paraíso terrestre*. Cada gran revolucionario posee su solución histórica. Lo que él sabe en teoría, las masas lo sienten en la práctica. Mientras que la escatología cristiana quiere “continuar” la historia en un mundo trascendente, el revolucionario quiere

“resolverla” en la inmanencia. El espíritu revolucionario es utópico porque está persuadido de que la historia puede encontrar su llave en este mundo, que una salida es posible en la inmanencia y, en fin, que el devenir es compatible con una solución.

Postrados ante los misterios materiales de la historia, las masas creen poder resolver sus problemas gracias a la revolución. Y ellas la deben mucho, pero los sacrificios superan de lejos los logros. ¿Qué hubiera pasado si sus sufrimientos y sus tormentos sin fin hubieran encontrado una compensación dentro de la vía histórica? Las bases de la historia habrían sido quizá aseadas y entonces no haríamos una tragedia de nuestros cuestionamientos intelectuales.

Las verdades por las cuales las masas han sufrido se han convertido en lugares comunes para el mundo. Las evidencias con las cuales vivimos día tras día, con las cuales no morimos, son el fruto del desastre anónimo. No encuentro sin embargo nada más repugnante que lamentarse de la suerte de las masas. Son demasiado fuertes para no acabar consiguiendo lo que les es debido gracias a su fuerza, y cuando se han equivocado o se equivocan, eso las eleva de su destino, de sus límites inmanentes.

Hacer responsables a los dirigentes es el más frecuente de los errores. Si las masas tuvieran un *nombre* (en un sentido espiritual), deberían juzgarse a sí mismas culpables. En verdad, el fracaso de una revolución no incumbe a nadie. Tendré a la historia toda entera por un sinsentido si las revoluciones no son consideradas como puntos culminantes, con respecto a los cuales las guerras no forman más que un apocalipsis reversible multiplicado por la imbecilidad humana. Si lo que nos gusta llamar “la historia” tiene una significación, la Revolución representa para Francia más que las centenas de guerras en las que no sabe si ha perdido o ganado. Una nación que no está destinada a una gran revolución está condenada a girar en redondo en su propio desierto. Las masas no tienen otra salvación en la historia que la revolución, que es igualmente su única salvación en la nación.

Todos los problemas trágicos de la modernidad están ligados a la diferenciación y a la complejidad consecutivas al abandono de la comunidad. Es muy agradable vivir fuera de ella, pero su estilo inocente no resuelve ninguno de los problemas que se le plantean a una nación. En razón de su dinamismo, el colectivismo, hacia el cual evoluciona el mundo moderno, es mucho más complicado y tupido que la conducta comunitaria. Vivir en comunidad, no es gran cosa, porque si vivís suficientemente en ella, os ahorra el riesgo de vuestra individualidad. La grandeza ingenua de la comunidad es lo opuesto de la monumentalidad dramática de la sociedad moderna (ciudad, industria, proletariado, masas).

El futuro de Rumanía depende de la manera en que sabrá resolver estos problemas. Si ella se niega por mor de su perfecta mediocridad, no tendrá ninguna suerte de formar parte entre las naciones modernas. Es la debilidad que hace decir: afrontando los diversos problemas de la modernidad, se plantean y acumulan dificultades y obstáculos que agravan las condiciones de vida y, de golpe, aceleran la marcha hacia la decadencia. Solo los pueblos sin destino se aferran a su juventud, porque su pulso es una prueba permanente de vejez. China jamás ha sido una gran realidad política; ha olvidado morir. Vive desde hace millares de años en la flor... de la gran edad. Ha nacido cansada y adulta. Las naciones dotadas de un gran destino político se agotan muy rápido. Como si, habiendo creado una vez nuevas formas de vida, su vitalidad no tuviera más razón de ser. Los judíos han sobrevivido a los pueblos de la Antigüedad y sobrevivirán sin ninguna duda a los pueblos modernos, menos en razón de su mesianismo que de su imposibilidad de realizarse políticamente. No estando ligados al espacio y no formando parte de un Estado, son un pueblo extraordinario, pero no son una nación. Se habla siempre de un *pueblo* judío; jamás de una *nación* judía. La idea de *raza* judaica comporta ella misma más elementos espirituales que políticos.

Dicho esto, ¿debe recular, domesticarse? Solo la prudencia puede comprometer a un pueblo. El riesgo y la aventura no hacen menos excelso a un pueblo que a un individuo. Las reservas de absurdo son fuentes de grandeza.

Las grandes naciones no se han afirmado haciendo pruebas de sabiduría, de prudencia y de reserva. Les ha faltado un gramo de locura para elevarse y derrumbarse con estruendo. ¿Cómo explicar, si no, todas las guerras inútiles, todos los valores creados por superstición o por aburrimiento, todos los vanos sacrificios? Aunque no codicien más que los bienes de este mundo, los pueblos rebasan algunas veces el objetivo de su pasión terrestre, puesto que son capaces de renunciar por una idea a las satisfacciones inmediatas de aquí abajo. No se puede reducir la humanidad a una fórmula. Ella ha buscado durante siglos, mediante el cristianismo, arrancarse de la tierra, pero no ha logrado más que adherirse más a ella.

Los Griegos querían adherirse al mundo y acabaron en el culto a las ideas. Los Franceses no hablaban más que de la razón y han llenado su historia de irracionalidad. Los Romanos que, más que cualquier otro pueblo, eran especialistas en advertir los bienes pasajeros y crearon un derecho para amar legalmente la tierra, se mostraron tan frenéticos que su decadencia ha sido de hecho un colapso, una desaparición. El fin del imperio romano, agonía vertiginosa, tiene tal encanto mórbido, su disgregación es un bálsamo tal para sanar a los corazones enfermos, que, los días en que el aniquilamiento tienta al alma, el crepúsculo de Roma lo acuna como un ataúd. Quien no se ha identificado con el sentimiento de Verlaine cuando evoca la gloria ilusoria de Roma y los blancos Bárbaros, no estará jamás lo suficientemente desilusionado para comprender ciertas épocas históricas. Y quien ignore las vibraciones en espiral del corazón se aproximará en vano al amanecer de las culturas. Los únicos valores de la historia, son los que elegimos, sus contenidos elegidos por nuestras preferencias. No está muerto en la historia lo que tenga

de vivo en nosotros. Si no hubiera, en nuestra vida, momentos en los que nos sentimos en el Renacimiento como en nuestra casa, no tendría más actualidad que tal o cual periodo de la cultura egipcia. Las épocas históricas no viven más que en la medida en que sentimos la necesidad de tomarlas como cuna. Nuestra profunda simpatía despierta en ellas lo que antaño había sido un devenir. Esta es la razón por la cual la comprensión histórica busca sin descanso aliviar lo que el futuro tiene de irreparable y de atenuar la obra demoníaca del tiempo. El pasado *es* únicamente la causa de nuestras debilidades retrospectivas.

IV

COLECTIVISMO NACIONAL

El origen de donde viene y del cual se extrae el nacionalismo es muy importante para su vitalidad. Si está replegado sobre sí mismo y tiene raíces estériles, eso es testimonio de una inútil conciencia de conservación, sin instinto para apoyarlo, sin ninguna posibilidad de anclarse en lo universal. Y si está demasiado abierto al mundo, es que le falta la resistencia concreta y la tensión agresiva que cimentan todo nacionalismo. Las formas de vida de una nación deben estar constituidas por una serie de elementos gravitando todos alrededor de dos focos: *la fuerza y la justicia social*. Un nacionalismo que crea poder resolver la cuestión nacional sin aplanar las desigualdades y los conflictos sociales será más que reaccionario, será imposible. Antaño se podía construir la grandeza de una nación sobre la aceptación tácita o explícita de las desigualdades; después de la revolución rusa, ya no es posible, salvo a título transitorio. Lenin hizo más por el nacionalismo que por el comunismo. Más aún, ha *salvado* el nacionalismo. Sin la revolución rusa, el nacionalismo sería tan reaccionario que, en su nombre, se distribuiría a los ricos los bienes de los pobres. Lenin ha despertado en todos los movimientos ideológicos, cualquiera que sea su orientación política, el interés por las cuestiones sociales hasta generar a veces un verdadero complejo de inferioridad. En virtud de las desigualdades y de la intangibilidad de la propiedad, no se puede mover ni un dedo. Lenin, loco por la justicia social, con

Clausewitz como libro de cabecera, sería el prototipo de hombre político de los tiempos futuros. ¡Con vistas a la paz social, reflexionar en la táctica y en los métodos de combate! Los ricos ellos mismos – que representan la flor y nata de la historia a ojos de los inconscientes y la lepra a ojos de los pobres – no pueden dejar de admirar calurosamente el fanatismo sublime de los Tártaros. Podremos en fin calificar como civilizada a la humanidad cuando la luz del sol avergüence a los ricos que irán a esconder su exuberancia en la oscuridad. *La presencia cegadora* de los pobres espera sobre los asientos de la historia...

¿Cómo ha podido mostrarse indiferente a tantos problemas dramáticos, quiero decir a tantos problemas modernos, el nacionalismo rumano? Rumanía es un país que no se muere de hambre porque la miseria es natural en ella desde hace siglos. Un país de campesinos odiosos y hambrientos que, desde hace miles de años, padecen la miseria a causa de los *extranjeros*. La hostilidad hacia el extranjero caracteriza tan bien la sensibilidad rumana que no podrá jamás dissociarse de ella. La primera reacción nacional del Rumano no es el orgullo por el destino de su país, ni el sentimiento de gloria, inseparable del patriotismo francés, es una rebelión contra el extranjero, que una palabrota con frecuencia es suficiente para apaciguar, y que raramente se convierte en un odio organizado y perdurable. Este fenómeno es el origen de una parte de las insuficiencias del nacionalismo rumano. *Si eliminamos todos los extranjeros, el problema de Rumanía no sería menos grave*. No haría más que comenzar. Arrojar a los extranjeros a un camino sin salida es una evidencia; pero el nacionalismo no debe hacer de ellos su misión central, porque fijar demasiado su mirada en los extranjeros, impediría ver nuestras propias realidades, nuestra miseria esencial. Hemos vivido todos durante mil años bajo el yugo de los extranjeros; no odiarles y no eliminarles es testimonio de una ausencia de instinto nacional. La invasión judaica, en los últimos decenios del devenir rumano, ha hecho del antisemitismo el rasgo esencial de nuestro nacionalismo.

Comprensible por otra parte, tiene en nosotros una legitimidad que no habría sin embargo que exagerar. ¿Si Rumanía no contara con ningún judío, su existencia hubiera sido menos miserable? ¿Su nivel histórico (el único que cuenta) habría sido más elevado? Habría tenido menos corrupción, eso seguro, pero de ahí a la historia el camino es largo. Los judíos como mucho han *retardado* la hora solemne de Rumanía; no son, en ningún caso, la causa de nuestra miseria, de nuestra miseria de siempre. Un nacionalismo que no se dé cuenta de esto es falso y muy unilateral para ser duradero. No se puede hacer la revolución a partir de falsos problemas.

Un organismo nacional sano se conforta siempre en la lucha contra los judíos, sobre todo cuando, en número e insolencias, invaden a un pueblo, en el que ninguno de sus problemas nacionales y sociales sin embargo ha sido resuelto por el antisemitismo, que es un acto de *purificación* y poco más. Los vicios constitutivos del pueblo en cuestión siguen siendo los mismos. La estrechez de miras del nacionalismo rumano procede de su derivación del antisemitismo. Un problema periférico se convierte en una *f fuente* de movimiento y de visión.

Nuestro nacionalismo debe venir de un deseo de vengar nuestro sueño histórico, de un pensamiento mesiánico, de la voluntad de hacer historia. Se trata de poner en claro nuestra esencia y de afrontar nuestro destino en su inmanencia sustancial. Con relación a tales problemas, ¿qué importa una reacción menor con respecto a una minoría? Desde el momento en que no hay una solución universal a la cuestión judía, el antisemitismo no es un medio para entrar en la historia. ¿Cuáles son las razones profundas que nos determinan a despreciar y odiar a los judíos? ¿Por qué no hay un único hombre sobre la tierra que ame a los judíos inocentemente, espontáneamente, sin saberlo? ¿De dónde viene el dramatismo infinito de su existencia?

La teoría de las razas no parece creada más que para expresar el sentimiento de separación abisal que distingue todo no-judío de un judío. Un abismo cavado no por el antisemitismo o por alguna otra concepción, sino por el antagonismo manifiesto o secreto que caracteriza dos seres de esencias diferentes. El judío no es nuestro *semejante*, nuestro hermano, y si nos dejaran estar en la intimidad con él, un abismo nos separaría, lo quisiéramos o no. Se diría que los judíos descienden de una especie de monos diferente a la nuestra, que han sido condenados desde el inicio a una tragedia estéril, de esperanzas eternamente decepcionadas. No podemos aproximarnos a ellos *humanamente* porque el judío es antes que nada *judío* y después *hombre*. Fenómeno que se produce tanto en su conciencia como en la nuestra.

La cuestión del judaísmo es tan complicada como la de la existencia de Dios. Evocar el vampirismo y la agresividad de los judíos significa subrayar uno de sus rasgos característicos sin por eso atenuar ni un poco el misterio de la naturaleza judaica. Esta raza, en la cual el odio nutrió su fuego interior, ha dado ejemplos de amor únicos, increíbles. Quien conoce la mística jasídica y la vida de ciertos rabinos no puede dejar de estremecerse ante esos ejemplos de amor que desafían las leyes de la vida, de una extrañeza inhumana y que dejan con frecuencia al cristianismo detrás. Solamente en un pueblo condenado pueden aparecer casos parecidos, y su significado no puede ser más que el de una gran redención. La santidad en los judíos tiene un carácter puramente nacional: debe salvar a un pueblo por compensación, impidiéndole perecer.

Visto con la perspectiva de la historia universal, la cuestión judía es absolutamente insoluble. Sigue siendo la maldición de la historia y un signo de interrogación que crece con el tiempo. No existen más que soluciones *nacionales* de la cuestión judía; si triunfan en alguna parte, no la simplifican para el resto del mundo. Hace siglos España se desembarazó de los judíos; Alemania liquida por su parte toda la cuestión. ¿El flagelo judío es cada vez menos amenazante para el mundo?

Cada vez que un pueblo toma conciencia de sí mismo, entra en conflicto con los judíos. El conflicto latente que existe siempre entre él y ellos se actualiza en un momento histórico decisivo, de una alternativa esencial, y coloca a los judíos fuera de la esfera de la nación. Hay más: ciertos momentos históricos les convierten necesariamente en *traidores*. En razón de la estructura particular de su espíritu y su orientación política, opuesta a toda toma de conciencia nacional, se diferencian tanto de la nación, en ciertas encrucijadas de la historia, que se creería ver desaparecer la hostilidad mutua. ¿Quién ha condenado a los judíos a mezclarse apasionadamente en el destino de otros pueblos, a situarse artificialmente en el seno y en el centro de su vida, a meterse en asuntos que no les importan, por los cuales no han sufrido ni se han sentido jamás comprometidos? Ese judío que me confesaba que, si Rumanía perdía Transilvania, eso le dejaría completamente indiferente, expresaba sinceramente una evidencia: el sentimiento, habitualmente disimulado, que sienten los judíos. En todas las derrotas nacionales, son los únicos en no perder su sangre fría. A los Alemanes les afectó tanto su derrota en la Guerra Mundial que la desesperación les arrojó al vicio y a la delicuescencia. Durante ese tiempo, los judíos amasaron fortunas y ocuparon los puestos de mando. Si verdaderamente pensaran que tienen pleno derecho para participar en la vida de una nación, no aceptarían con tanto cinismo las persecuciones y el exilio. En ninguna parte se sienten en su casa, no conocen de ninguna manera la tragedia del desarraigo. Son el único pueblo que no se siente ligado al paisaje. No hay un solo lugar en el mundo que haya modelado su alma; de manera que son los mismos en cualquier país o contenido. Son extraños a la sensibilidad cósmica. Los Gitanos, que han desarrollado su existencia alrededor de los pueblos y las ciudades, con tantos crepúsculos y amaneceres en el alma, son infinitamente más próximos a la naturaleza que los judíos; lo que ellos transmiten a lo largo de toda la historia son las oscuridades del

gueto, tristezas repugnantes e ironías empalagosas que les han sacado de la naturaleza para guardarlos bajo la férula de la historia. Poco importa que el judío sea un dios en comparación con un Gitano, cuando cualquiera se siente *humanamente* más próximo a este último. Los judíos son únicos en todas las cosas; no tienen parangón en el mundo, abrumados bajo una maldición de la cual Dios es el único responsable. Si fuera judío, me suicidaría de inmediato.

Intervienen de tal modo en la vida de un pueblo que pueden pervertir su ritmo de vida inicial, si es que no crean otro. El judío es el menos *neutro* de todos los seres que existen. Porque es un *catalizador* en la vida de los pueblos, que acelera los procesos. Si el número de judíos en un país no sobrepasa la dosis de veneno necesario para todo un organismo, pueden hacerse aceptar, como una evidencia lamentable e incluso con una cierta simpatía indiferente. ¿No hay tantos países que no tienen necesidad de saber que existen judíos? ¿Y el camino de Rumanía no sería más fácil sin su conflicto con el más inteligente, el más dotado y el más insolente de los pueblos?

Se sabe que los judíos ven en el antisemitismo una distracción en tiempos de crisis, una diversión, una cobardía. Esta explicación es válida al cien por cien cuando se trata de las persecuciones en la Rusia zarista, donde, buscando desviar el descontento de la población de las causas reales de la miseria, el régimen más imbécil que la historia jamás haya conocido organizó pogromos, pero no es válido del todo en nuestro caso, donde, después de la guerra, el régimen político fue filosemita – entiendo por tal no tener simpatía por los judíos (ya que absolutamente nadie les ama), sino tolerarlos y temerlos. El odio por los judíos tiene en nosotros causas más profundas, pues dudo mucho que sean la envidia o la rebelión contra la posición de algunos de ellos. ¿En qué los capitalistas rumanos son mejores que los capitalistas judíos? La misma bestialidad hay en los unos y en los otros. No puedo concebir, me niego a creer que si pudiésemos hacer una revolución nacional que destruyera a los capitalistas judíos, se ahorrara a los rumanos. Una revolución nacional que quisiera salvar a estos últimos me provocaría horror.

Los judíos entre nosotros se oponen a toda tentativa de consolidación nacional y política. Ahí es donde debe buscarse el origen del antisemitismo militante, y no en causas sentimentales. Siempre han criticado a Rumanía, pero han considerado cada intento de consolidación, en pos de una democracia adecuada, como una reacción, una barbarie, etc. En realidad, no ha habido prensa más reaccionaria que la prensa judaica, que jamás ha tenido mayor paraíso que la atmósfera pestilente de la democracia rumana, ciertamente admirable en sus intenciones, pero miserable en sus realizaciones. Critico principalmente a los judíos de después de la guerra. ¿No se opusieron a todas las tentativas de renovación de Rumanía? Algunos cretinos y algunos degenerados que han logrado comprometer una democracia ya viciada, han utilizado sus instrumentos de dominación y así han ofendido irremediabilmente a todo un país. Nosotros, los Rumanos, no encontraremos nuestra salvación más que en otra forma política. Los judíos se han opuesto con todos los medios de que disponen gracias a su imperialismo subterráneo, a su cinismo y a su experiencia secular. El régimen democrático de Rumanía ha tenido como única misión proteger a los judíos y al capitalismo judeo-rumano. Debemos meternos bien esto en la cabeza, de una vez por todas: los judíos no tienen ningún interés en vivir en una Rumanía fortalecida y consciente. Nosotros, como Rumanos, no tenemos más que un interés: una Rumanía fuerte, que demuestre una voluntad de poder.

Todos hemos tenido una época en la que hemos sentido pena por los sufrimientos de los judíos. Pero, desde que me apercibí de que nosotros habíamos sufrido más que ellos por el pasado, renuncié a ese género de sentimentalismo estúpido. Si no concentramos todas nuestras fuerzas, desapareceremos de golpe de la superficie de la historia, como una imagen efímera. Rumanía no tiene todavía sustancia. ¿Los judíos? Cualquiera que posea una cultura histórica debe aceptar, con disgusto, este axioma, el único de la historia: el último pueblo que desaparecerá será el pueblo judío.

Si destruyéramos a todos los judíos rumanos, resucitarían en este pueblo, eterno y errante, como golpeado por un castigo de la historia o de Dios. Ha sobrevivido a Grecia y al Imperio romano y sobrevivirá sin ninguna duda a Occidente, odiado y despreciado por todos los demás pueblos, que nacen y mueren...

La incapacidad de los judíos para comprender y admitir la gravedad de la cuestión nacional es completamente característico y repugnante. Pero quizá no quieren comprenderla. Este pueblo, el más mesiánico y en el cual el nacionalismo, sin expresión geográfica y, por esta razón, de dimensiones universales, no tiene parangón en toda la historia, este pueblo es el enemigo de cualquier otro nacionalismo.

Los judíos no quieren resignarse a esta fatalidad que no cesa atestiguada por la historia: *los conflictos nacionales son mucho más frecuentes que los conflictos sociales*. ¿Cómo explicar sino de otro modo que las guerras sean tan frecuentes y que los fenómenos revolucionarios se produzcan con siglos de intervalo? Es entristecedor, pero no se puede comprender la historia sin este lugar común eterno, que los judíos descuidan voluntariamente. Al menos tienen el gran mérito de haber proclamado durante todo el último siglo la importancia capital de los problemas sociales, de haber repetido hasta la saciedad que era necesario resolverlos. Si los conflictos en el mundo se desarrollaran exclusivamente sobre el terreno social, los judíos se encontrarían de hecho en la historia como en su elemento. Pero ella es mucho más compleja y lo irracional la habita en secreto.

Si los judíos no hubieran introducido en el socialismo la concepción materialista que es el atributo esencial de su “espíritu”, no habría nadie hoy en día que fuera mínimamente socialista. En medio del marxismo, el materialismo ha infectado la idea colectiva – este es el vicio más grave por el cual los judíos se han individualizado en el siglo XIX. Enseguida, al internacionalismo se añadió el materialismo, el proceso de

desintegración nacional comenzó. Los judíos no están por el universalismo, compatible con los matices específicos de las culturas, sino por los valores comunes y artificiales, es decir el internacionalismo. Un ejemplo de universalismo es proporcionado por la conciencia europea de Goethe o por la de Nietzsche, que vivían una Europa compuesta de irreductibles que se encontraban a pesar de todo en un punto ideal del espíritu. La cultura es universalista en su esencia. Pero ignora el internacionalismo. Es por lo que un fenómeno cultural periférico como la prensa ha podido convertirse con tanta frecuencia en el medio específico y en la expresión idónea del internacionalismo. Solo *lo económico* tiene un valor internacional. De ahí el carácter absoluto que le confiere el materialismo histórico. El influjo que el comunismo ejerce sobre los judíos es debido en primer lugar al internacionalismo y en segundo lugar solamente a la justicia social. Han proyectado en él todo lo que pueda justificar y facilitar sus andanzas a través del mundo. Es interesante anotar que si eso les permite afirmarse *políticamente*, no representa el paraíso terrestre sobre el plano económico. Eliminando la competencia y el espíritu de empresa, les asegura un abrigo contra las persecuciones e incluso una primacía política, pero en ningún caso la prosperidad material. Un comunismo fiel a sí mismo sería para ellos un callejón sin salida. Pero, puesto que es una visión del espíritu, es una salida a su “sueño”. La situación de los judíos en Rusia es característica. Llegados a los mandos de la economía, no pueden ejercer las “virtudes” que les han propulsado al primer plano bajo el régimen capitalista. Además, Rusia les ha aislado en tanto que masa, pero les ha dado una satisfacción a cambio: la prohibición del antisemitismo. La teoría que quiere hacerles “responsables” de la revolución es más que estúpida. Semejante falta de comprensión del fenómeno revolucionario es para el nacionalismo una *tacha* teórica repugnante, que no puede ser comparada más que con algunas estúpidas interpretaciones marxistas de los fenómenos espirituales. Citemos dos ejemplos.

Un tratado soviético de arte explica la atmósfera sombría, las sombras acusadoras de la pintura de Tintoretto por la pérdida del monopolio de la sal en Venecia a finales del siglo XV. Por otra parte, un marxista alemán afirma que la teoría de la predestinación de Calvino tiene su origen en la economía agitada de su época, en la que los comerciantes hacían fortuna o quebraban en razón de un juego de la fatalidad independiente de sus cualidades, de su habilidad. Tomar el antisemitismo como explicación de la revolución rusa carece de valor. Es verdad que los judíos han explotado el trastorno de los espíritus y que lo han visto como un medio de vengarse de un régimen que les había perseguido de manera sistemática. Pero de eso a hacer de ellos la *causa* del movimiento revolucionario, la distancia es enorme. La revolución rusa se ha erigido sobre todos los siglos de sufrimiento de Rusia; la sangre de todos los revolucionarios rusos circula en sus venas.

Aunque la idea revolucionaria premarxista era nebulosa y carente de tacto político, su utopismo no era tan inconsciente como lo quiere ver el cientificismo pretencioso del marxismo. El espíritu semita ha conducido el idealismo socialista al más plano de los materialismos. Si las ideas comunistas se realizaran, a pesar de una *Weltanschauung* (*visión del mundo*) menor al lado de tantas cosas justas, constituirían sin duda alguna un alimento para los mortales *antes* de su cumplimiento. Pero una vez logrado, incluso parcialmente, el mito revolucionario no puede ser un estimulante. La época que prepara el comunismo puede alimentarse fanáticamente de sus ideas; sin embargo estará vacía, la humanidad que, en la “era” comunista, viva de las ideas por las cuales ha combatido. El aspecto antropológico está tan minimizado por el comunismo que se pregunta si el hombre ha merecido la religión, solo por haber exagerado su papel en el universo. Las dimensiones que ella nos ha atribuido han traspasado sin duda nuestra resistencia, porque no se explica de otra manera que el hombre haya abrazado con tanta pasión el papel mediocre que le ha destinado el marxismo.

Si las realizaciones concretas por las cuales lucha el comunismo estaban fundadas sobre otra Weltanschauung (visión del mundo), la religión del futuro estará constituida, y el cristianismo en poco tiempo no será más que un recuerdo. El comunismo ha construido la idea de justicia en nombre de la materia. ¿Salvo que haya querido traernos a las justas proporciones del hombre? Una cosa es sin embargo cierta, *ninguna revolución hecha hasta ahora en nombre del espíritu y del amor del hombre ha mejorado su condición material inmediata.* Las peores desigualdades sociales han sido cometidas en la era cristiana, en nombre del más locuaz de los amores que el hombre haya conocido en la historia; difícilmente podríamos encontrar un plan más siniestro de reparto de los bienes en nombre de la idea de igualdad. El cristianismo no ha dado al hombre *su pan cotidiano*: durante dos mil años, la humanidad se ha dejado morir de hambre por el cebo de la eternidad. Porque, desgraciadamente, el cristianismo no ha sido solo una enseñanza para los pobres, ha sido también una fábrica de pobres. En nombre del reino de los cielos, todos hemos mendigado durante dos mil años. No es con ladrillos, sino con las lágrimas de los pobres, como se han construido las iglesias, como por otra parte todas las instituciones de la tierra.

La Revolución francesa ha realizado la liberación *política* del hombre, pero de ninguna manera su liberación económica. La democracia, acoplada al capitalismo, ha representado un yugo para el hombre, que ebrio de una ilusión de libertad, se ha dado cuenta tarde.

Después de tantas imposturas en nombre de tan gran ideas “generosas”, el hombre parece haber redescubierto la tierra alejándose del cielo (tal es el grado de desilusión con respecto al cristianismo), lo que ha puesto al día la imagen más directa y más plana de la tierra, pero igualmente la más perdurable. El hombre ha comenzado a *saber* cuando los socialistas de todas las tendencias se han puesto a echarle en cara que no había buscado jamás su pan cotidiano, y que si lo hubiera poseído no habría tenido necesidad del paraíso o de la grandeza para reconfortarse.

Su condición concreta, material e inmediata, se ha vuelto el centro de su interés teórico y práctico. *Lo económico* ha podido ser elevado al rango de motor de la historia y a centro único de proyección dinámica por la única razón de que los siglos precedentes lo habían descuidado. ¿Qué no pueda ser el único resorte del devenir histórico ni explicar la variedad de formas culturales, ni incluso el nacimiento de los “tipos” económicos? Es natural. Si *lo político, lo nacional, lo espiritual* no representan series derivadas todas de lo económico, ni tienen la misma justificación inicial, ¿cómo se podrá pasar de una gran época a otra? ¿Cómo lo económico, estructura simple, puede engendrar formas múltiples? ¿No debemos pensar que fecunda artificialmente su sustancia, que la inventa? El materialismo histórico satisface nuestra necesidad de unidad histórica y, sobre todo, de correspondencia entre planos. Pero ver en lo económico la fuente primordial y productora de esta correspondencia es una exageración teórica inadmisibile. Lo anterior a lo económico, de donde proceden todas las otras formas, se aplica a una concepción monolineal de la historia. La historia se desarrolla en su totalidad, y esta totalidad es concreta. Los planos se diferencian en razón de la estructura específica de sus valores; tienen dos puntos de encuentro, el uno inicial, el otro final. La política, lo económico, lo espiritual, lo social se desprenden de su núcleo original, de lo indivisible virginal del porvenir, especializándose en función de sus propios valores y pareciéndose en su configuración y su convergencia final. Realizan una correspondencia que, en una época bien definida, fija el estilo y la unidad. El materialismo histórico transforma toda una serie de categorías constitutivas de la historia en simples epifenómenos. Si no constituyera un instrumento teórico del combate político, es decir si no divinizará la historia en detrimento de la verdad, se podría decir que violenta y ofende el devenir universal. Lo político está al servicio de la vida, no de la verdad. Es por lo que tiene un valor eterno.

Quien crea liquidar el “peligro” comunista atacando las bases teóricas del materialismo histórico es, en el mejor de los casos, un inocente. Las condiciones objetivas que justifican la acción comunista son tan numerosas que descuidarlas significa no haber comprendido nada de la totalidad de los problemas.

No se combate el comunismo por el nacionalismo, se le combate solucionando los problemas sociales. Si no afronta las causas de la revuelta, dicho de otro modo si no va al fondo de la miseria, el nacionalismo es una fraseología que no tiene nada que oponer a las graves realidades sociales. El entusiasmo por la nación no puede suplantar la sed de justicia que está en el hombre y que le aproxima más a la esencia de la vida social que de la vida nacional.

Solo los que se obsesionen con igual intensidad con la grandeza de su pueblo y la justicia social podrán aportar una contribución duradera a la elevación de su nación.

Hay en Rumanía, sino pasión, al menos un cierto interés por el porvenir nacional. Pero el sueño de grandeza nacional se funda con demasiada frecuencia sobre la exageración de una miseria irremediable y sobre la condición mediocre de los obreros y los campesinos. En el fondo, el problema no consiste más que en determinar si *la fórmula colectivista en el seno de la existencia nacional* es posible. Si no lo es, el nacionalismo está condenado desde el origen a ser reaccionario.

La resistencia a la fórmula del colectivismo nacional se debe menos a la oposición a la vida concreta de la nación que a las cristalizaciones teóricas, pasadas y presentes, de la concepción colectivista misma. A causa del marxismo, todas las orientaciones colectivistas son necesariamente una debilidad para el internacionalismo. Se trata de una pura situación teórica generalizada que no se apoya sobre afirmaciones de hechos. Sería correcto si la nación representara una realidad transitoria o una simple fase histórica, como lo cree el marxismo. Es verdad que la nación *nace* en la historia, pero como una de sus formas constantes. La humanidad no puede evaluarse de manera convergente si los pueblos no marchan al mismo ritmo.

Un grupo es tanto más dinámico y agresivo cuanto más unido y apegado a un espacio determinado está. El espacio ilimitado crea la vaguedad en la orientación y el artificio en la solidaridad. Los países federales nunca han dado nacimiento a un estilo cultural específico. Las asociaciones heterogéneas engendran a lo mejor una Suiza o una América del Norte. Aunque exista, la humanidad no es en sí misma una fuerza creadora; todos los impulsos productivos tienen raíces vivas e inmediatas; la abstracción de la humanidad es estéril en sí misma. La idea de humanidad reposa sobre todas las fuerzas centrífugas del hombre, sobre su desgarramiento de su centro natural. No puede integrarse más que en *la fuga hacia el centro*; la nación significa centrarse en el futuro inmediato. Un marco concreto solo puede ser creado. Cuanto más se expanden los valores en la amplitud del espacio, más pierden su adherencia y su pulso. ¿Qué el amanecer de las culturas tenga un carácter provincial no es revelador? Todas las culturas nacen *localmente*.

El hombre es un ser demasiado menor para poder mostrarse creador fuera de los límites de la inmediatez. Fuera del marco de la nación, planea en un vacío que le conduce inevitablemente al fracaso. Se podría decir que la nación no tiene otra justificación que la de obstaculizar este fracaso. Ella tiene como “última” razón de ser, no su propia esencia, sino la salvación del hombre, donde ella marca igualmente los límites históricos. El culto de la fuerza no es nada menos que una deserción, una huida hacia lo arbitrario, el clima normal de la subjetividad. La fuerza es una garantía contra la irresponsabilidad. Si el hombre busca en la nación una resistencia al fracaso, en la fuerza restringe voluntariamente su libertad.

No hay ser más inclinado al fracaso que el Rumano. Entre otras múltiples causas, la ausencia de una conciencia nacional fuerte ha resultado ser decisiva. Psicológicamente no hemos manifestado una tendencia a la solidaridad efectiva, e históricamente, no siendo una nación, hemos sido privados del marco de esta solidaridad. El nihilismo aproximativo de los Rumanos encuentra en el fracaso su conclusión natural. *Es nihilista un pueblo que no tiene historia y que se mantiene sin convertirse en una nación.*

En treinta años, el intelectual rumano se convertirá en materia. Ya nada le interesa, excepto su indiferencia. Su núcleo interior se ha podrido; en tanto que fenómeno colectivo, la madurez precoz es un signo de deficiencia. Solamente en nosotros y en los Rusos se plantea constantemente el problema de la creación de una elite *cultivada*, de una “inteligencia”. Un tema que obsesiona a la literatura rumana, sin que llegue a una conclusión válida. Según ella, el intelectual rumano es un desarraigado que ha perdido el contacto con el pueblo; o solo con el que está sano. El paisanaje está repleto de virtudes, mientras que el intelectual es la nada espiritual. Pero, si es una reserva de vida y de espíritu, no se puede comprender que las primeras generaciones de intelectuales, con la herencia rural en la sangre, sean una nada despreciable. La verdad es diferente: el campesino rumano no hace buenas migas con la cultura. No sabría explicar de otro modo la confusión que se instala en él con su primer contacto. La cuestión del desarraigo del intelectual ha sido la más dolorosa, pero también la más vergonzosa, de nuestra literatura. ¡Qué tristeza fingida en este país superficial! Hay como una especie de miedo al futuro nacional en la confusión en que se amparan las primeras generaciones de intelectuales. La inercia secular se asusta del número de problemas a resolver. Si estos señoritos hubieran podido recular, hoy día Rumanía sería declarada comarca etnográfica y se harían expediciones como en Asia central. Para nuestro destino, la cuestión del desarraigo es un mal signo y un recuerdo comprometedor. Los Rumanos han sido lo suficientemente inteligentes como para sentir que no es muy agradable arrojarse al mundo en tanto que país; ha faltado mucho tiempo, ha faltado que hayan pasado todos los escalofríos del comienzo, para que le hubieran cogido el gusto a los grandes asuntos del mundo. La cuestión del desarraigo ahora ya no circula más que en la historia literaria. Haber podido vencer la tentación de la resignación y del entumecimiento es un signo de vitalidad. El desarraigo ha desaparecido como problema, pero siempre permanece incubado en nuestra inclinación nacional al fracaso.

Cuando se mira a un Rumano de veinte años, uno está tentado de tomarle por un genio; estad seguros que a los treinta años será un fracasado. Un agotamiento tan rápido supone numerosas incoherencias interiores y una inadecuación biológica respecto al espíritu. La consistencia de la base espiritual no es un soporte para una construcción espiritual. Se diría que nuestra cultura está totalmente privada de fondo biológico. A Rumanía por otra parte siempre le ha faltado una *forma interior*. A veces demasiado rígida, a veces demasiado gelatinosa, busca un camino para su vida en la maleza de sus propias deficiencias.

La xenofobia es debida también en Rumanía a la desigualdad de nivel histórico entre las minorías y nosotros. Si fuéramos una nación formada, nuestra lucha contra ellas tendría un carácter menos dramático ya que ese nivel indicaría nuestra superioridad evidente y no podrían más que adoptar naturalmente nuestro ritmo. Los Sajones no se sienten atacados en Rumanía más que por *el paisaje*. Contrariamente a nosotros, no tienen con él ninguna ligazón profunda. Orgullosos de una tradición cultural que nosotros no tenemos, se aíslan y nos desprecian.

¿Representan un peligro para Rumanía? Ningún Sajón ocupa un puesto de dirección, ninguno ha tratado de mezclarse en asuntos de Rumanía. Aunque nos hayan explotado antaño, a su lado hemos tenido mucho que aprender. Minoría aislada que obedece de manera autónoma a las leyes de su evolución, integrados o no en Rumanía, no representan ningún peligro. Diez millones de Sajones serían menos fatales para nosotros que un millón y medio de judíos. Los ochocientos mil Sajones son un oasis moral en los Balcanes. Los Húngaros se limitan a ser honestos y a odiarnos. No es gran cosa. Ni los Húngaros ni los Sajones tienen más espíritu político que nosotros. Eso explica que después de la guerra solo los judíos hayan logrado dominarnos. Los Sajones no hubieran podido hacerlo, pues en su sangre cargan con todo un mundo que les vuelve inadaptables a otras formas. En cualquier parte del mundo que ha colonizado, el pueblo alemán ha aportado tradiciones y formas específicas que imprimió en el medio.

Cuando los Sajones llegan a Transilvania, traen en su sangre las ciudades alemanas, tesoros de arquitectura preformada. En América del Sur, en África, en Rusia, en Rumanía, en todos los países donde se han dispersado, y a pesar de la diversidad de paisajes, que ellos aman sin embargo como tales, los Alemanes han imprimido su visión constructiva y vivido en la fascinación explicable de Alemania, siempre centrífuga. Los colonos raramente han creado su propia cultura (América no siempre la ha elaborado). Desembarcan como conquistadores y acaban irremediabilmente como granjeros. Eso verifica una vez más el fenómeno del fracaso fuera de la nación.

Todas las objeciones a oponer a los judíos, desde el punto de vista de nuestra existencia nacional, deben tener como referencia la actitud de los Sajones con respecto a nosotros. No podemos pedir a una minoría que nos ame, ni que se una a nosotros en un punto u otro, pero podemos pedirla que permanezca a una misma distancia en nuestra marcha codo con codo.

Un estado como el nuestro, que sufre además la maldición de contar con minorías – esta terrible fatalidad no orgánica que acaba por transformar en una especie de Suiza todo país desprovisto de instinto político –, no puede realizar una política equilibrada más que avanzando *paralelamente* con las minorías que acepten esta condición: mantenerse equidistantes con la línea de nuestra evolución. ¿La marcha de los judíos ha sido paralela a la nuestra? Los Húngaros nos odian de lejos, los judíos en nuestro seno, en nuestro centro. Nosotros, un pueblo pobre, ¿cómo podríamos asimilar al más irreductible de los fenómenos étnicos de la historia? ¿Cómo el pueblo que tiene en su haber victorias sobre las naciones más brillantes de la historia podría ser asimilado por un pueblo que no ha visto el día más que a través de los tenebrosos Húngaros, los Turcos o los Griegos? La vitalidad de los judíos es tan agresiva y su voluntad de acaparar tan persistente, que manifestar tolerancia hacia este pueblo trabajador y explotador significaría ciertamente nuestra quiebra.

No encuentro convincente el argumento esgrimido por tantos judíos según el cual su ascensión en Rumanía sería debido a sus cualidades únicas, que les colocarían siempre en una condición superior, privando así al antisemitismo de todo fundamento serio. Si no lo encuentro convincente, no es porque esas cualidades no sean reales, es porque, según esta concepción, cualquier pueblo más maduro, más experimentado y más endurecido en el mal, tendría el derecho de explotar la inocencia y la inexperiencia de un pueblo históricamente más joven. ¿Qué sabe el pueblo rumano en comparación con el pueblo judío? ¿Qué puede un pueblo telúrico frente al pueblo más cerebral? Si diéramos a los judíos libertad absoluta, estoy seguro de que un día nos cambiarían hasta el nombre de nuestro país. En el fondo, debemos admitir, no sin melancolía, que el antisemitismo es el más grande elogio posible a los judíos. Nuestras soluciones de vida son su muerte moral. Y lo son porque no pueden aceptarlas más que renunciando a lo que define su triste excelencia. Si quieren aunque solo sea un poco seguir siendo lo que son — en realidad lo quieren enormemente, porque un judío *no puede* querer no ser judío —, es decir los parias y el ambiguo nimbo de la historia, no tienen más que dar las gracias a los antisemitas. ¿Quién ha *interiorizado* el judaísmo, sino ellos? Las persecuciones han aproximado a los judíos a su esencia, mientras que los regímenes liberales, satisfaciendo su cebo de ganancia, les ha dulcificado y atenuado en medio de la libertad. Los pueblos que son victoriosos gracias a sus cadenas son peligrosos. El gran orgullo de un pueblo debe surgir de la exageración de su razón de ser en el mundo. ¿Quién ha exagerado el papel del pueblo judío más que los antisemitas? Si las profecías del Antiguo Testamento hubieran sido escritas después de las justificaciones de las persecuciones modernas, serían aburridas banalidades. Las lágrimas empalagosas de los judíos han centelleado como los astros de un cielo invertido. Este pueblo no acogerá jamás el fruto de sus lloros. Porque sufre la obsesión del paraíso, mientras que los demás pueblos solo disfrutan mirando la tierra.

¡Qué felices seríamos, nosotros los otros los Rumanos, si alguien exagerara nuestra razón de ser en el mundo, si estuviéramos abrazados por un hechizo al que acariciaríamos secretamente, en una santa locura de grandezas! Ningún profeta ha exagerado nuestro papel en el mundo. Pero, cada uno de nosotros, no debemos tener otro fin que el de proyectar nuestra razón de ser hasta aturdirnos, que amar la hipóstasis que mece nuestros sueños. ¡Qué el porvenir de Rumanía sea para nosotros utopía o tragedia!

Rumanía debería poder convertirse en una nación de contornos bien definidos, automáticamente, por la fuerza de las cosas, a pesar de nosotros. Razón de más para preguntarnos si vamos a construir nuestra nación sobre los vicios del mundo antiguo o si vamos a asumir todas las ventajas de una concepción moderna. ¿Continuaremos creyendo en el devenir de las naciones apoyándonos en un cortejo de desigualdades, sobre toda la espantosa miseria del pueblo o, al contrario, encontraremos en el colectivismo nacional una solución a nuestros problemas y a nuestros desastres?

Algunos dicen: la ascensión de las naciones modernas no es debida a la idea colectivista, sino al espíritu de concurrencia, de empresa, de especulación, a la atomización individualista, que son el alma de la democracia y del capitalismo. Dando a cada individuo la ilusión de disponer de posibilidades modernas, esta situación política y económica ha liberado energías insospechadas, fuerzas escondidas. El arrivismo implica virtudes particulares, la resistencia del instinto hasta una lucidez excesiva. El cebo de la ganancia ha creado un frenesí general extremadamente propicio a un salto. El capitalismo ha representado una sacudida única en la evolución de las naciones.

Sin embargo, estas objeciones descuidan dos elementos: el capitalismo se agota en tanto que etapa histórica y sus “virtudes”, fecundas en un pueblo, provocan desastres en otro. Es verdad que la libre concurrencia, el espíritu de empresa y todo eso enseguida han creado en Rumanía un mundo nuevo y es evidente que, sin el liberalismo, sería un país siempre atrasado. Pero la inercia, la

pasividad, la falta de iniciativa son defectos que, bajo un régimen de libertades ilimitadas, condenan a la larga a un pueblo a la apatía. Es bajo el régimen democrático, que los extranjeros han podido dominar a los Rumanos de una manera pavorosa. No tenemos las cualidades que permiten perforar bajo un régimen de concurrencia y de lucha, donde el Estado no intervenga en las ascensiones y las caídas individuales. La democracia rumana ha manifestado en sus orígenes un impulso fecundo y sorprendente, después la madurez y la decadencia la han comprometido definitivamente. Tiene el mérito de haber modernizado el país, pero dándole una falsa conciencia universal y acechando gravemente su fuerza.

Los pueblos sin osamenta histórica no pueden efectuar saltos bajo un régimen de libertades incontroladas. Asegurando la libertad de todos, la democracia no acaba en la anarquía, sino en una esclavitud colectiva, quiero decir en la deficiencia nacional. Eminentemente centrífuga, ella aleja a las naciones de su centro efectivo, de la voluntad de poder. Para las pequeñas, el desnivel es una verdadera catástrofe. Ya no se encuentran. ¿Rumanía se encontrará?

La burguesía ha elevado nuestro nivel histórico nacional. Pero, totalmente desprovista de megalomanía, se ha cristalizado rápidamente en un equilibrio mediocre y ha sacrificado a sus intereses mezquinos la solución de todos los problemas a los cuales debemos responder. ¿Rumanía tiene miedo a la revolución que debe hacer? Sería difícil explicar de otro modo nuestra ausencia de tradición revolucionaria.

Un pueblo debe preparar y esperar su revolución. Así solamente cumplirá su deber hacia sí mismo.

Rumanía debe superar las barreras de su propia mediocridad y comprender todas las cuestiones irresolubles del futuro. Debe desarrollar cínicamente su espíritu político, llamar a la fuerza por su nombre y cesar de mecerse con las ilusiones del derecho. Es necesario que el hombre político tenga este credo explícito: *el derecho no existe, no existen más que antagonismos o compromisos entre las fuerzas*. La noción de fuerza es, en las relaciones internacionales, la única realidad; no es *decente* afirmarlo, pero es un acto de sinceridad teórica.

El cinismo no es jamás una provocación, es una alegría fingida frente a lo irreparable. Se apoya sobre una contradicción punzante entre los impulsos de la sensibilidad y los enigmas de la inteligencia. El cínico quiere que las cosas no sean más que como las define el conocimiento; pero, siendo ese su prejuicio orgánico, se somete a él. Todos los cinismos de la tierra han tenido como punto de partida, de una manera u otra, la irreductibilidad de la fuerza y han fijado en paradojas los conflictos entre una inteligencia desilusionada y un corazón camino de corromperse. Todo gran hombre político debe ser un Fouché, a mayores con una fe apasionada.

Las concepciones de la fuerza tienen todas por fundamento una antropología pesimista. El hombre, ser que ha caído, no puede hacer su nido en la libertad — ella es, bien al contrario, una fuente de errores. No puede creer más que en el cerco de una organización que le supera y le impone un cierto ritmo de vida. La visión pesimista del hombre no hace de él una realidad más que en la medida en que domina y es dominado. El poder es el criterio del valor. Confiriendo un carácter absoluto a lo político, convirtiéndolo en *Weltanschauung* (*visión del mundo*), se hace de la fuerza el eje de la historia. Desde un punto de vista político, un sargento de ciudad tiene más realidad que un sabio. Del mismo modo que, para un Estado, en tiempos de paz es más útil un guardagujas que un general.

Más que cualquier otra categoría, la política ha tratado de domesticar a la historia. Y ha llegado para que las formas históricas se impongan gracias a *sus valores dominantes*, y no a sus propia calidad. *En un momento dado* todo se convierte en político, del mismo modo que todo se convierte en místico en otro momento. Hablando de *realidades* históricas, las instituciones no políticas deben todas pasar por un momento político. La época de dominación de la Iglesia católica determina un momento político de su evolución. *La eficacia máxima de una institución se identifica con su momento político.*

Cada cosa se vuelve mística en la medida en que realiza sus valores en una vibración última. Alcanzando el delirio, los contenidos de la vida y del espíritu se elevan a un nivel místico. Incluso lo económico puede lograrlo. Todo lo que se desarrolla en la historia, y quiere saltar al absoluto, triunfa con su propia ley y roza la eternidad... por un momento. Y es igualmente en la mística donde la historia encuentra su salvación contra sí misma.

V

GUERRA Y REVOLUCIÓN

¿Existe alguna nación que no haya hecho la guerra? No, incluso aunque no la quisieran, no la desearan. Las grandes la quieren, la desean – un elemento que todavía las diferencia de las pequeñas. La cuestión de la guerra no debe sin embargo ser visto bajo el ángulo de la adhesión o no a la locura. La guerra valoriza más o menos inconscientemente el organismo nacional. Como está ligada de manera esencial a la vida de las naciones, los hombres no pueden intervenir más que retardándola, en ningún caso para impedirla. Una teoría más que estúpida pretende que los dirigentes y una casta de gente con intereses han sido siempre los responsables de las guerras. ¿Hay realmente alguien que pueda creer que todas las guerras que se han librado entre los hombres han tenido su origen únicamente en los caprichos de los príncipes, de los reyes y los emperadores? ¿Quién puede creer en las guerras debidas a las fantasías individuales o a los arreglos comerciales? Si “estuvieran en el aire”, como se dice, tendrían un carácter impersonal e irresponsable. El pacifismo, que une todos los corazones y no es una realidad, se precia de señalar a los culpables. Pero olvida que no son fenómenos superficiales y que agarran a las naciones por las tripas. Si los hombres hubieran tenido el poder de impedir las o de hacerlas cesar, hace tiempo que no se oiría hablar de ellas. Pero la humanidad tiende a fines éticos, sin poseerlos. Mezclar sentimientos con consideraciones sobre la guerra no implica más que complicarse la vida inútilmente, porque los conflictos entre hombres son inevitables – ni la intervención divina puede hacer nada. Dios *contempla* la guerra.

Raros son los fenómenos que hacen pensar tanto en el *destino*. ¿No es interesante constatar que la muerte nos vuelve tristes, mientras que la guerra nos deja solamente un gusto amargo o nos sumerge en una desesperación fría, no afectiva, una locura lúcida? La muerte se desarrolla *en* nosotros, la guerra *por encima* de nosotros.

Quien no puede aceptar la guerra como una condición fatal de la humanidad no tiene más que suicidarse por desesperación. Por el contrario, el que sepa como funcionan los asuntos del mundo le deja abierta una plaza entre las fatalidades, esperando que ellas le aplasten un día u otro.

No se podría concebir el futuro de las naciones sin la guerra, que las vuelve conscientes de su fuerza y les permite precisar su contorno en el mundo. Una nación se *verifica* en las guerras. Cuanto más se entrega a ella, más acelera su ritmo de vida. Ávida de realizarse, agota su resistencia vital multiplicándolas. La longevidad de una nación está estrechamente ligada a su ritmo vital. Las guerras nacen de una tensión vital que incrementan a su alrededor. Pero solamente en intensidad no en duración. ¿Las naciones buscan la longevidad? ¿Quién podría saberlo?! Algunas sin embargo han tenido un destino genial y brillan de manera definitiva y efímera, como los poetas. Prefieren la gloria a la longevidad y no guardan sus reservas vitales. Solo las culturas mediocres sobreviven, porque no han vivido jamás. Las carencias de Francia, que se complace inconscientemente, desde hace tiempo, en el presentimiento de su decadencia, proceden de que ha sido pródiga con sus posibilidades. Un destino grandioso cuesta caro. Francia ha malgastado durante la Revolución más energía que Rumanía en mil años. ¡Esta es la diferencia entre historia e infra-historia! Francia es *historia fuera del tiempo*, puro contenido. El país que no ha perdido nada. Y después, ¡sus guerras! ¿Hay algún otro pueblo que pueda enorgullecerse de haber librado tan pocas guerras defensivas? Ningún país ha iniciado tantas guerras ofensivas. Resistir un ataque es honorable; ir al ataque magnífico. *Hasta que no ha realizado una guerra de agresión, un pueblo no existe como factor activo de la historia.*

La provocación expresa una reserva de fuerza y un exceso de vitalidad. Una guerra que se ha declarado y perdido es más gloriosa que una guerra ganada defendiéndose. Alemania ha sido vencida políticamente y económicamente, pero la Gran Guerra le honra más que a los Aliados. Una agresión tiene por origen una simple ansiedad biológica, o una tentativa imperialista de dictar una idea al mundo. El primer caso no prueba gran cosa; el segundo, todo. Ningún pueblo ha alcanzado la universalidad por la sola fuerza del espíritu y se ha impuesto al mundo sin un proceso que movilice un conjunto de medios en los que la bestialidad y la profecía van emparejados. No es bueno hacerse demasiadas ilusiones sobre la historia. El espíritu no se desarrolla a partir de la nada. Si los Países-Bajos no hubieran sido un imperio – tan efímero como fue –, quien sabe si la pintura flamenca hubiera adquirido las proporciones que conocemos. Las condiciones materiales favorables crean *un respiro* que engendra tanto un bien para el espíritu como un vicio. La guerra es un fenómeno tan complicado que nos equivocáramos reduciéndola solo al sentido criminal. No tiene ninguna excusa desde el punto humano; porque está hecha *por mediación* de los hombres. Somos los instrumentos lamentables de una gran y siniestra fatalidad.

Los pacifistas deberían reflexionar en este punto: los pueblos europeos que no han participado en la última guerra han caído todos automáticamente a un segundo o tercer plano. Políticamente, la neutralidad es un signo de apatía, de abandono de la arena internacional. La guerra es un examen en el cual las naciones se presentan ante el mundo entero. Va de suyo que los pueblos dotados sean los únicos en pasarlo. La fuerza organizada no es suficiente para ganar las guerras e imponerse en el mundo. La historia no conoce al pueblo que, habiendo tenido un ejército glorioso y verificado en muchas ocasiones, no haya creado una cultura. Si no se realiza en todos los planos, la fuerza no es nada. Muchas guerras han sido en un principio pensadas en las bibliotecas. Las grandes culturas se realizan en todos los planos; el guerrero se apoya sobre la prudencia. Los pueblos que no tienen *todo* no tienen nada.

En la época en la que los Atenenses preparaban su expedición para conquistar Sicilia, se podía ver todos los días en el ágora pequeños grupos que grababan sobre la piedra las costas de la isla. Este es un ejemplo típico de la dimensión *cívica* del imperialismo. Si no sueña con formas cívicas, no es auténtico, si se nutre de la exaltación de los jefes, no dura mucho tiempo y es superficial. Solo un pueblo que tiene la idea imperialista en la sangre puede aceptar sin disgusto el ejército y la guerra. La sed de espacio y el deseo de imprimir un cierto estilo cultural a otras formas de vida crean en una nación imperialista el gusto por la ofensiva, que justifican tanto el cinismo como las concepciones históricas. Cuando el último burgués alemán, repleto y saturado de cerveza, imagina el mapa del mundo y, borracho o no, sitúa a Alemania a merced de sus caprichos o de su fantasía, es el representante, inconsciente y mediocre, de un pensamiento que obsesiona a la nación hasta su sustancia. El imperialismo no ha sido concebido solo en los palacios, sino igualmente en las esquinas de las calles. ¿Por qué mostrarnos injustos con las masas pensando que jamás han participado directamente en la historia? En los círculos socialistas, se ha repetido hasta la saciedad que las multitudes no quieren la guerra, que son arrastradas por los gobernantes y los explotadores que les confunden. En realidad, las cosas son más complicadas y más tristes. Aunque la guerra sea concebida por los hombres, si se interroga a los individuos uno por uno, cada uno se declarará abiertamente hostil. ¿Entonces cómo se comprende que, colectivamente, la acepten? No se trata de la extraña psicología de las masas, sino de un fenómeno mucho más profundo, que descansa sobre solidaridades históricas desconocidas. Cada hombre que parte para la guerra se dice: estoy en contra, pero la hago como miembro de la nación. Individualmente, la historia posee un coeficiente de racionalidad más fuerte que colectivamente. Mientras que las naciones existan, habrá guerras. Ninguno de nosotros quiere hacerlas; y sin embargo, se harán. La nación es una especie de *abstracción vital*: nos da la impresión de ser imprecisa, cuando en verdad nos aprieta hasta asfixiarnos. En el fondo, los sentimientos nacionales son tenazas.

La paz universal dejará de ser una utopía si pudiéramos creer que las naciones son una fase transitoria de la historia. Su presencia en el mundo no es ciertamente alentadora para nuestro sentimiento cósmico. Estamos ligados a la nación por todo lo que es inmediato en nosotros y por el miedo al vacío.

¿Supongamos que las naciones desaparecieran, los proyectos de paz eterna serían menos ilusorios? ¿Los conflictos no se desplazarían hacia unidades más grandes? ¿De los continentes a las razas y a los conflictos planetarios, la irreductibilidad del destino humano sería por ello menos trágica? Si todas las naciones del globo se desarmasen, exceptuando una entre las menores, la paz del mundo estaría más amenazada que nunca. No se pueden alzar todas al mismo nivel. Se arman sin preguntar a la gente, y probablemente en contra de ella. Que el hombre haya gastado tanta energía para inventar tantas armas, llamadas a defenderle contra sí mismo, me da una idea precisa del género humano. Si todas las armas del universo fueran destruidas, salvo un solo revólver, el hombre se sentiría obligado a servirse de él y la historia partiría de cero.

Cuando una nación comienza a armarse, ya no puede parar. La pobreza o la miseria no frenan el armamentismo. Desde hace centenares de años, la humanidad mira al cielo por una boca de cañón.

La lucha abierta o secreta por *la hegemonía* constituye el obstáculo esencial del camino hacia la paz. La preeminencia exclusiva es un deseo tan fuerte en las naciones que están dispuestas, para obtenerlo, a violar cualquier obligación moral o internacional. ¿Podemos imaginar un día en que las naciones lleguen a una neutralidad de tal modo que la potencia y la dominación les sean indiferentes? Mientras que la historia tenga como base un ritmo biológico en el que los valores específicamente históricos hagan derivar, y desarrollar, un imperialismo vital, semejante neutralidad no será ni posible ni deseable. Una gran nación se eleva sobre las ruinas o la

humillación de las demás. Los esplendores nacionales se bañan en un océano de sangre, como por otra parte toda la historia. La gloria de Napoleón ha costado diez millones de vidas humanas. A primera vista, hizo la guerra por pasión. En realidad, en razón del imperialismo que guía todas las grandes revoluciones y para satisfacer el deseo de hegemonía ilimitado de Francia. Sin duda provocó la pobreza, la miseria; pero puso a Europa en movimiento. Los nacionalismos europeos tenían necesidad de su acción y de la filosofía de Hegel para que de tímidos organismos hiciesen germinar el pensamiento hegemónico y desembocaran en el nefasto pluralismo del continente.

Acelerando el ritmo de Francia, Napoleón ha acelerado su decadencia. Ha arrojado indirectamente a Alemania a la espalda de Europa y ha hecho a Francia un regalo fatal. Es la tragedia histórica debida a grandes personalidades, que, llevando a su nación a una grandeza excesiva, causan por contrapunto su colapso. La tensión engendrada por el cesarismo eleva a la nación por encima de su nivel histórico natural y debilita su resistencia futura. Las grandes dictaduras – no las tiranías – sacan a las naciones de su rutina, para bien y para mal.

El espíritu agresivo es una especie de columna vertebral de las naciones. De otro modo no se podría comprender que el *ejército*, instrumento de instinto agresivo, sea una institución tan ligada a todas las formas de la existencia nacional, notablemente estáticas, y más consagrada que la religión con sus templos. Una institución eterna, en la medida en que el ser humano es eterno. El hombre está tan poco espiritualizado que ha transformado en eje de su vida la institución menos espiritual que se pueda imaginar. La permanencia del ejército es una prueba definitiva para toda antropología pesimista. La humanidad no puede ofrecerse el lujo y las fantasías de la anarquía.

Si eliminamos al ejército de la historia el devenir universal parecería una lección de pedagogía. Hay que creer, hasta ahora, que todas las *circunstancias* han sido sangrantes y todas nuestras desventuras engendradas por sobresaltos. Son *manchas rojas* que hacen brillar la historia. *El sufrimiento es la sustancia de la historia universal.*

El ejército es el terror organizado, salvo en raros casos en que son en el fondo su única excusa. Pensemos en lo que representaba la gloria para cualquier simple soldado de campaña de Napoleón o para todos los que se han peleado en todo el mundo en nombre de una idea. En los Estados que no ilustran una idea imperialista, el ejército tiene un carácter artificial, externo, limitado. Comparemos lo que significa ser soldado en Rumanía con lo que eso significa en Alemania o en Rusia.

El peor de los soldados alemanes “sirve” con los ojos fijos más allá de sus fronteras, consciente de ser uno de los elementos de un gran logro por venir. Sabe que Alemania tiene una misión que reclama su sacrificio. Vive mundialmente los problemas de su país. Sabe que va a partir para otra región del mundo, que la existencia está legitimada por futuras conquistas, es lo que da un contenido ideológico y un vasto sentido al ejército y justifica de ese modo los rigores inhumanos de la disciplina. El soldado tiene como principal función *atacar* y no *defender*. Los ideales defensivos vacían al ejército de todo contenido. Solo los países menores libran guerras defensivas.

La política expansionista de Alemania da a sus soldados un orgullo que, si bien asqueroso e inhumano, es una fuerza de propulsión única. En Rusia, el soldado sirve realmente a su país; pero, en su conciencia, lucha por una ideología universal que tendrá que imponer por la fuerza; y eso, aunque el bolchevismo sea de hecho la fachada de la voluntad de hegemonía universal de Rusia. ¡Qué diferencia entre un soldado que presta servicio solamente en su patria y el que jura ser un peón de la liberación del proletariado mundial!

En otros tiempos, un valiente era un aventurero, un ladrón romántico. Hoy, la bravura desprovista de conciencia universal es una barbarie sin interés.

Ha llegado el turno del soldado rumano. ¿Es culpa de este desdichado si su país no tiene ningún ideal, si sus dimensiones históricas no tienen importancia, como toda su respiración desde

hace mil años? Él, no entiende más que esto: ¡defendamos nuestras fronteras! Por otra parte no puede entender otra cosa. Porque Rumanía ha identificado su ideal a un estado de hecho: sus fronteras materiales y morales. Rumanía *es*; y con eso es suficiente. No alimentando la pasión por un porvenir frenético, ha difundido en todas las conciencias su propia aceptación.

No digo que debiera soñar positivamente con conquistar los países vecinos – es demasiado dulce para concebir tales absurdidades –, pero encuentro repugnante y revelador de sus carencias que no cultive con exasperación la idea de convertirse en una gran potencia. Nuestro ejército no existe más que como principio defensivo, no está animado por ninguna idea. Más que al Estado, no hace cuerpo con la nación; está a su servicio maquinalmente, sin participación ni dinamismo. Las funciones de Rumanía están dissociadas; se compromete en demasiadas vías que no conducen a nada.

Esto se inscribe en una vieja tradición. Recordemos nuestras guerras de antaño. ¡Ahí está! Todas han sido defensivas, no hemos hecho más que resistir a las invasiones. Nuestra razón de ser es tan balbuciente que no hemos concebido ni una sola vez una afirmación agresiva o un presentimiento imperialista. Durante la Gran Guerra, hemos conquistado *lo que era nuestro*, lo que nos pertenecía – somos conquistados. Y no correspondía a una iniciativa nacional, ya que habíamos sido *adiestrados*. Solo la guerra de agresión puede dar un sentimiento de poder. Provocar la guerra, todo está en eso. La nación que la hace y que está orgullosa resiste gracias al orgullo y al automatismo de la agresión. Una nación imperialista siempre es fuerte. Es imperialista una nación que *desborda*. La expansión es un signo de vitalidad, no de humanismo. Pero la humanidad no se ha elevado en nombre del *humanismo*. ¿Se ha solucionado alguna vez el problema de la miseria reclamando compasión? Al contrario, ha *creado* pobres, les ha multiplicado. Es la causa de la mendicidad. Los pobres que han comprendido que podían, gracias a la piedad, vivir como parásitos han cambiado la pobreza por la mendicidad.

Los pobres jamás han obtenido ventajas hasta que se han constituido como grupo, convirtiéndose así en una amenaza. Si la clase obrera moderna no es explotada hasta la sangre, no es gracias a la compasión o al humanismo, es gracias a *la fuerza* que representa. Los explotadores saben que la fuerza de los explotados es mucho más grande que la suya, pero conocen también la inercia de los pobres y como aprovechar para sacar beneficio de su miseria. Los explotados son la base de todos los Estados; ¿cómo es que no han comprendido que solo haría falta un paso para que se convirtieran en *autoridad*? El cristianismo ha aportado una justificación teológica a la pobreza y a la miseria, ha consagrado la condición de los pobres y la ha bendecido. Inventando el orgullo de ser pobre, ha comprometido al hombre eternamente. No le ha rehabilitado, si bien nos ha declarado a todos – más o menos – los hijos de Dios...

Se dice que es inmoral defender el derecho a la fuerza y a las potencias. O, se olvida que no les oponemos el mundo anónimo de desheredados sedientos de poder, sino todos los imbéciles de la tierra que no quieren ser poderosos. Porque existe una categoría de hombres – la lepra de la humanidad – que son náufragos, apasionados de la caída y de la periferia. Los perdedores del género humano no son dignos de ninguna consideración. A un fracasado rico se le llama imbécil; a un fracasado pobre, un mendigo.

Una vez consciente de su fuerza, el mundo de los explotados ya no pertenece más al de los débiles. Posee al contrario todos los atributos de la fuerza futura. En la lucha social, los que detentan el poder sin una vitalidad equivalente son más débiles que los que les quieren en plena posesión de sus recursos vitales. Las renovaciones sociales se producen siempre de abajo a arriba, los que se encuentran abajo son *potencialmente* los más fuertes. La revolución tiene como razón de ser *la permeabilidad social*. Amparándose en el poder, las formas primarias de la vida hacen volar en pedazos la jerarquía rígida y artificial momificada por una clase agotada y aseguran la única renovación posible de la sociedad.

El combate entre pueblos fuertes y “débiles” revela aspectos todavía más dramáticos. Algunos, en los que la potencia ha sido consagrada y los instintos agresivos verificados, han alcanzado poco o mucho sus objetivos ideales. Sinceros y fieles a su misión, han arrojado a los pies todo lo que se oponía a su expansión y a su voluntad de realizarse. Estos pueblos disponen libremente de su fuerza y están orgullosos de la libertad que les garantiza.

¿Contra quién ejercen el derecho del más fuerte?

Sobre los pueblos que se abandonan al rebufo de la historia, sin intervenir de manera efectiva y original, los *abandonados por cuenta del futuro*. Querrían vivir en un confort acogedor y morir en paz, sin que nada les perturbe. En su opinión, puesto que ningún demonio interior les atormenta, el resto del mundo les dejará tranquilos. Se equivocan de cabo a rabo. Es precisamente lo contrario. El horizonte de los pueblos sin historia, es decir sin demonio interior, está ensombrecido por la política extranjera. Viven bajo la presión de una amenaza permanente y disfrutan de la libertad con terror. No pueden o no quieren ser fuertes. También la historia es implacable con ellos: les utiliza y los humilla en virtud del derecho del más fuerte. Los pueblos débiles no tienen destino y su vida es una caída inevitable, que no inspira el menor lamento. Las guerras que pierden están dentro del orden de las cosas y su vencedor no tiene porque reprocharse el exceso de fuerza.

La guerra adquiere un carácter dramático (no se cruza el hierro, lo que se afronta es los destinos) si estalla entre un pueblo con la fuerza envejecida, consecuencia del desgaste de las habilidades del poder y de la perfidia, y un pueblo en plena ascensión, que quiere convertirse en potencia. Lo que no es asunto de las débiles, pues su desaparición, lejos de ser una pérdida, expresa el ritmo ascendente de la humanidad. La historia no es una lucha entre naciones poderosas y débiles, sino entre naciones fuertes y menos fuertes. *Las desigualdades en el seno del poder* determinan

las variaciones históricas. Las fricciones y desacuerdos se producen si no se está en el mismo nivel en el marco de un mismo valor. El combate por la hegemonía no tendría sentido de otro modo. Una nación no se vuelve grande afirmando su superioridad sobre las pequeñas, de poca importancia. El origen de su grandeza no reside en la inferioridad de otra, sino en la ínfima diferencia de sus fuerzas. La historia es una batalla de fuerzas, en el sentido más general: fuerzas materiales, espirituales, biológicas. Solo tiene un significado el concepto de fuerza total, es decir la expansión ilimitada en todos los planos. La guerra sería una tontería — dicho de otro modo sería menos lo que es: un crimen *esencial* — si no implicara totalmente la idea de fuerza. Es por esta razón un fenómeno constitutivo de la historia. Mejor todavía: *las guerras se deciden en las encrucijadas de la historia lo mismo que las revoluciones se deciden en las cumbres.*

Pienso que no hay nadie que no esté de todo corazón en contra de la guerra; del mismo modo, pienso que no hay nadie que no reconozca que es inevitable. No es fácil, desde un punto de vista teórico, estar en contra. Sería muy feliz si tuviera efectos prácticos. Me volvería el más ardiente de los pacifistas si pensara que sus protestas sirven de algo, pero, frente a las tristes fatalidades humanas, no puedo, estaría avergonzado. Supongamos que el hombre tuviera el poder de erradicar definitivamente las guerras. ¿Podría renunciar *al orgullo* que acompaña a todas? ¿Podemos imaginar satisfacciones más vivas para el amor propio que las que siguen a una declaración de guerra o a una paz victoriosa? Las batallas ganadas nos hacen olvidar todo. Y hay más. Cada guerra entra en la memoria normal de los hombres. ¿Alguien ha pesado alguna vez en el caso individual de un soldado cualquiera muerto durante una campaña napoleónica? ¿O en los hombres que *murieron* durante las cruzadas? La guerra es un crimen histórico que la humanidad acepta siempre *después* de haberlo cometido y del cual las naciones hacen un espejo de aumento; es, por esta razón, la cuna de la megalomanía nacional y resuelve de manera primordial los conflictos nacionales; las revoluciones resuelven, ellas, los conflictos sociales. *Todas las guerras son nacionales e indirectamente sociales; todas las revoluciones son sociales e indirectamente nacionales.*

La guerra y la revolución están hechas para la nación, pero ella no representa para las dos una finalidad central. Mientras que la primera define los contornos en el marco de una pluralidad de naciones, la segunda le da otra cristalización interior. Afirmando la primacía de lo social, la revolución, aunque se mantenga en el interior de la nación, se muestra más universal que la guerra, que se desarrolla sin embargo fuera del espacio nacional. Por que se hacen en nombre de ideas que superan la nación, las revoluciones tienen una validez superior a las guerras, que extraen su vitalidad de la inmediatez nacional.

Para que una revolución sea el coronamiento de una nación, debe ser imaginada y preparada ideológicamente durante siglos, a diferencia de las guerras, que no tienen necesidad más que de circunstancias y crisis pasajeras. Es por eso por lo que *una nación no puede hacer más que una sola gran revolución*, mientras que hay guerras en abundancia. ¿De dónde viene la superioridad de las revoluciones? En Francia, la Revolución es el sol en comparación a los astros lejanos que son las guerras. Sirve lo mismo para Rusia, segundo hogar revolucionario de Europa. En razón de las huellas dejadas en la conciencia europea, un solo día de la Revolución francesa tiene más peso que la guerra de los Cien Años. La revolución entroniza un nuevo mundo de ideas y una nueva estructura social — la guerra intensifica o debilita el sentimiento de potencia nacional, según se salde con una ganancia o una pérdida de territorio. La revolución aboca a una nueva respiración — la guerra a un nuevo ritmo.

No existen profetas de la guerra y nadie vierte su sangre por el derrame de sangre mismo; la revolución está precedida por un profetismo frenético. Tiene su mística; la guerra no. Los hombres *se preparan* para la guerra, aunque *no la quieran*; el mundo de los desheredados se prepara entero para la revolución, la quiere. Las guerras son soluciones temporales, sino no se explicaría su frecuencia. Después de cada guerra, los hombres deciden que es la última. No se habían hecho la pregunta antes. Ninguna da a una nación plena y entera satisfacción. Por lo tanto, es suficiente para que sigan sin respiro.

Es incontestable que revisten formas más duras y más extrañas que las revoluciones. Se muere en ellas en un número más grande, los estragos son peores. Sus *consecuencias* son sin embargo de una importancia y de una duración menores.

La guerra permite a las naciones verificar su fuerza, pero no incrementa sensiblemente su conciencia. La revolución lleva al punto más alto de su toma de conciencia. Pero no es la esencia del fenómeno revolucionario, no es lo que hace su diferencia cualitativa. Su especificidad reside en su carácter social. *Las masas toman conciencia de sí mismas*, en el grado correspondiente a la realización de su poder. Si se ignora el fenómeno que representan, no se puede comprender nada de la estructura de la revolución.

Una revolución auténtica debe agotar el sentido social de la nación. *No es una revolución la que no cambia esencialmente la estructura social de la nación.*

La guerra, que instaura el arbitrio, puede modificar las relaciones de propiedad durante más tiempo que su duración. Pero, en razón de su estructura, no cambia *el sistema*. Las injusticias y las desigualdades pueden ser peores que antes. La justicia social no ha sido jamás la preocupación del militarismo. Los socialistas tienen el derecho de odiarlo, pero no pueden desgraciadamente suprimir las realidades que le salvan, sin por tanto justificarlo.

Una revolución que no cambie las relaciones de propiedad sería una mascarada. Si no triunfa sobre las desigualdades, será un sinsentido. Hacer la revolución reclamando únicamente un principio nacional sería muy poca cosa. Son las masas quienes la hacen, primero por ellas mismas y después solo por la nación. Si su nivel social se eleva, el nivel de la nación lo hará también, indirectamente.

Todas las revoluciones se hacen de abajo a arriba. El cortejo de las masas es uno de los espectáculos más dramáticos que la historia puede ofrecer. Los rostros pálidos por el hambre, magnificados por la miseria, aureolados de una santidad criminal, son las bases sobre las cuales, desde que el mundo es mundo, se ha construido un orden nuevo. Todas las revoluciones han estallado en nombre de los miserables, contra la miseria. Según una cierta concepción de las constantes de la vida, la miseria sería indisociable de la condición humana y su eternidad invalidaría todos los esfuerzos revolucionarios. O, las revoluciones no tienen otro sentido que el de socavar el edificio secular de la miseria, de arruinar el templo que la imbecilidad humana le ha erigido. Tienen su origen en el vientre, y el espíritu para los fines últimos. El hombre que vive en la miseria sin tener espíritu revolucionario es el último de los idiotas de la tierra. No es apto para la desesperación, el punto de apoyo permanente de las revoluciones.

La humanidad, dividida en explotadores y explotados, presenta el más desesperante de los dualismos, la más dolorosa de las discordias. Esta situación es todavía más desgarradora porque nos encontramos con personas que atribuyen cualidades, méritos, virtudes a los explotadores, que explican su ascensión por su valor y la caída de los explotados por su deficiencia. Los grandes poseedores de la tierra, que se aburren mientras los demás enjugan su sudor, constituyen una categoría humana que permanece indiferente y feliz ante todos los miserables del globo. Los pobres son la única fuerza del universo. Tienen que ser bestias o locos para autorizar la felicidad al lado de ellos.

Las personas dotadas, talentosas, se consumen en la miseria y la enfermedad, las cabezas pensantes quemán su energía en utopías, para que los ricos puedan soñar. ¿Y quiénes son los ricos? Incapacitados para la felicidad, estériles y hastiados, castrados y repugnantes. El mundo está tan injustamente organizado que uno podría volverse loco si piensa en el modo de reparto, en las desigualdades sistemáticas y universales. Si la justicia social fuera mi única obsesión, estaría perdido. No comprendo que haya socialistas que sean profetas sin volverse locos.

La pasión del absoluto es, en esta vida mezquina, el camino a la ruina. Cada revuelta cava un agujero en el cual es mejor arrojarse, antes que perder el alma como dulces rebaños del Señor. Todos los sabios de la tierra deberían ponerse de rodillas ante una sola explosión de revolución desesperada. Ivan Karamazov, yo también, ¡no acepto el mundo!

Un cambio esencial de la estructura social no puede ser concebido sin justicia. *La idea socialista es imperativa en toda revolución.* Es obligatoria para cualquiera que sea capaz y desee vivir. La explotación, en la que se complace la humanidad desde Adán, ha excluido a la inmensa mayoría de los hombres de la esfera de la vida. Las religiones les han enseñado solamente a morir. Los desheredados construyen templos desde hace miles de años para desaprender la vida. Todo el curso de la humanidad, desde los orígenes hasta el día de hoy, describe un punto de interrogación — un ¿hasta cuándo? — idéntico al de la historia universal. ¿Vamos todos a morir para mejorar su grafía? Si el instinto de propiedad pudiera ser arrancado del alma, deberíamos alegrarnos y no lamentarlo. Porque entonces todos los problemas estarían en vías de solución. Pero el optimismo no ha sido jamás la conclusión de la historia.

¿Qué han hecho por otro lado los hombres, desde que existen, sino inventar razones prácticas y artificios teóricos para justificar y consolidar la propiedad? Se han puesto en círculo alrededor de su círculo. Se han cerrado como una cerca concéntrica para que Dios mismo no pueda resolver el misterio repugnante de la posesión. ¿Si el instinto de propiedad no tuviera raíces tan profundas, se habría hecho tanto para perfeccionar el orden jurídico? ¿Y el espíritu normativo gozaría de tanta consideración si la propiedad no hubiera instituido desigualdades entre los hombres y los valores?

Desde el punto de vista de la justicia social, las formas revestidas por el instinto de propiedad gustan tanto al hombre como a las pérfidas fieras. Los que se adhieren con placer a la idea de propiedad deben admitir con no menos placer la división de los hombres en dos categorías malditas; los que poseen y los que no poseen. La pobreza nace de la propiedad, al igual que la riqueza.

Ignoro lo que podría hacerse en justicia contra la propiedad. El socialismo estático es una fórmula mediocre, el comunismo es demasiado mecánico y mucho más ilusorio. El colectivismo nacional, que da un valor a las soluciones abstractas gracias al correctivo concreto de la nación, se abrirá paso más rápido entre los irreductibles y las antinomias.

La propiedad parece ser una fatalidad, delante de la cual me inclino con disgusto. Ayudada por la bestialidad, el espíritu humano triunfa durante las revoluciones únicamente para atenuar los conflictos provocados y exasperados por su presencia en el mundo de la propiedad. Ahí reside el sentido profundo de toda revolución, lo que la distingue expresamente de la guerra. No existe guerra social, del mismo modo que no existe revolución... nacional. En relación al concepto propiamente dicho de revolución, siempre social, la idea de revolución nacional no puede representar una innovación, sino solamente un desplazamiento del centro de gravedad. Se llama nacional, por no decir local, una revolución que no está hecha en nombre de una idea universal y que se limita a un espacio geográfico e histórico dado. Es verdad que son las naciones quienes hacen las revoluciones e imponen así su idea histórica. Pero hace falta que sea de una gran envergadura para que una revolución lo sea también. De todas maneras, las naciones no pueden hacer revoluciones universales, porque están al servicio de ideas históricas restringidas. Mismamente la nación alemana no ha podido definir su destino como el sentido de un devenir universal. La revolución no es nacional más que en la medida en que exprese la voluntad de poder de una nación. Pero eso es accesorio para una revolución. Su esencia está en otra parte. Es innegable que la Revolución ha llevado a Francia a una cumbre de su conciencia nacional y ha satisfecho su deseo de poder. Pero tenía como sentido último el de liquidar el mundo feudal, toda la herencia que había definido a Europa durante siglos. Una revolución debe suprimir un sistema generalmente válido, que existe bajo formas variadas en todos los países, y reemplazarlo por otro, susceptible de ser recibido en el mundo entero, cualquiera que sea el nivel histórico de las diversas naciones.

En una revolución *puramente nacional*, es decir en una *contradicción en sus términos*, un pueblo afronta su suerte y se define únicamente en relación consigo mismo y para sí mismo, como si la revolución sustituyera a una guerra victoriosa, pero en ningún caso *la revolución*. Una revolución nacional no es más que un *fracaso*. ¿Se puede afirmar que el fascismo y el hitlerismo representan las cimas históricas de Italia y Alemania? No lo pienso. Estas dos naciones pueden mucho más. Quiero decir que no buscan solamente el *poder* sino también un lujo innecesario engendrado por el espíritu. El caso de Italia es muy significativo, tanto por las realidades que son el punto de partida de una revolución nacional, como por la teoría de las culturas.

No es uno de esos países en los que el destino tiene una perfección interior. Una perspectiva transhistórica muestra que ha evolucionado a un ritmo unilateral, sobre planos sucesivos. Ha entrado en la historia gracias *al espíritu*, y el Renacimiento ha sido su apogeo. ¿Pero por qué, desde un punto de vista *político*, presenta todos los caracteres de un país de segundo orden y se ha realizado tan tardíamente? Si hubiera estado destinada a ser una gran potencia, habría debido afrontar de inmediato la historia en todos los planos. La simultaneidad en las ofensivas caracteriza a las grandes potencias. El fascismo ha hecho por Italia más que decenios e incluso siglos de evolución política. La ha convertido en una potencia, pero no ha podido corregir sus vacíos y lagunas políticas. No posee el carácter de verdadera fatalidad que define a las grandes potencias. El fascismo no representa ni un movimiento mesiánico ni una voluntad de universalidad del pueblo italiano. *No existe una idea cultural italiana*, aunque exista una cultura italiana incomparable. Todo el mundo guarda a Italia en la sangre como un recuerdo, algunas veces como una herencia; nunca como una fatalidad. Sus lagunas explotaron por todas partes. El fascismo no ha asustado al mundo; la prueba: se ha visto como un movimiento de recuperación nacional. Las revoluciones de derechas son *históricas* y no sociales. El nacionalismo siempre ha tenido a la historia como obsesión.

Mientras que las revoluciones nacionales deben estar seguidas por una serie de reformas, sino no son revoluciones. La revolución de un gran pueblo será siempre grande; un pueblo pequeño puede hacer muchas, pero ninguna tendrá significación transhistórica. La Comuna no podía ser más que fallida, porque Francia estaba agotada por su Revolución, demasiado orgánica para que las demás tentativas no estuvieran condenadas al fracaso. No tenía necesidad de ella por otra parte. Una revolución exitosa es una fuente que refresca sin cesar. Una cadena de pequeñas revoluciones es un hostigamiento que acaba en un punto muerto.

Deudas del plano social, las revoluciones nacionales necesitan decenas de años para conseguir lo que un esfuerzo revolucionario logra en algunos días o en algunos meses. Ni el fascismo ni el hitlerismo han modificado las estructuras sociales. Pero cada uno han dado a su nación un dinamismo que palió algunas deficiencias de su visión social. Las revoluciones nacionales son de la historia, no de la política. La nación, el pueblo es por esta razón el objeto de su culto cotidiano. Si el fascismo resulta sin embargo menor con respecto al hitlerismo, es debido al exceso de grandeza del pueblo alemán, pero también al hecho de que reclamando al pueblo como origen, el hitlerismo es más mesiánico que el fascismo, que atribuye *al Estado* una existencia y un valor centrales. Por otro lado, Italia sufre un gran vacío histórico, que Alemania no ha conocido jamás hasta tal punto. El fascismo no puede rehabilitar varias decenas de años de periferia política. Ha llegado tarde; demasiado tarde.

De un lado las revoluciones francesa y rusa; del otro las revoluciones italiana y alemana. Esta oposición no depende de los matices, sino de una diferencia cualitativa. Solo las primeras llevan la marca auténtica del espíritu revolucionario. Comparadas a sus ideas y a la sangre que han vertido, el fascismo y el hitlerismo no son más que simples golpes de Estado. Alemania es un país no revolucionario. La *Weltanschauung* (*Visión del mundo*) aleja al hombre de la pasión por el mundo de las apariencias, sobre el que se erige el espíritu revolucionario. La metafísica está en las antípodas de la revolución. Italia ha tenido

una cierta tradición anarquista. Pero, para un revolucionario positivo y dotado de espíritu político, el anarquismo es, bien considerado, tan reprochable como su reacción, porque rechaza la organización, esa divinidad del hombre político. Fundada solamente sobre el esfuerzo individual y sobre una condición a-histórica, indecisa entre el optimismo más ridículo y el pesimismo más sombrío, la anarquía es una flor del espíritu sin raíces en el mundo. Se podrá, reflexionar, que la idea libertaria de una felicidad terrestre fuera de toda ley y de toda forma expresa una visión optimista. La visión final de la historia, tal como la concibieron los anarquistas, es de color rosa y adorable. Pero la pregunta que cualquiera se ha hecho al contemplar a fondo la miseria humana: ¿cómo es posible equivocarse, ilusionarse con tanta inocencia? El Estado debería emplear a los libertarios como encargados de vigilar las estrellas. Se convertirían así en una especie de propietarios...

Cuando pienso en los anarquistas, recuerdo las palabras de Joseph de Maistre, que el verdugo era la piedra angular del edificio social. La sociedad forma un organismo tan rígido y exige del individuo tantos sacrificios que no es extraño que los hombres hayan concebido la libertad como un ataque contra todas las instituciones. Pero resisten, precisamente porque son el nervio de la sociedad. Siguiendo con Joseph de Maistre, en *Del papa* (leyendo esta apología, se desea ser papa aunque no sea más que un segundo, para poseer su seguridad teórica universal), escribió que tres pruebas, *el silogismo, el cadalso y el epigrama*, testimonian la vitalidad perdurable de las instituciones y su resistencia. ¿Puesto que no parecen haber perdido gran cosa en la batalla, por qué no admitir su presencia y alcance en toda la historia? Las anarquistas tienen en contra hasta el futuro, el único que podría legitimarlos bajo el ángulo de la metafísica. Creen que, habiendo rechazado el mundo, podrán hacer otra cosa. Quieren construir *la vida* bajo una renuncia total de sus formas. ¿Cómo no se han dado cuenta de que también están contra ellos los mediocres, los verdaderos reyes de la tierra? Los imbéciles han organizado la vida para convertirla en una ciudad prohibida al espíritu. Un Stirner o un Bakunin ven una afrenta contra ellos esta vida mediocre y eterna, que nos separa del conocimiento y nos aleja de la tristeza.

Una revolución permanente, pero meditativa, no podría a la larga más que empujar a odiar a los ricos y despreciar a los pobres. Desde el momento en que los hombres han sido divididos así y lo aceptan de mejor o peor grado, ¿por qué no perdonar a los que poseen y no excusar a los que no poseen? En un mundo de pobres, los ricos son criminales y los pobres imbéciles. Todos culpables, no hacen, más que por vías o medios diferentes, que agravar la desolación del mundo. El cristianismo ha prometido el paraíso a los pobres y ha amenazado a los ricos con el infierno. ¡Mételos, Señor, a todos juntos en tu reino, donde se reconciliarán quizá pues ya no tendrán — parece ser — nada de que discutir! ¡Y a mí, déjame eternamente aquí abajo, para que encuentre un argumento favorable al Estado anárquico!

¿Qué queda de Rumanía, confrontada al fenómeno revolucionario? Del mismo modo que no hemos iniciado guerras, solo hemos resistido a invasiones, no hemos hecho revoluciones, solamente insurrecciones. Un pueblo de levantamientos, abrumado por su miseria interna y externa, privado de un amplio soplo revolucionario. Ejemplo extremadamente significativo, Avram Iancu, la figura revolucionaria más simpática de Rumanía, se extinguió en la melancolía, desenlace brillante para un poeta, pero comprometedor para un revolucionario. Del resto, todos nuestros movimientos de carácter revolucionario, ya sea el de Horia o el de Tudor Vladimirescu, han fracasado: no han tenido consecuencias y no han sabido crear una tradición revolucionaria. ¿Qué habría podido hacer la revolución? ¿Un paisanaje buceando en la noche más siniestra? ¿Y contra quién? ¿Contra una nobleza tan estúpida que su aniquilamiento no valdría ni una gota de sangre de los campesinos rumanos? Las aristocracias son generalmente de origen extranjero, pero nosotros hemos tenido la desdicha de ser dominados por el más superfluo y el menos mesiánico de los pueblos, los Griegos. No teniendo nada que hacer, se convirtieron en comerciantes o nobles en Rumanía, para nuestra desgracia. Todos los crápulas de la tierra han hecho un círculo alrededor de Rumanía.

Otto Weininger, animado por un odio inusitado contra su raza, afirmaba que los judíos eran un pueblo sin integridad moral porque no habían tenido aristocracia. Objeción nula si se considera que eso no les ha impedido conquistar el mundo. En cuanto a la integridad moral, precisemos que la aristocracia no ha dejado en la conciencia de los pueblos más que un estilo exterior, no una actitud ética bien cristalizada. Como quiera que sea, la nuestra representa un capítulo vergonzoso, que se cerró más pronto de lo que presagiábamos. Habríamos hecho mejor desarrollándonos en el mundo a la manera de los judíos, sin nutrir el orgullo estúpido de una nobleza nula. Nuestros ancianos boyardos no merecían por sí mismos el sacrificio de los campesinos. En lo que se refiere a la burguesía rumana, ha aparecido tan tarde que continúa todavía viviendo su época heroica. Ha sido nuestro único elemento revolucionario. También el liberalismo ha acumulado tantos títulos de gloria que no puede rechazarse sin hacerse rechazar por la Rumanía moderna.

La revolución supone una vieja angustia ideológica de al menos un siglo. ¿La poseemos? Absolutamente no. Lo que existe en Rumanía desde largo tiempo atrás, es una angustia nacional que, aunque tenga causas menores, no estaba desprovista de cierto dramatismo. Rumanía no está madura para una gran revolución de gran estilo; pero parece madura para una gran sacudida nacional y reúne todos los elementos que forman el concepto moderno de revolución nacional. Quiere tomar posesión de sí misma en un movimiento colectivo, definirse en una toma de conciencia. Cualquier otro método conduciría a la pérdida de nuestra individualidad. Como no somos capaces de luchar por una idea universal, y todavía menos crear una, una revolución universal nos pondría en el remolque de las grandes naciones. Adoptar las ideas bolcheviques nos transformaría automáticamente en colonia rusa, ideológicamente primero, después nos convertiríamos en esclavos políticos. La fórmula universalista es la solución de vida y el modo de respiración de las grandes culturas. Venida del exterior, *insuflada*, aniquila a las pequeñas, que resultan no aptas para una idea universal. Es por eso que las revoluciones nacionales son el único refugio de las culturas pequeñas, si quieren mantener su diferencia en el mundo.

La revolución nacional mostrará en Rumanía todas sus ventajas y todos sus inconvenientes. No olvidemos que nuestros nacionalistas no tienen prácticamente programa social, ni concepción económica, y creen que la xenofobia es la llave de todos los problemas. Quien quiera entender el sentido de nuestra revolución de derechas debe pensar en todos los manifiestos que hablan de lucha contra *los enriquecidos*; jamás contra *los ricos*. Esta diferencia, aparentemente un simple matiz, pero que de hecho expresa una distancia inconmensurable, explica porque la revolución nacional no cambia radicalmente la estructura social de un país. Dicho de otro modo, un hombre que se enriquece *bajo nuestros ojos* es condenable, mientras que el que hemos encontrado rico, que no conocimos cuando no tenía nada, habría hecho fortuna legalmente. He aquí una concepción desastrosa, de la naturaleza capaz de provocar un inmenso dolor teórico. ¿Vale la pena todavía hacer la revolución por tan poco y se puede construir un orden nuevo sobre una visión aproximativa y dudosa? ¿Por qué ciertos nacionalistas rumanos, y desgraciadamente otros también, piensan que el desarrollo de la nación es compatible con las desigualdades flagrantes? El nacionalismo se ha vuelto una marmita en cuyo extremo está la miseria. O, no era una necesidad. Se oirían palabras abominables si ciertos nacionalistas verbalizaran el fondo de su pensamiento: “¡Morid, ciudadanos, para que triunfe la patria!” La grandeza de la nación se paga caro.

La responsabilidad recae en una visión estrecha que hace de la revolución nacional un puro impulso, lo que es significativo en el plano psicológico, pero no sobre el plano práctico. ¿Qué mueran los individuos y qué triunfe la nación? En tiempos de guerra, todo *no* es una traición. Pero en tiempos de paz, si el dilema es irresoluble, mejor que mueran la nación y los individuos.

Los nacionalistas tendrán que vencer un gran número de prejuicios y comprender que no harán una aparición honorable ante el mundo en tanto que no encuentren una salida al estado paradójico en el cual se complacen. La idea colectivista y la idea nacional son compatibles. Son las corrientes de izquierda, internacionalistas porque tienen múltiples intereses, y numerosos nacionalistas inconscientes que sostienen lo contrario. Pero estos últimos olvidan, cuando refutan la idea colectivista, que la ideología socialista tiene argumentos en cantidad para justificarla y consolidarla y que, dándole la espalda, caerán sin remisión en el vacío absoluto. Además, como el nacionalismo no posee un armazón teórico, *el corazón es la única ideología de la revolución nacional.*

Un movimiento nacional que no ha tomado prestado del mundo socialista todo lo que tiene de fecundo y de vivo no ha traspasado el patriotismo, que es quizá una visión moral, pero no una visión histórica, y todavía menos política.

Rumanía no perderá su momento revolucionario. Pero, si su revolución no traspasa los límites inmanentes de nuestra mediocridad autóctona y no da a nuestro país una dimensión superior a su condición natural, nuestro nivel histórico no se elevará y nos revelaremos todavía más superfluos.

Un pueblo está presente en el mundo si constituye un peligro. Según la amenaza que represente, así se juzga su capacidad política. No vive verdaderamente si su respiración no es una intervención permanente en el ritmo universal. Y las revoluciones le vuelven todavía más peligroso, haciendo de él un nido de contaminación ideológica.

¡Felices los pueblos que han triunfado en ser un peligro para el mundo! ¿Tendremos la felicidad de convertirnos en uno de ellos por nosotros mismos?

VI

EL MUNDO DE LA POLÍTICA

I

La historia no sigue un camino ya trazado, no es tributaria únicamente de un impulso original. Una necesidad interior se agita permanentemente bajo todas las formas de vida y de cultura. ¿Cuáles son los medios de desarrollo de la vida histórica propiamente dicha? ¿*Cuál es su instrumento?* El arte para algunos, que han imaginado una justificación estética a la historia, la ciencia para los demás, que han limitado su horizonte al positivismo. Invenciones de filósofos y de otros fabricantes de ilusiones, estas ideas no reposan sobre ninguna base real. Los pensadores se figuran que la marcha de las cosas tiene una relación cualquiera con los vuelos del espíritu o que la realidad podría elevarse a la altura de la espiritualidad. Cuando escuchamos a un filósofo espiritualista evocar inocentemente el proceso de espiritualización creciente de la realidad o una solución espiritual definitiva para el conjunto del mundo sensible, uno se pregunta, si han marchado con los ojos abiertos entre los mortales, en este mundo que se muere: ¿a qué vienen estas elucubraciones, por qué tanta delicadeza meditativa en el cerebro y el corazón de ciertos hombres?

Los filósofos razonan como si la política y los hombres políticos no existieran sobre la tierra, como si *la política* no fuera un aspecto central de la vida, el verdadero *instrumento* de la historia.

Una historia del *espíritu* no es la *historia*. Engloba una realidad mucho más vasta. Aunque haya componentes que no participen del espíritu en un cierto grado, los elementos biológicos y espirituales no se distribuyen según un equilibrio armónico. Es *la sangre* quien triunfa en el hombre político. ¿Eso significa que este último no sea de ninguna manera una realidad espiritual? No, pero no es constitutiva de su ser. Para él, el espíritu es un lujo necesario, como lo es la sustancia para el artista.

Las filosofías que tienen la espiritualización total gracias al coronamiento final del devenir son injustas con la política. Ellas la ven como un *rellano* primario en la evolución del espíritu y no como una forma esencial de la historia, una forma constitutiva, paralela a las últimas alturas del espíritu y coexistiendo con ellas. La política – entendiendo por ella tanto sus valores como el hombre político – se enraíza en la vida mucho más profundamente que el espíritu. Pues la política expresa y sirve a los valores vitales, mientras que lo espiritual crece durante los respiros de la vida.

La concepción monolineal de la historia admite un solo principio absoluto y a él le sacrifica todos los contenidos reales y concretos. Idealismo y positivismo han maltratado el devenir a cual más mejor. No es el idealismo quien ha hecho comprender la historia a Hegel, es un irracionalismo oculto, pero presente en toda su obra. Comparad su inteligencia histórica y la perspectiva positivista de Auguste Comte, y notareis la debilidad teórica de éste, y la riqueza de matices del otro.

La historia y el irracionalismo no son términos idénticos, sino correlativos. No se encuentran sin embargo más que en la periferia, tangencialmente. La ética, la axiología, el racionalismo determinan un mundo por encima del porvenir, una esfera del espíritu normativo que derrama, cada vez que puede, la inestabilidad agresiva del futuro. El espíritu normativo se encierra, con todos los valores de donde extrae su anemia, en una región extraña a la vida y trata de imponer formas que no acepta más que para abandonarlas.

Los valores, en razón de su tendencia a la autonomía, se constituyen en zona separada de la vida y, habiendo así creado su base racional, pierden su base vital. De tal forma que no existe en el fondo una axiología racionalista. La ética se siente bien solamente bajo fundamentos racionalistas. El vitalismo, poniendo el acento sobre la inmanencia, ha suprimido el dualismo, es decir las bases teóricas de la ética. El devenir ha sido así reintegrado en sus derechos, o dicho de otro modo en su vocación, que consiste en crear y destruir de manera irresponsable.

Todas las concepciones de la vida que ponen de manifiesto el sentido inmanente hacen un gran hueco a la política. No hay, después de lo económico (que es en el fondo su esclavo), un dominio que presente con mayor ventaja que él el carácter de estar en el mundo.

La inmanencia de la política explica porque las almas llenas de ardor religioso, es decir ardiendo de deseo de *salir del mundo*, han despreciado el fenómeno político y lo han visto como una preocupación y, sobre todo, como una tentación muy ligada a las pasiones y a las vanidades de la tierra. No hay más relación entre la religión y la política que entre un santo y un burgomaestre. El hombre ha estado siempre más a gusto en posición de soldado que de ángel. Eso significa que renuncia a la felicidad...

Si es empujado por fuerzas instintivas y responde a la voz de la sangre, el hombre político no puede ser más que el prisionero voluntario de este mundo, que se encuentra bajo el imperio de la sangre. Cuanto más se adhiere a este mundo, más político es.

Las ganas de dominación propulsan a un hombre en la política cuando se concentran y se organizan en él con vistas a su ascensión individual hacia un fin colectivo. Ligándose a un interés objetivo, los intereses personales los más depredadores de un arribista determinan la configuración del hombre político. Aquellos cuyos instintos vigorosos no correspondan a tal interés no serán jamás más que tiranos o, en el mejor de los casos,

aventureros. La cuestión persistente que se hacen los ciudadanos ordinarios – ¿cómo la mayor parte de los hombres políticos pueden estar tan corrompidos, interesarse tan poco en los asuntos de la ciudad y tanto en sí mismos? – tiene una respuesta más simple de lo que parece. Ciertos hombres tienen *únicamente un impulso político*, que no se desarrolla y actúa más que en función de sí mismo. Los actos públicos les interesan solamente como *marco de su gusto* político. La frecuencia de brotes políticos de este tipo es mucho más grande de lo que se piensa. Los hombres políticos lanzados con profusión por la democracia pertenecen a ese género de egoístas menores que aspiran a la celebridad y que rápidamente caen en el anonimato más oscuro. Dando a todos los ciudadanos la posibilidad de participar activamente, en un cierto sentido, a la vida pública, el régimen democrático y su sistema parlamentario han incrementado la mezquindad política y la megalomanía de cada uno. Resultado: la democracia ha revelado toda una serie de talentos políticos, pero, a escala mundial, solo dos o tres genios políticos. Un gran genio político debe ser por excelencia un *dominador*. El que sabe, sin poder mandar, no va a ninguna parte. Porque admite un control y una intervención exteriores en los actos de los jefes, la democracia anula su prestigio mítico y le sitúa entre los simples mortales, explica su ascensión solo por la *suerte*. El flujo y el reflujo de los elegidos no son interpretados en función de una llamada intrínseca al hombre, sino en función de circunstancias exteriores accidentales. Clemenceau ha sido el último gran hombre de la democracia. Pero, ironía significativa, ha puesto en valor su genio gracias a un régimen casi autoritario y su luz se ha elevado sobre las sombras con que la guerra recubrió la democracia francesa. Tenía todas las cualidades del gran dominador: el amor desenfrenado de la comunidad, pero el desprecio de los hombres; el cinismo de la fuerza; la cultura del éxito y del riesgo; ningún temor frente a la tragedia; ni ningún remordimiento. Todos los grandes

dominadores que han tenido problemas éticos han perdido su destino político e histórico. Carlos V acabó en el convento de Yuste, Extremadura, en un retiro voluntario. Sus dudas precipitaron el crepúsculo de la hegemonía española, tanto como la precipitaron las obsesiones religiosas de su sucesor, Felipe II. En cuanto a Felipe III, fue todavía más lejos, fue un maníaco religioso. A causa del interés de sus reyes por otros mundos, España se ha ido al desagüe, las puertas de la gloria se han cerrado definitivamente para ella.

¡Imaginemos a un César o a un Napoleón atormentado por cuestiones morales o religiosas! Bromas aparte. Habrían dudado de su estrategia, seguro. ¿Pero cuál es el día, para que lo marquemos en nuestras tablas, en el que han pensado en una sola gota de toda la sangre vertida por su gloria, o en el que han lamentado las manchas rojas sobre su aureola? Dudar no es digno de conquistadores.

Los hombres políticos de todos los tiempos se parecen más que lo que se parecen sus contemporáneos en los instintos y en las ocupaciones más diversas. Un jefe de tribu africano *se siente* más próximo de Napoleón que de Beethoven, aunque este último le haya *comprendido* más de lo que merecía. Entre Lenin y César hay más afinidades que entre Lenin y cualquiera de sus contemporáneos... escritores. La concepción tipológica de la historia nos enseña que estamos todos condenados a ser lo que somos. Si, como me inclino a pensar, el mundo ha conocido conquistadores que han “devorado” su pasión en el silencio de las bibliotecas, no impide que no fueran lo suficientemente “raciales” puesto que se han engañado de una manera tan esencial. En el fondo, los únicos que han equivocado su camino en la vida son aquellos cuyos instintos no estaban a la altura de su vocación. César no podía convertirse en un sabio, ni Napoleón en un poeta. ¿Podemos imaginar a un filósofo dictador? Un filósofo no puede ser más que... presidente. Lo que significa que el instinto político del hombre disminuye al mismo tiempo que su espíritu agresivo.

No se puede ser políticamente dotado si no se está inocentemente asimilado con el tiempo. La conciencia filosófica nace de una ruptura temporal. El hombre político vive en el tiempo como en una sustancia, de manera que *el momento* es su marco temporal. Del mismo modo que no se puede pensar sin estar en un cierto punto independiente del tiempo, no se puede actuar sin estar dependiendo de instantes efímeros. El terror inspirado por la nada temporal, el miedo hacia el vacío de los instantes, a su insustancialidad, profundizando la perspectiva meditativa. La aspiración política no ha sabido jamás de estas cuestiones, ni tan siquiera ha sospechado su existencia. El tiempo es una roca para el hombre político auténtico. Solo le pasa a los pensadores, pues su sangre no circula, ¿a qué podrían prestar atención, sino al tiempo que se desgrana? La esencia a-política del espíritu...

El hombre político no tiene necesariamente necesidad de un “horizonte”. Hablando con propiedad, no se encuentra jamás delante de principios, sino delante de hechos. Ningún hombre político debe pasar un examen de principios. Es por eso que su opuesto no es el artista, sino el *hombre teórico*.

La teoría es la enfermedad de la cultura moderna. La necesidad de encontrar una fórmula abstracta para cada situación, de justificar por el pensamiento todos los fragmentos de la realidad, es lo que ha secado la energía creadora y ha quitado al hombre un cierto sentido de los problemas. El exceso teórico supone siempre un agotamiento del soplo, del desarrollo irracional de la creación. El alejandrismo ha lanzado el tipo común de hombre teórico. El eclecticismo y la teoría hueca son una sola y misma cosa.

El hombre político y el artista no se encuentran más que en el fenómeno creativo. Los dos crean, pero sobre planos esencialmente diferentes. Lo que les distingue del hombre teórico, que se contenta con *constatar*; con establecer relaciones entre las relaciones; así su existencia no aporta ningún *valor añadido* al mundo. La ineficacia de la teoría es verdaderamente

desconcertante. Un efecto de gran síntesis teórica no vale lo que un poema inspirado o un gesto político audaz. Para la teoría, *la persona* no existe. Todo dominio del espíritu que elimine la *subjetividad patética* carece del menor encanto, no tiene nada de atrayente. El concepto de genio es difícilmente aplicable al hombre teórico; es el artista quien realiza la idea de una productividad infinita del espíritu. Como la existencia política supone que se alcance un paroxismo del individualismo y que se desafíe al mundo en nombre de los instintos, el concepto de genio viene a aplicarse también a la esfera política; la historia nos ha dado numerosos ejemplos.

Ejemplo elocuente, Goethe se entendió con Napoleón, pero no comprendió a Kant, mientras que admiró a Hegel sin conocerle.

Del alcalde de pueblo al César, cada uno está al servicio de los “valores” políticos. Sirven por la fuerza la idea de la fuerza.

Cuando un hombre tienen espíritu político, se ve en su manera de introducir elementos políticos en dominios extraños a la política. ¡Ignacio de Loyola, Lutero o San Pablo tenían tantos apetitos políticos en la sangre! Organizadores, animadores, emprendedores, la sed de dominar les devora. Los deseos celestes habiendo vencido en ellos, nutridos por la conciencia y la obsesión del pecado, les ha convertido en reformadores; y tienen la ventaja, sobre los hombres políticos, de haber cambiado el estilo de vida interior, no simplemente el estilo exterior. En sí mismo, el cristianismo es completamente apolítico. ¿Cuál es el capricho que les ha llevado a organizarse tan perfectamente en el mundo, a cristalizar en instituciones tan apegadas a la tierra? He aquí uno de los extraños misterios de la religión, en general: fija todos los objetivos de la vida en el más allá, pero termina por arraigarse irremediabilmente aquí abajo. Se diría que todas las grandes cosas comienzan por arrancarnos de la tierra, para atarnos a ella todavía más a continuación. El cristianismo ha pasado su examen de capacidad terrestre gracias al catolicismo, su

realización histórica más exitosa. Reyes y emperadores han envidiado a los papas. Quien no comprende el sentido del papado permanece extraño al espíritu político. Los papas han estado tan ligados a las vanidades de este mundo, es decir a las únicas realidades, que han defendido la cruz por la fuerza, como una excusa y no como una fe. No es muy difícil comprenderles. Comparecerán al Juicio Final cerca de los recaudadores, de los hombres de Estado y de todos los patrones del universo. En verdad, los ricos siempre han tenido demasiado espíritu político, y más si son numerosos sobre la tierra, entonces se agudiza. Los pobres solo lo han tenido durante la revolución: *es el examen que pasan ante la historia*. Ella sola actualiza su presentimiento político y les da una conciencia política, lo que significa darse cuenta de su fuerza y querer usarla.

¿Cuál es la “virtud” política por excelencia, quién genera el dinamismo y es el móvil activo de la ascensión? ¿Podemos imaginarnos un hombre político dulce, tibio y apagado? Sería una representación absurda. Un predador con los instintos aparentemente atenuados y mostrando mucho *estilo* en la crueldad, la encarnación de la “fiera” política. Si el amor es la virtud religiosa idónea, el odio es la virtud esencial del hombre político. Por amor a un grupo de hombres, odia a todos los que no forman parte de él. *Quien no sabe odiar apasionadamente no tiene instinto político*. Si no odiáis frenéticamente a todos lo que no os siguen, perderéis a lo que os quedan. El odio vivifica y tiendo a pensar que lanza una acción política no para salvar a un grupo humano, sino para destruir a uno, el de los descontentos. La fórmula célebre de Clausewitz – “la guerra no es más que la continuación de la política por otros medios” – no debe ser entendida en la interpretación marxista de Lenin, que vincula la guerra a la estructura de un sistema, sino en el sentido de que la política es un estado de conflictos larvados o declarados que culminan cuando la guerra estalla. La política representa una estructura antinómica permanente, en la cual la solución no es más que temporal, y su vitalidad surge de la presencia ininterrumpida del conflicto, de su inmanencia.

Un partido en un Estado y un Estado frente a otro muestran su fuerza según el peligro y la amenaza que representan. Su nivel político se nutre de su capacidad de agresión. Toda formación política tiende a la dominación exclusiva. La coexistencia, en una democracia, de tantos agrupamientos y corrientes es un signo de castración general. La dictadura es la solución natural inevitable para poner fin a la concurrencia política insensata propia de la democracia.

En cualquier sistema político, dictatorial o democrático, el “partisano” lo es todo. Quien se revuelve contra el sistema en nombre de los “valores objetivos” no ha comprendido nada del carácter dramático de todas las políticas. Tanto para un “político” (democracia) como para un dominador (dictadura), el partisano más humilde tiene más valor que el adversario más ilustre. Toda lucha elimina la idea de los valores objetivos. Como ella tiene *la victoria* como fondo tráfico, la política cualquiera que sea, no solamente la de gran estilo, mide *los destinos no los valores*. Vencer es el único valor. En política, no hay idealismo, solamente pragmatismo.

Para el hombre político auténtico, la moral es un lujo peligroso. Keyserling ha enseñado que la política es siempre maquiavélica. Aplica métodos que corresponden a las zonas subterráneas del alma, de donde ella ha salido. En el fondo, todo lo relativo al dominio de la acción es maquiavélico. Un hombre que se pelea quiere vencer por todos los medios; una vez “llegado”, quiere mantenerse igual. Quien no procede así es un perdedor. El hombre político tiene el poder como fin. Sacrifica todo a este ídolo.

El odio es la fiebre del hombre político. Allí donde hay combate, hay odio. Se pueden realizar muchas cosas en nombre del amor, a condición de que el odio sea activo contra todas las formas que excluye de su esfera. El odio que el cristianismo desencadena en sus comienzos es verdaderamente aterrador. Los primeros cristianos odiaban el mundo pagano más que lo que amaban el reino de los cielos. ¡O la avalancha de odio desatada

por la idea de la lucha de clases, en nombre de la solidaridad y la justicia! El proletariado moderno es un volcán de odio en el que las erupciones son los pasos que conducen al poder. *El odio es la virtud política por excelencia*. Quien sostenga lo contrario olvida que el mundo no se ha dividido en tantas partes más que para impedir la desaparición del odio. El pluralismo es su base metafísica. Justifica la individualización, sin la cual sería inconcebible. Los metafísicos monistas, de los Indios a Schopenhauer y Eduard von Hartmann, han teorizado la anulación del individuo gracias al amor universal. Pero, sin el odio, no veo lo que podría seguir sucediendo en la tierra.

Los adversarios son la voluptuosidad del hombre político. Cuanto más importante es, más enemigos se crea. Lo que es válido para un ministro en democracia tanto más para un dictador. La complejidad de una personalidad debe apoyarse sobre una idea no menos compleja. Lenin, Hitler y Mussolini quedarán en la historia no solamente a causa de su personalidad, sino igualmente a causa de las crisis ideológicas y morales que han provocado en la humanidad. Si una idea política no tiene repercusión fuera de su círculo de validación y aplicación, si no traspasa el espacio para el cual ha sido creada, diseñada, no tiene ningún valor histórico. Si no hubiera planteado tan categóricamente el problema judaico, si no hubiera aportado una solución a un problema universal, el hitlerismo habría interesado menos al mundo. Lo mismo sucede con su hostilidad hacia el cristianismo y el bolchevismo. Alemania no es universalista; pero resuelve sobre el plano nacional cuestiones universales y representa así una suma de soluciones específicas y originales.

Si quiere ser registrada en la historia, una corriente de ideas que posea una expresión política debe contener conflictos en germen y actualizarlos durante su evolución.

Evitar los conflictos es el signo de una deficiencia y de un horizonte histórico limitado. Una personalidad que no es una

crisis para toda conciencia participante en la historia, no es una solución directa de los problemas candentes de la actualidad, es un remolino superficial. Puesto que está hecha por gentes de instintos ávidos, la política debe desencadenar conflictos equivalentes a la agresividad instintiva. Porque *el plano teórico* tiene en el mundo político una significación totalmente diferente que en otros ámbitos. Una idea política no debe ser “verdadera”; ningún control teórico puede anular su eficacia si es fecunda. El fetichismo temporal de la verdad conduciría a la ruina real del hombre político. Su reflexión se reduce a esto: tengo razón; mi adversario, no. Lo que explica que el partisano siempre tenga una mayor cantidad de verdad que el enemigo más dotado.

Ciertos teóricos reducen la esencia de la política a los términos enemigo-amigo, lo que la explica abruptamente, pero totalmente válida si se trata de una dictadura, que representa una exasperación de la política. Cada dictadura es una guerra camuflada, incluso si no se manifiesta en conflictos con otros Estados. De todos modos, la dictadura es ante todo la guerra de un Estado contra sí mismo. Entre la democracia y la dictadura, hay primeramente una diferencia de ritmo. Mientras que la primera tiene una respiración pausada, la segunda es activa hasta la asfixia. En democracia, *el Estado* tiene un carácter neutro, *la sociedad* lo es todo. De ahí la distinción tan categórica entre Estado y sociedad, propia de la ideología democrática en general. Es verdad que la sociedad tiene una esfera más vasta que el Estado y engloba una multiplicidad de elementos irreductibles a la estructura abstracta del Estado. La sociedad es un todo viviente que no tiene *forma* hasta que el Estado no le da una. Su elasticidad demasiado grande bajo los regímenes democráticos deriva de la neutralidad, de la no-intervención del Estado. Reducido al rol de principio regulador exterior, se convierte en una abstracción que se parece a la vida. El socialismo francés ha diferenciado al máximo sociedad y Estado, mientras que la

mística del estado del romanticismo alemán los confunde. Los socialistas han hecho sus chismes con la distinción operada por Hegel entre la sociedad civil y el Estado. O, tenía una concepción mecanicista de la sociedad civil, en la cual veía una suma de voluntades individuales que solo tenían realidad y sentido en la unidad sustancial del Estado. Comprendía la sociedad tan poco y el Estado tanto que, en sus escritos de juventud, decía que la tiranía era preferible a la anarquía porque se realizaba en medio del Estado.

Una sociedad entregada a sí misma, que no otorga al Estado más que una significación jurídica, pierde rápidamente su *centro*, su núcleo. Se transforma en antihistórica y centrífuga. La atomización social es la consecuencia ineludible de una democracia consecuenta. No subsiste una sociedad solo con *individuos* dispersos, que no participan de un sentido colectivo. La estructura de ciertas sociedades les impide ser demócratas. Este es el caso de Rusia, donde la sociedad está perdida desde que es libre porque está privada de límite interior. También el bolchevismo reúne en su seno dos extremos en una síntesis incomprensible para Occidente: democracia extrema y autocracia. La democracia tiene ciertos presupuestos psicológicos que no se encuentran en todas partes. Y allí donde están ausentes, no es creadora. Ha creado todo un estilo histórico en Inglaterra y en Francia – que se deleitó en su época democrática, y se encuentra ante un vacío asombroso. Por contra, no ha beneficiado a Alemania que, sin un Estado autoritario, lo *Formlosigkeit (Informe)* del alma alemana se hundió. Alemania jamás ha conocido una época democrática heroica. En comparación con Alemania y Rusia, Rumanía se muestra mucho más natural en democracia, aunque nunca haya tenido demasiada consistencia. Rumanía, tiene el mérito de haber liberado energías superficiales y de haber acunado las ilusiones políticas de sus ciudadanos hasta el último. Que, en el futuro, la democracia deba ser destruida con el fin de que Rumanía no desaparezca, es un lugar común, pero no

un imperativo. Conviene mirar con cierto asombro a los que, movidos por un nacionalismo mal comprendido, toman la introducción de la democracia en nosotros como una calamidad sin igual. Para un pueblo oprimido desde hace mil años, era una necesidad vital. Da un soplo profundo *al individuo*, pero no a la nación. Sin embargo, después de tan largas tinieblas, Rumanía tenía necesidad no de una aceleración de su ritmo, sino de una renovación del individuo, de un movimiento libre y arbitrario, de la fantasía y del capricho que constituyen el encanto indiscutible de la democracia. Sí, como salida a una tiranía milenaria, hemos entrado en un régimen autoritario, es que todos nos hemos vuelto idiotas, autómatas oficiales, cretinos balcánicos. Es verdad que la democracia ha vuelto a Rumanía tan flácida que la ha convertido en un elástico que puede estirar el primer llegado. Pero es fatal. Fatal que Rumanía no se cree un sentido y una vocación en el mundo, que permanezca como un país provinciano dotado de una cultura folklórica y de una miseria colectiva. Nuestra única esperanza: un régimen dictatorial que pueda *quemar las etapas*. O, tal régimen sería absurdo y criminal si no lo hiciera. Concibo la dictadura como una *revolución permanente*. Pero la dictadura no es creadora sino es *popular*. Lo que la distingue del *cesarismo* y de la *tiranía*. ¿Qué son en comparación con la dictadura popular? La diferencia reside en la relación del hombre político con la colectividad, relación determinada por las ideas específicas que representa.

En el fondo, la tiranía no está al servicio de ninguna idea, salvo el “deseo”. El tirano no tiene necesidad de ninguna cualidad. Puesto que no tiene otro fin que su capricho y el *instante* de imbecilidad, ¿por qué la violencia de sus instintos y la resignación de sus sujetos no van a ser suficientes? El cesarismo no está al servicio de un gran fin histórico. Recae sobre la excelencia de una personalidad. El momento individual es demasiado decisivo, demasiado predominante. La teoría de Splenger, que hace del cesarismo un fruto del crepúsculo de las culturas, es justa en general. Si pierde su cohesión interior, si el exceso de democracia

la fragmenta y la agota, una cultura salva su vitalidad gracias a las brillantes virtudes de un dictador. El cesarismo puede dar un ritmo rotundo a la vida de una cultura, pero estará privada de un impulso ascendente que la vuelva creativa. Aparece al final de las épocas de grandes libertades, donde los instintos se desencadenan. Se alterna regularmente incluso con los periodos democráticos. Sin embargo, su lugar histórico es el crepúsculo de las culturas. Es entonces, en efecto, cuando surgen *personalidades*, pues ya no hay más *ideas*, y en concreto más ideas dinámicas. En semejante periodo histórico, suple un vacío cultural. Si la tiranía no recibe el asentimiento de la colectividad, el cesarismo es aceptado, y a veces amado. Nos equivocariamos mucho sobre el hombre si pensáramos que se siente bien en una libertad duradera. En verdad, la soporta menos que cualquier otra. Prolongada, le hace perder su equilibrio y le sumerge en el caos. Entonces, para escapar a este terror, se condena a la más siniestra de las tiranías. Todos los regímenes autoritarios recaen sobre una concepción pesimista del hombre. Sin una visión antropológica, es imposible comprender la alternancia democracia-dictadura en el curso de la historia. Del mismo modo, los ingenuos no comprenderán jamás que la masa reclame a su César, ya que, desde siempre, los hombres han amado la libertad, pero igualmente el yugo. Si se objeta que eso no es verdad más que para un pasado en el que la humanidad estaba atrasada, responderemos a este optimismo vulgar que, cualesquiera que sean los progresos que haga, no podrá ir jamás lo suficientemente lejos para que el tipo común de mortal cotidiano – los idiotas eternos – se eleve por encima del nivel de un intelectual mediocre de hoy en día. Por muy seguro que esté de que es así, no tengo el derecho a hacerme ilusiones. El optimismo antropológico no le sienta bien a ningún pensador y es, por encima de todo, inadmisibile en los hombres políticos. Hecho significativo, son todos conocedores de los hombres. O, ¿eso no significa dudar de los hombres? Exceptuando a los moralistas franceses (La Rochefoucauld, Vauvenargues, Chamfort, etc.), los hombres políticos son los que conocen mejor a los hombres. Poseen también el don de la introspección, pero no son suficientemente sinceros...

Frente a la tiranía y al cesarismo, se dibujan las dictaduras populares. Que reposan tanto sobre una necesidad histórica como por la adhesión de las masas. Son reclamadas por la lógica interna de la evolución de las culturas, pero también por las condiciones sociales y las aspiraciones colectivas y nacionales. Lenin, Hitler o Mussolini se han elevado sobre una convergencia de elementos pertenecientes a la *suerte* de su país y no sobre un concurso de circunstancias. Las dictaduras populares no son instauradas para salvar una cultura de la podredumbre, sino para hacerla acceder al status de gran potencia y elevar su nivel histórico.

Lo que nos interesa aquí, es su importancia para las culturas pequeñas, que no poseen otro medio para vencer su inercia. Una colectividad quiere ser dominada cuando no puede hacer nada por sí misma. Podríamos buscar diversas soluciones para sacar a Rumanía de su titubeo secular, pero volveríamos siempre al régimen dictatorial. Entiendo por tal un régimen que le dará una fiebre única y que tenderá a actualizar sus posibilidades finales. La democracia ha malgastado demasiada energía por no haberse fijado un fin nacional. Con la dictadura, el país debe estar bajo presión. ¡Que nada permanezca sin explotar, que todo sea puesto en valor! ¡Que la marcha de Rumanía en la historia se parezca a una cuerda tensada hasta el paroxismo! ¡Una amenaza creciente a cada paso! Es necesario que nos aproximemos al mundo y que el mundo lo sepa. El esfuerzo que hay que reclamar a este país no puede compararse con el exigido a Rusia por los bolcheviques. Un país se eleva a base de renunciaciones, de renunciaciones infinitas. Si no sufrimos todos por Rumanía con una *pasión* que significará ardor y dolor, no sé hasta donde saltará de un golpe, ni cuantos cadáveres dejará detrás de ella. No puedo ser más que patético mientras considero su destino, ¡Ah! Si fuera el santo Elías, la golpearía con un rayo cada vez que no quiere cambiar.

Un ritmo normal no puede salvar a los países retrasados. No se puede hacer nada con los hombres políticos que halagan la indolencia general. El “político” que, en una democracia, diviniza el dinero y toma su país por un trampolín, no tiene nada de dominador ni tiene aureola mística. La democracia es demasiado racionalista y no suficientemente mística. ¡Qué lejos de su época heroica! La fiebre ideológica que había inoculado a Europa ha recaído, no queda en su lugar más que esquemas vacíos, insignificantes, que inspiran una verdadera piedad teórica. La democracia ha dado lugar a una pluralidad de formaciones divergentes que impiden a la nación evolucionar en un sentido coherente. El sufragio universal y el parlamentarismo conciben la nación como una *suma*, una cantidad, cuando es un todo concreto y cualitativo, que no puede expresar jamás la aritmética democrática. Una nación es siempre más que los individuos que la componen. O, la democracia es su *resultado*. Aunque en realidad, son los individuos los que resultan de la nación.

La democracia hace perder sus contornos a los países que no tienen un eje histórico. Tal es el caso de Rumanía. Jamás ha tenido una forma, y la democracia no le ha dado una. Es demasiado política y no lo suficientemente historia. La desgracia del régimen democrático, es que el hombre político *no puede hacer nada*. ¿Y cómo podría, cuando la ascensión es cuestión de suerte y el poder es efímero? Una dictadura representa siempre una bifurcación de una gravedad sin par. La mayoría de las guerras son provocadas por regímenes dictatoriales, ¿no es eso significativo? La tensión excesiva y el ritmo anormal no encuentran su salida más que en la guerra, o en la tiranía, que engendra la revolución. Dentro del periodo democrático de un país, la revolución no tiene un sentido grandioso, una dimensión monumental. Solo si rompe la tradición de una tiranía, representará un giro histórico.

Todas las objeciones hechas a las dictaduras se resumen en el fondo a esto: *¿con qué derecho* un dictador nos impone su voluntad? *¿Cómo* un individuo puede erigirse en un absoluto? Una objeción, o un extrañamiento, que no tiene respuesta. Si no es una respuesta cínica. Es imposible encontrar una justificación inmanente a la autoridad, a la soberanía. Todo gobierno está formado por hombres que no se distinguen cualitativamente de los demás. Entonces, *¿por qué razón* imponer su voluntad a los demás? Desde este punto de vista, la teocracia solo posee una base lógica y metafísica. Si la autoridad no tiene otro origen que los hombres, es que está desprovista de bases profundas y por lo tanto no hay salvación fuera del relativismo humano. Hacer derivar la soberanía, la autoridad, de un principio trascendente justifica todo, sin perjuicio de que la creamos una divinidad. La inmanencia moderna ha minado a Dios e, igualmente, a cualquier autoridad o soberanía.

La manera en que un hombre político transforma su voluntad en ley depende de un conjunto de circunstancias estrictamente sin relación con la moral. Basta con haber mandado una sola vez para que el apetito de poder haga de vosotros un dictador virtual. El que sabe dirigir permanentemente y está obsesionado por el poder no puede venirse abajo. Es ordenando como se distancia de los otros hombres y como se eleva verdaderamente *sobre ellos*. Todo el mundo en un momento dado han soñado con ser Napoleón, antes de contentarse con ejecutar toda la vida las órdenes de los demás. Cualquiera encuentra una buena excusa para no ser Napoleón. Es más fácil hacer responsable al medio ambiente, a la pobreza, a la enfermedad o, si es rumano, a Rumanía. La conversión en mito de todos los grandes dirigentes tiene raíces mucho más profundas de lo que nos inclinamos a pensar. Si fueran simples hombres elevados por la conciencia de la multitud, eso no encontraría ninguna justificación a su poder ilimitado. Les transforma en mito para engañarse a sí misma y les proyecta en el

absoluto para que el destino que se consume entre ella y el dictador parezca esencialmente inevitable, conforme a la lógica sustancial de las cosas. César fue divinizado porque la multitud soportaba mejor así el torbellino de acontecimientos debido a su genio. Si no hubiera sido más que un hombre extraordinario para ella, no habría aceptado tantos sacrificios. Para los gañanes de Napoleón lo mismo: *el Emperador* no era un hombre.

La existencia de mitos es una prueba de la pequeñez del ser humano. Todo lo que se sale de los marcos aceptados de la vida cotidiana es apostasía, porque lo humano tiene fronteras que excluyen lo no habitual. El hombre no se deja llevar por el buen corazón del hombre. Por eso ha inventado los mitos.

Es desagradable ver a alguien salir de la fila, para convertirse en vuestro destino. No vosotros ni nadie le ha dado *el derecho*. Pero cuando *lo tiene*, no podéis hacer ya nada. La ascensión vertiginosa del hombre político es un fenómeno bastante extraño. Lo que les juzgan y no les encuentran cualidades y méritos suficientes olvidan que un hombre político es un *destino* antes que un *valor*.

La dictadura que no tiene como salida el imperialismo acaba en la tiranía, como el amor en el disgusto o la piedad. El impulso dictatorial, que tiende en sus orígenes a crear formas nuevas y a dar una expansión sin límite a un país, se osifica en un autoritarismo rígido, muerto, del mismo modo que la democracia se desintegra en un desfile de libertades huecas. Se trata pues de los límites de todas las formas de vida, que no pueden mantener su productividad más allá de las reservas de su insuficiencia. Cada contenido de la vida tiene una forma. Cuando se lleva a cabo, la forma se convierte en el sustituto de la vida. Así aparecen toda suerte de formas, de esquemas muertos que deben ser revertidos por la irrupción de otros contenidos vitales. La dictadura desemboca con mucha frecuencia en la tiranía, la democracia en la anarquía. La dictadura tiene una forma, la tiranía

no es más que eso; la democracia también tiene una forma; el anarquismo ninguna. Felizmente, la vida solo tiende al equilibrio. Si no fuera así, estaríamos momificados desde hace tiempo. La muerte es preferible a cualquier fijación. En la vida social, fijarse en una forma es peor que suicidarse. ¿Qué será de Europa, si la nobleza continúa siendo el Estado? Un monstruo histórico más.

Las renovaciones sociales son la condición *necesaria* de la vitalidad de un país. El Estado, que es el sentido formador de la nación, siempre ha tenido la tendencia a confundirse con la clase o la casta dirigente. Jamás ha podido abrazar verdaderamente la actualidad total de una nación. Cuando Joseph de Maistre se pregunta lo que es la nación y responde que es la soberanía y la nobleza, da una expresión reaccionaria a una cosa que los marxistas sostienen desde un punto de vista revolucionario en la teoría del Estado proletario. Este (bien entendido que para ellos no se pueda hablar propiamente de Estado ni nación, sino solamente de sociedad), ya no es el soberano y la nobleza, o más tarde la burguesía, es el proletariado.

Los Estados, del tipo que sean, no están marcados por el *equilibrio*, sino por una *preponderancia* de las fuerzas. Quien dispone de esta preponderancia se identifica en cierta manera con el Estado. La nación cuenta con elementos mucho más complejos y diversos que los que puede centrar y cristalizar el Estado. De Maistre debería haber dicho Estado y no nación, porque es evidente que no importa en que estadio histórico la nación engloba en su esfera más que el Estado, en el cual la racionalidad abstracta no puede asimilar todos los elementos irracionales presentes en la vida de la nación. *Las formas* del Estado son reemplazables, mientras que la nación es una fatalidad, y es porque ellas son el objetivo fundamental de la revolución. Todavía no hemos descubierto al Sísifo de la revolución que quiera destruir o construir una nación. Las naciones *se hacen*. Nuevo obstáculo sobre el camino de Rumanía y de la revolución nacional.

Las naciones son *la historia*. ¿Podemos *hacerla*? Sí, pero en los límites de nuestro destino. ¿Y podremos franquearlo de un salto? Sí, si ese salto está sellado. ¿Lo estará? Aquí es donde se para el Conocimiento y donde comienza la Esperanza... No creo no creer en Rumanía.

II

Por suerte para Rumanía, la historia universal no sigue un curso coherente, su progresión no es continua. Si el devenir de la humanidad fuera un río, no podríamos más que perdernos, sin jamás reencontrarnos. Todos los valores se totalizarían y el nivel cultural se haría tan elevado que un país como el nuestro no podría de ninguna manera participar en la historia. La cultura occidental, la única que cuenta para nuestra orientación futura, no suma todos los valores culturales que la han precedido. O, siguiendo la concepción estúpida del progreso monolineal, deberían estar recogidos en el momento histórico actual de Occidente, que sería la suma de un todo ascendente. Pero la historia no es comparable ni a un río ni a una montaña. Tiene su creencia específica, que no se puede reducir a conceptos, ya sean orgánicos o mecánicos. También es muy difícil comprenderla, aunque vivamos en ella y, hasta cierto punto, seamos ella. La introspección nos permite captar algunos móviles secretos, pero estamos desarmados ante los hechos. El autoconocimiento no nos revela la estructura del devenir concreto.

Cada vez que buscamos una oposición a la movilidad de la vida histórica, no podemos más que pararnos en el *sistema*. La rigidez y la consecuencia lógica, válidas en un mundo de formas, no son reveladoras en el mundo de los contenidos que es la historia. Las premisas son el punto de partida del sistema, lo irracional de la historia. La lógica acaba en ella misma, en la trascendencia de sus formas, en su inadecuación estéril al futuro. A la inversa, la historia representa una oscilación permanente entre lo irracional y la conciencia, lo que no deja de ser pintoresco a veces y no deja de ser jamás trágico.

La concepción del progreso ininterrumpido introduce demasiada lógica en el futuro y hace demasiado de la historia un sistema. Y además, ¿no es bastante ingenuo creer que el simple hecho del devenir sea suficiente para que, se nazca tarde o temprano en el tiempo, para que se posean automáticamente los elementos de superioridad? La idea del progreso permanente expresa un optimismo tan vulgar que no merece la pena ni discutirlo. Fuera de la técnica, representa un momento degradado del espíritu. La técnica constituye un fenómeno paralelo a la cultura. Se desarrolla según sus propias leyes, y sus progresos son incontestables; por contra, no existe progreso en los sentidos, en el pensamiento, en la manera de vivir. El tren y el avión no nos han vuelto ni más sensibles ni más profundos. Simplemente han cambiado nuestro *ritmo*. Alguien que comparara nuestro sentimiento de la vida con el de Egipto constructor de pirámides debería merecer a nuestra mirada un desprecio sin fin. Los esclavos de los faraones, que no sabían nada, tenían un sentido de la eternidad más agudizado que el de nuestros salvadores, que lo saben todo e ignoran lo esencial. A un optimismo sutil, podría hacerle concesiones en lo concerniente a la extensión de la idea de progreso. Pero es imposible encontrarle la menor aplicación al sentimiento de la vida, la única contar. El tiempo no le aporta nada y las diversas formas de la civilización no lo profundizan.

La historia presenta una suma de totalidades irreductibles. ¿Quién podría todavía declarar a Grecia superior a la India u Occidente a Grecia? Establecer una jerarquía entre las grandes culturas no tiene sentido. Las grandezas irreductibles no son una escala jerárquica, que no aparece por otra parte, con una evidencia inquietante, más que cuando se trata de culturas pequeñas comparadas con las grandes. Sus diferencias subrayan la idea de progreso y le dan un sentido, en detrimento de las pequeñas.

La fascinación que Occidente ha ejercido sobre nosotros es la prueba definitiva y repetida de nuestra inferioridad y de la conciencia que tenemos de nosotros mismos. Si representa la actualidad de toda la historia entera, la ruta que deberíamos recorrer para atraparle serían tan larga que no podríamos jamás imaginar aproximarnos aunque solo fuera un poco. Una humanidad que evolucionara según la concepción del progreso permanente nos relegaría eternamente a su periferia. Para Rumanía, la historia significa la cultura occidental y no puede significar otra cosa. Su nivel nos parece accesible hasta cierto punto. Un mundo histórico total que si en la actualidad se elevara progresivamente bajo nuestros ojos nos aturdiría por su infinitud.

Existe un nivel histórico obligatorio. Un país que se complace en el desarrollo de su originalidad étnica, sin más, no puede participar efectivamente en la historia. De este manera, se vuelve un país pintoresco e interesante, como Hungría por ejemplo, pero no una nación, y todavía menos una gran potencia. La historia mencionará a Hungría únicamente porque se ha obstinado en no renunciar a sus características primarias. Es un país original, pero que no ha triunfado en el plano histórico.

Rumanía no podrá ser una realidad si se aferra con tenacidad a sus caracteres primarios. Nuestra cultura popular es común al Sur-Este de Europa. Los elementos que la distinguen no son de una originalidad sorprendente, única. Nuestra música y nuestra poesía folklóricas no han logrado atraer la atención del mundo en tanto que fenómeno profundamente original. Nuestro mérito, con relación a los demás pueblos balcánicos, es la de ser más *aptos* para las formas culturales avanzadas. Pues, en los Balcanes, el Rumano es el menos *campesino*. Aunque no hayamos creado cultura, eso nos ha beneficiado, aparentemente a diferencia del resto de los Balcanes, lo que justifica su reputación periférica.

Una revolución nacional que buscara devolver a los Rumanos a sí mismos, a sus premisas psíquicas, a sus orígenes étnicos,

detendría a Rumanía en su crecimiento superficial hacia la modernidad, le cortarían las alas. Porque no es un país original. Se convertiría en un cero histórico si retornara a sus fuentes. Es un país que podría rehabilitar la idea de progreso dando un ejemplo único. La fiebre sostenida de la modernidad (en todos los planos) es nuestra única tabla de salvación. Los rumanos no son interesantes psíquicamente. Por tanto, ¿por qué resisten todavía en su cuasi-orientalismo?

¿Qué quedaría de un país de una profundidad étnica tan original como Rusia, si se hubiera confundido de revolución y habría vuelto al mujik? El mundo habría olvidado a Dostoyevski y habría pensado en Mongolia. Debemos defender a Rumanía de sus campesinos. Lo que significa simplemente salvarles de la miseria.

Todas las etapas de nuestra evolución deberán tener como fin nuestra integración en la historia. Si no logramos hacer notar nuestra presencia en el ritmo universal, será inútil atormentarnos, porque cualquier grupo humano puede acceder a una existencia aproximativa. El pasado y el presente de Rumanía existen solamente gracias a nuestra buena voluntad. ¿Nuestro ardor dará a luz en el futuro? Sino, enterraremos nuestra alma en *la Rumanía de nunca jamás...*

No tenemos el derecho de vivir ninguna de nuestras épocas como un mundo cerrado. Es un derecho reservado a las grandes culturas. Si no queremos ser más los esclavos de la historia, es decir si queremos superar la condición de culturas pequeñas, debemos perseguir nuestro fin final como una obsesión, para no ceder a la tentación constante de Rumanía: la inercia.

Para Francia, el clasicismo o la Ilustración, con todos sus efectos políticos y económicos, son siglos acabados, mundos cerrados vividos inocentemente, en la ilusión del absoluto de sus valores. ¿Alguien habría podido pensar, bajo Luis XIV, que Francia debería tener otros valores que los que tenía? O el Renacimiento en su apogeo: ¿hubiera imaginado salir de sí mismo, hubiera tenido necesidad de otra época? Cada una, e incluso la decadencia, es una perfección histórica para una gran cultura. Porque se destruye *en sí misma*.

La afirmación de Ranke, “*Cada época guarda una relación inmediata con Dios*”, no se aplica a nosotros. Conseguiremos a duras penas, a pesar de nuestro proceso de vida, acceder a la eternidad desde lo inmediato, que imprime un carácter absoluto al devenir. Ranke se alzaba contra los que sostenían que una época aparecía para dar nacimiento a otra y que hay jerarquías entre las naciones y las épocas. Todo lo que es histórico, pensaba, tiene su propio valor, tan digno de ser estudiado como cualquier otro. Es demasiada neutralidad con respecto a la diversidad histórica. Existen épocas privilegiadas y épocas mediocres; lo mismo que existen naciones dotadas y naciones mediocres. La objetividad que las querría equivalente es flojera histórica o ciencia. ¡Por curiosidad científica, un historiador estudiará con tanta pasión Rumanía y Francia! ¡Qué *poco somos*, sin embargo, comparados con Francia! *Existimos menos*. La historia concreta, efectiva, representa algo más en la naturaleza de cada uno.

Se está más o menos próximo a Dios según las épocas. El contacto individual puede ser directo y transhistórico. Pero se puede hacer un salto automáticamente gracias a la época. Vivir durante el Renacimiento o en nuestros días, no es parecido. Entonces las ideas nacían, hoy en día se disgregan. Las concepciones fundadoras distinguen menos las épocas que su *intensidad*. Durante el Renacimiento, los hombres vivían y se destruían de otro modo que en este siglo. Lo vivo atraído por los espacios infinitos inspira el gusto intenso por la aventura, de suerte que cada uno sería un conquistador virtual o real. Todas las conquistas responden a un deseo ávido de espacios lejanos. El imperialismo quizá logrará rehabilitar nuestro siglo...

La sucesión de épocas es el origen de la relatividad y de la refutación de la idea de progreso. En lo que tiene de *vivo*, el barroco niega al Renacimiento, que negaba a la Edad Media. Ciertas épocas viven con sus valores específicos. Otras no se individualizan más que negando a las que le han precedido. Un momento histórico tiene peso no porque englobe un máximo de valores complejos y elementos heterogéneos, sino porque hace prevalecer categóricamente valores específicos, que dan un contorno y una fisonomía a la época.

El eclecticismo es un fenómeno propio de la decadencia. Cuando una cultura no tiene suficiente energía para que el espíritu tome direcciones originales y se individualice a base de momentos creativos, *recapitula*. El eclecticismo de las épocas alejandrinas representa la síntesis, frondosa y desconcertante en razón de su amplitud estéril, que resulta de esta recapitulación. Todos los esfuerzos creativos sucesivos y unilaterales, todos los momentos únicos de una cultura vuelven y coexisten para hacer una síntesis artificial, una especie de resumen histórico. La amalgama de corrientes del periodo pos-helénico revisó todo lo que la Antigüedad había producido, del orfismo al escepticismo. El agotamiento de la sustancia creativa de una cultura la vuelve incapaz de engendrar épocas cerradas, mundos particulares en el devenir de su organismo. El esfuerzo generador de la cultura se manifiesta en la preeminencia de ciertos valores, en la preferencia dada a una esfera circunscrita. No puede existir cultura viva si el número de valores es limitado. En la vida de la humanidad, las épocas inocentes, en las que los hombres se identifican con los valores que habían creado y en los cuales creían, jamás han alcanzado la extensión gigantesca de los periodos alejandrinos con su mundo de conocimiento que sustituyó al instinto y al alma, con su universalidad exterior; al contrario, han puesto su infinitud interior al servicio de una cantidad restringida de valores. La Edad Media, a la vez sublime y grotesca, era universalista, pero solamente por la validez general de sus ideas, no por su multiplicidad. Cualitativo, el universalismo es esencial para toda época creativa; cuantitativo, es síntoma de una deficiencia, un equivalente del eclecticismo. El momento ecléctico de una cultura es idéntico al universalismo cuantitativo.

La Edad Media, que ha concentrado tanta ansiedad en ella que nos ha eximido del punto de vista religioso, ha dibujado sus contornos hasta el exceso fijándose de manera duradera y obsesiva en algunos temas. Como dijo Léon Bloy, ha sido edificada sobre siglos de éxtasis. Sabía *todo* en una cierta

dirección. Nos ha condenado a ser unos eternos ignorantes en materia de religión. Tendremos siempre necesidad de ella para aproximarnos a Dios. Porque, a este respecto, todas las épocas no pueden pasar como intermediarias. Ranke no pensó en ello y, ciertamente, Taine tampoco, que prefería una banda de lobos en la Edad Media.

La limitación sustancial de las épocas, su sucesión incesante y su inevitable consecuencia, la discontinuidad de valores, explican la insuficiencia, la movilidad y la relatividad de la vida histórica. Vemos ahí la obra del demonio más que la del progreso. Un torrente de direcciones irracionales, así es como nos aparece a cada paso la multiplicidad de contenidos. ¿Buscar una *forma* en esta multiplicidad para escapar al relativismo? Pero la participación en la historia no se explica más que en una renuncia irracional a ese flujo, en una fusión inconsciente con la movilidad de la existencia. Desde el momento en que la conciencia nos ha separado de la vida, no nos queda más que aceptar conscientemente el futuro, que lanzarnos por nuestro propio pie a trampas demoníacas. Si no están orgánicamente unidos a la historia, los impulsos desesperados son la única y última manera de pertenecer a ella. El resto es alejamiento, fría perspectiva y conocimiento.

Las épocas históricas son limitadas porque todas las actividades intensas lo son. Hay toda una escala de tipos de humanidad que marcan su originalidad por negaciones recíprocas e insuficiencias evidentes. El caso del hombre político es, una vez más, significativo. Su vida puede enseñarnos más que la del pensador. Porque no tiene necesidad de ser un hombre completo. No está obligado a creer en lo que hace, pero debe siempre triunfar. Se ha cuestionado si se podía ser dogmático en la práctica y escéptico en la teoría. Un hombre político debe ser dogmático en la vida práctica; en teoría, puede dudar de todo. Existe un fanatismo que lleva solamente a la actividades de la actualidad y que necesariamente no corresponde a una convicción. El fanatismo español tiene siempre una combinación de intolerancia y de nihilismo. La disociación dolorosa de la práctica y de la teoría es una fuente de dinamismo para las grandes almas.

Cada época es obligatoriamente limitada, en razón de la primacía de ciertos valores específicos; y cada tipo humano bien definido también lo es, en razón de la preponderancia en sí de elementos que lo excluyen de una participación universal. Las épocas explican la relatividad en la historia; lo mismo que la tipología en la psicología. No hay más época universal que la del hombre universal, no hay más que una gradación que va de lo local a una universalidad aproximativa. El Renacimiento y Goethe alcanzaron un grado máximo de universalidad, muy lejos sin embargo de su ideal, como lo prueba la historia realizándose en otras épocas de una originalidad casi igual, y en otros hombres, que no abrazaron la vida con menos amplitud. La vida no tiende a realizaciones completas; su dinamismo es posible solo entre ciertos límites. También el heroísmo se encuentra en la vida, y la santidad por encima de ella. El heroísmo pone a prueba las últimas resistencias del hombre. Ser un héroe significa vivir activamente el paroxismo de ser individual *en el marco de la vida*. Ni la vida ni el ser individual pueden resistir a tanta tensión, la caída es inevitable. El heroísmo no es un estado natural, pero es la única dignidad de la historia.

Todo lo que ha sido creado hasta el presente es debido a accesos colectivos de heroísmo que han insuflado a los hombres, por encima de sus mezquinos instintos de conservación, la pasión por la autodestrucción al servicio de un ideal. Si se comprende la razón de ser profunda de las órdenes de caballería y de las órdenes monacales en la Edad Media, el frenesí desencadenado por la Reforma, las expediciones mandadas durante el Renacimiento, las campañas napoleónicas, no se puede constatar más que la ardiente ceguera que subyace a todas las acciones decisivas. Los pueblos que no han entrado a tiempo en otra locura colectiva se entumescen en sus tradiciones que, se vuelven automáticas, saliendo del ritmo de la historia. No olvidemos que la nota diferencial del hecho histórico reside en su capacidad de

actuar en una vasta esfera, en su *eficacia*. Es histórico el hecho que provoca un trastorno fecundo. Será un acontecimiento histórico en la medida en que sus resultados y repercusiones sean importantes. Una guerra que no desencadena una crisis a gran escala, que queda como un fenómeno puramente local, no superará sus razones biológicas. Es así en todos los acontecimientos.

El heroísmo es el punto de partida de la historia auténtica. Sin él, el devenir humano sería pura biología. Cuando la vida pone sus energías al servicio de otros fines que no son los de su propio mantenimiento, cuando se fija otro fin que no es ella misma, realiza la condición objetiva del acto heroico. La temperatura vital a la cual eclosiona el alma heroica es la de la desesperación, va de suyo que la humanidad no pueda conocer el heroísmo más que por crisis. Por muy orgulloso que alguien esté de su acusado sentido de la historia, ¿quién es capaz de comprender la fuerza que empujaba a los caballeros a partir a las cruzadas y morir bajo las murallas de las ciudades orientales, para liberar la tumba de un hombre supuestamente Dios? La interpretación materialista, que no ve en las cruzadas más que el interés, que el cebo de la ganancia, ¿cómo podría explicar el gusto por una aventura tan poco prometedora aquí abajo? Solos los hombres obtienen ganancia en su destrucción, pues la historia tiene una amplitud trágica. Si apagaron una sed de infinito, las cruzadas cumplieron su “fin”. Privada de un perfume de inutilidad, la historia se parecería a un cajero de banco.

Las cimas de la historia se fundan sobre las ilusiones del heroísmo. La muerte del héroe y *el sentido* de la vida de los demás hombres. Sin una autodestrucción heroica, la especie humana estaría condenada al aburrimiento y al fracaso, a un desierto del corazón que es lo contrario al alma infinita del héroe. Si el hombre no quiere forzar la inercia del porvenir haciendo un gesto desesperado, no le quedará más remedio que aceptar ser llevado con las sombras, siguiendo la suerte de las cosas

pasajeras. Hegel mismo, demasiado metafísico para comprender a los individuos, ha transformado a las grandes individualidades en *funcionarios* del espíritu absoluto, como bien dijo Friedrich Meinecke. La metafísica anula el individualismo. “¡El espíritu absoluto montando a caballo!” habría gritado Hegel a la entrada triunfal de Napoleón en Elena. A eso se remite en la *Fenomenología del espíritu*, para mostrarnos que apenas somos responsables de la historia universal.

Volvamos al presente a Rumanía y veamos cómo podría cesar de ser una sombra de la historia universal. ¡Qué desdicha para este país que, desprovisto de una ética heroica, con todo el horror y la pasión bestial que eso supone, nos hayamos diluido en nuestra sangre y adormecido nuestras pasiones en medio de una nostalgia engañosa pues las virtudes adormecedoras han intoxicado nuestros sentidos sin medida! Palpita en los ojos de los Rumanos, y más todavía en sus canciones, insistente, insinuante con una crudeza monótona, esta nostalgia, en apariencia un elixir para los corazones rotos, en realidad un atrayente soporífero para las almas inertes. Quien ha tenido la ocasión de escuchar en una ciudad sajona de Transilvania a un grupo de jóvenes Rumanos a punto de cantar *doïnas* al atardecer, no ha podido más que sufrir el contraste abrumador entre las construcciones masivas de la ciudad y los largos lamentos tan extraños a la civilización, a los esfuerzos constructivos, a la historia. Ese contraste no viene de una diferencia orgánica entre los Sajones y nosotros, sino de la distancia inconmensurable que separa nuestro fondo popular de la cultura. No somos todavía ni tan siquiera capaces de apreciar el salto que nuestras elites instruidas nos han permitido hacer.

Nuestra nostalgia nacional significa abandonarse tan lánguidamente al mundo, renunciar al espacio y al tiempo, plegarse a las brisas del corazón, que uno se pregunta cuáles son las tristezas que este pueblo ha podido experimentar para librarse tan implacablemente de sí mismo. Retirad los lamentos de nuestra

poesía y de nuestra música folklórica y no quedará más que un respiro lírico sin ninguna marca original. ¡Qué lejos estaríamos hoy en día si esta nostalgia infinita hubiera tomado la forma de una expansión heroica del alma, si, movidos por un entusiasmo sin límites, hubiéramos sido lanzados por encima de nuestras ruinas! Nuestra nostalgia expresa una relación negativa con el mundo, un perezoso deslizamiento horizontal o un adorno menor en la superficie móvil de la vida. El heroísmo representa la ascensión de la espiral, las sinuosidades en las alturas; la nostalgia, una incertidumbre a merced de los instantes, una vaga llamada. ¿Por qué sufrimos este mal? Interrogad no importa a que Rumano, ninguno os sabrá explicar esta indefinición de su alma.

Es necesario que, en una Rumanía secundada por la dictadura y por un impulso colectivo, el infinito negativo de su psicología sea convertido en este infinito positivo que es el heroísmo – toda la cuestión está ahí. La melancolía y la ensoñación prolongadas que se mecen a lo largo del tiempo y del espacio deben ser transformadas en ardor y fanatismo. *Del infinito negativo de la nostalgia al infinito positivo del heroísmo*, este es el camino que debe recorrer el alma rumana para no adormecerse envuelta en sombras. Este es el problema psicológico de Rumanía.

Los movimientos políticos no tienen necesidad de “ideas generosas” para vencer y realizar alguna cosa efectiva. Les basta con cultivar ideas heroicas y fomentar el fanatismo latente en el hombre. Un país como Rumanía es demasiado primitivo para darse el lujo de “ideas generosas”, siempre presentes en los países que tienen una cierta elegancia interna. Las ideas demasiado generosas, es decir sin base en la inmediatez de la vida, debilitan la sangre y provocan anemia a las naciones. La castración por exceso de ideología constituye un fenómeno frecuente en la vida de los pueblos, que se convierte en una palidez tanto fisionómica como histórica. Las ideas sin adaptación a la vida concreta de un

pueblo le desvían de su sentido histórico. También una ideología que no canaliza sus energías vitales es peligrosa. Si la extrema derecha y la extrema izquierda se han mostrado tan creadoras, es porque siempre han apelado a una ética heroica, porque han vencido gracias a la mística y no a las ideas. Que la derecha ponga el acento en la política y la izquierda en lo social no prueba nada en cuanto a los orígenes de su dinamismo. La multitud ama ser zarandeada y fanatizada. Más tarde vienen... las ideas.

El destino de la social-democracia ilustra lo que es una corriente ideológica carente de sentido político. Sería difícil encontrar un movimiento de una sabiduría filosófica más destacable, que haya dado seriamente más peso a sus conceptos y conferido una dignidad más honorable a las utopías; que haya “burguesmente” moderado los excesos del espíritu revolucionario y atribuido más virtudes a la evolución, con el fin de domesticar la indiferencia de los hombres. Sin la idea de evolución, la social-democracia es un cero, a la par que... su dulzura.

La prudencia filosófica de la social democracia le ha conferido en sus primeras fases una grandeza mediocre que ha degenerado enseguida en un triste ejemplo de flojera teórica y política. Una falta de patetismo y de envergadura; un problema táctico teórico, sin instinto combativo; la concepción de una felicidad acogedora, no anclada en las necesidades complejas del hombre (la antropología mediocre de todas las democracias), un economismo insípido y un doctrinalismo estúpido: todo eso denota la profunda miseria, el vicio y la incapacidad política de la social-democracia. Por comparación, el comunismo es un fenómeno apocalíptico.

¿A cuál de sus ideas “generosas han servido? ¿A qué ha llegado corrompiendo las ideas revolucionarias y abrigando sus deficiencias detrás del culto de la evolución? ¿Ha llevado la evolución al poder? ¿O bien, en su prudencia teórica, ignoraba, cosa sin embargo elemental, que es la fuerza quien abre la vía a la “evolución”? Porque esta última no ha tenido lo suficiente para vencer lo que surge encima de ella.

En el siglo XIX, el culto a la evolución se convirtió en el más plano de los misticismos. Los mediocres se complacen en encontrarla “virtudes” para huir mejor así de sus responsabilidades. Afirmaban por dejadez que lo regulaba todo. Las personas que preconizan el “dejad hacer” para justificar su inactividad sufren de impotencia constitutiva. La falta de sangre es el origen de la sensatez.

No hay que ver en el individualismo de los últimos decenios del siglo XIX otra cosa que una reacción apasionada en oposición a la automatización el fetichismo de la evolución y sus implicaciones fatalistas. ¿Seremos simples instrumentos del futuro, caprichos del desarrollo de las cosas, pretextos de renovación incesante de la naturaleza? Esta revuelta individualista ha tenido su nota heroica, es una de las apariciones periódicas de la historia consecutivas a las épocas de fatalismo. Este tipo de individualismo no debe ser confundido con otro, atomizante y... cívico. Hay uno que expresa la revuelta de algunas conciencias aisladas, y otro que es burgués. La moda permanente de Nietzsche y la pasajera de Ibsen (sus obras tienen el aire de catástrofes a los quince años, de “dramas” a los dieciocho y de “piezas de teatro” a los veintiuno) han resucitado a otros dos individualistas, que escribían en la época en que “la evolución” tenía todavía un sentido metafísico: Stirner y Kierkegaard, el primero de una originalidad dudosa e infecunda, el segundo sugestivo, grave y que ha situado la cuestión del individualismo sobre un plano puramente psicológico, subjetivo. También afirma que *la subjetividad* es un absoluto, pero no el individuo; en él solo cuenta la interioridad. Lo social no ha interesado jamás a Kierkegaard, que se para en la ética, sin concebirla como una forma interior de lo social, sino como un simple estadio de la conciencia individual en su camino problemático que va de lo subjetivo y de lo inmediato a lo general y no inmediato.

A destacar que Stirner y Kierkegaard fueron los dos, hasta cierto punto, discípulos de Hegel, del cual se separaron en razón del papel excesivo hasta el terror que da al concepto “general”. Para el pensador danés, la subjetividad es la verdad, lo que Hegel habría tomado como la peor de las herejías.

El individualismo cívico – que, bajo expresiones y matices diversos, encontramos en los estoicos (cuya influencia determina el voluntarismo y el “contractualismo” del derecho romano), en los protestantes, en el racionalismo del siglo XVIII, en la Revolución Francesa y en todo el proceso de atomización social nacido de la disgregación de la democracia y del liberalismo – pretende que el centro se encuentra en cada hombre y que, de hecho, dispone de sí mismo sin trabas. Mientras, su esencia estando en la razón, los límites de su expansión serán inmanentes. El Estado, según esta concepción, que era también la de Kant, se limitaría a coordinar las voluntades individuales – un simple factor de armonía. Pero la historia entera se opone a esta visión racionalista del hombre. La existencia del Estado y del derecho, ligada a la de sociedad, demuestra que en libertad el hombre está desequilibrado y subraya esta evidencia cegadora: la razón no es su esencia y todavía menos su *extremo*. El irracionalismo sostiene la teoría orgánica del Estado y del derecho; debería quizá declararles racionales, porque se oponen a la esencia irracional del hombre. Contrariamente a las tesis del historicismo jurídico de un Savigny o de un Puchta, la estructura normativa del derecho no es reducible a los datos históricos ni a una revolución puramente orgánica, supone una intervención consciente y voluntaria y, de su lado, el Estado no es un simple resultado del devenir. ¿No es significativo que el racionalismo y su sub-producto, el intelectualismo, se hayan ocupado de la teoría del *Estado* más que del irracionalismo, que se detienen con preferencia en *la nación* y prefiere el pueblo al derecho?

Derecho, Estado, nación, pueblo indican un decrecimiento de la racionalidad y una cruzada hacia lo que es primordial. El pueblo es siempre *original*; la nación, el Estado y el derecho distribuyen en proporciones diferentes sus elementos históricos o racionales.

La teoría de Kelsen – el Estado es de esencia jurídica y el derecho de esencia estática, lo que aboca a una cuasi-identidad de los dos conceptos – es la única salida si se quiere escapar a la cuestión torturante de la anterioridad de uno o de otro, puesto que los argumentos son igualmente válidos para los dos lados.

¿Debemos recurrir a las “soluciones” aporéticas, dicho de otro modo sistematizar la ausencia de soluciones?

Lo irracional está más esencialmente ligado a las encrucijadas de la historia que a lo racional, lo que prueba la nulidad del derecho en tales momentos. La fuerza del derecho es nula frente a la Fuerza. Las crisis del derecho coinciden con las victorias de la Fuerza (diosa monstruosa e irresistible). Los que registren regresiones operadas por la ofensiva de la fuerza (incluido lo que está al servicio de una gran idea), y a pesar de eso se complacen en la ilusión de un absoluto jurídico, se mecen con la esperanza de que, delante de un tribunal de la historia, todas las victorias acarreadas por la expansión de la fuerza serán tildadas de infamias y perderán su brillo. Debemos responder a estos idealistas que las puertas de ese tribunal serán abiertas de par en par para Napoleón y que los pueblos serán juzgados según los riesgos que tomaron. Sus guerras y sus revoluciones estarán inscritas en su frente. En el tribunal de la historia pesan *los hechos*, no los ideales; en cuanto a ideales, ni hablemos. Se examinará y absolverá a los conquistadores; los filósofos no serán ni tan siquiera introducidos, porque no tienen *hechos* sobre la conciencia... Son consideraciones que pertenecen al conocimiento, no al pesimismo.

Cada país tienen un centro de gravedad político y una orientación ideológica que no podemos omitir sin ignorar la situación específica del pueblo concernido. En razón de una tendencia a la abstracción que afecta con frecuencia a los juicios emitidos sobre movimientos políticos análogos en países diferentes, algunos atribuyen el mismo contenido a los nacionalismos rumano y francés o alemán, e incluso se figuran que la izquierda tiene el mismo sentido en Rusia y en China o en Francia. Este problema bastante confuso y aburrido no se aclara más que llegando a una sola pregunta: ¿cuál es *el sistema* que dota a un país de potencia? No acceden todos a la potencia por las mismas vías. Para ciertos, donde las tradiciones democráticas son fuertes y *creadoras*, la dictadura podría ser fatal. Y viceversa.

En Francia el nacionalismo es reaccionario; en Rumanía es revolucionario. Las ideas políticas de Charles Maurras y de León Daudet son para Rumanía – para lo que ella debe ser – más peligrosas que las comunes de los anarquistas. No contento con ignorar completamente la problemática social, este género de nacionalismo niega toda debilidad modernista. Considera las realidades de arriba a abajo; es conservador y se apoya en la nobleza y en el campesino sencillo, los dos pilares de la reacción en vista de los cuales la burguesía representa un esfuerzo revolucionario permanente. En Francia más que en cualquier otro sitio, el nacionalismo es *historia*, en el mal sentido de la palabra, en el de fijeza, adhesión estática a una grandeza pasada que desgraciadamente no puede renovarse. No hay Francés que no sea nacionalista, en el sentido de pasión por Francia. Pero el nacionalismo es un programa de ideas reaccionarias; o, confunden su patria con los intereses de las clases agonizantes. El nacionalismo francés es retrógrado y particularmente “francés” para el que el pasado es una realidad viva; el nacionalismo rumano no puede ser más que mesiánico y tanto más dinámico pues el futuro aparece como la única realidad posible.

La identidad de términos no implica una identidad de contenidos. Las ideologías aparentemente utilizan las mismas expresiones para realidades diferentes. Francia es un país biológicamente e históricamente viejo; Rusia es un organismo histórico joven. ¿Un régimen comunista podría tener en los dos países el mismo sentido y el mismo contenido? Las diferencias de nivel juegan un rol de la más alta importancia en lo que concierne a las soluciones políticas de un país a otro. Es del todo evidente que Rumanía, que no tiene historia, y Francia, que tiene demasiada, no serán jamás regímenes realmente idénticos. Una misma corriente será aquí reaccionaria y allí revolucionaria. Se apoyará aquí en los rentistas y allí en los huelguistas.

La pluralidad de naciones y sus diferencias explican porque las soluciones específicas son las únicas válidas. Si una solución universal fuera posible – como lo creen los comunistas –, los conflictos internacionales disminuirán de manera sorprendente. La lucha por la hegemonía coronará a la nación que haya tenido la prioridad del sistema. Es el caso de Rusia. El comunismo continúa el sueño ruso de dominación universal. El mesianismo ruso tiene aspectos multiformes que los inocentes no quieren reconocer pero que se revelan, implacables, a los que comprenden el combate exasperado por la hegemonía.

Todas las ideas mesiánicas expresan, abiertamente o camuflándolo, un deseo de hegemonía, si bien no hay mesianismo sin implicaciones políticas. Los impulsos mesiánicos son expresiones etéreas bajo las cuales se ocultan las realidades que desgarran a las naciones.

La diversidad de estructuras ideológicas de las naciones explica sus divergencias y sus conflictos. Es casi imposible que un Estado no tenga una concepción ideológica en política extranjera. Solo Inglaterra, donde el utilitarismo ha agudizado fuertemente el sentido político, ha sabido hacer abstracción de las divergencias del sistema y, bajo el imperio del interés, renunciar a una concepción ideológica en su política extranjera. Francia, Alemania y Rusia, al contrario, no han desperdiciado la menor ocasión de afirmar sus irreductibilidades y de hacer política a la sombra de las ideas. Se califica de idealismo a la necesidad de dar una justificación abstracta a los dramas. Pero los hechos concretos de la historia no dejan de ser una prueba en contra del idealismo.

VII

LA ESPIRAL HISTÓRICA DE RUMANÍA

En un libro sobre el derecho de los pueblos jóvenes, Môller van den Bruck insistía sobre Bulgaria y no tenía ni una palabra sobre Rumanía. Siendo Môller van den Bruck un pensador político y un profeta de los más serios que Alemania ha tenido, el hecho de que nos haya omitido me ha apenado y me ha parecido significativo. Nosotros los otros, los Rumanos, no ocultamos nuestro desprecio hacia los otros pueblos balcánicos, ni tampoco que, aunque demuestran menos inteligencia y espíritu, su presencia en el mundo está dibujada en gestos más amplios y más graves que los nuestros.

La historia de Bulgaria no es en nada inferior a la nuestra; según ciertos autores, es incluso netamente superior. Existe una Edad Media búlgara, pero no existe desgraciadamente una Edad Media rumana, a pesar de todos los “acontecimientos” que podríamos oponer, y que no prevalecerían sin embargo en mi convicción. Nuestro orgullo nacional es superficial, no tiene ni savia ni profetismo. Nos contentamos con pensar que los Búlgaros han sido todo el tiempo jardineros y nosotros todo el tiempo héroes, sin preguntarnos porqué somos tan miserables después de un parecido desperdicio de heroísmo.

Haber sido condenados a vivir y a crecer en el seno de una comunidad balcánica es ciertamente una vergüenza inevitable de nuestra condición. El destino nos hace pertenecer a los Balcanes, mientras que nuestro espíritu aspiraba sin cesar a evadirse de ellos. Creer aunque solo fuera un poco en que debemos conducir

el espíritu balcánico a su desarrollo significaría comprometernos y ofender nuestra misión, esta misión que nos hace falta inventar si no la tenemos. *No podremos convertirnos en la primera fuerza balcánica más que liquidando lo que hay de balcánico en nosotros.* Por primera fuerza de los Balcanes, no entiendo la conciencia nacional de nuestra potencia, sino la proyección de Rumanía en la conciencia europea en tanto que fatalidad implacable de una región histórica y geográfica. *El porvenir de Rumanía me parecería flojo y superfluo, estúpido, si no se definiese como la única realidad política y espiritual de todo el Sur-Este europeo.* ¿Cómo tanta gente puede pensar que su soplo presente equivale a la vida? Un país que en política extranjera no molesta a nadie por su agresividad, pasa desapercibido. Los ideales en los cuales agoniza no llegan ni tan siquiera a las fronteras, languidecen en su centro, demasiado blandos para ser un núcleo. La Rumanía actual perpetúa una tradición milenaria: no puede concebir la vida más que a la defensiva. ¡Es horrible!

Los Balcanes no se encuentran solamente en la periferia geográfica de Europa, sino también – ¡y sobre todo! – en su periferia espiritual. La chatarra, los detritus, la gangrena moral, las imbecilidades instintivas, un horizonte limitado, todo eso dibuja un fisonomía ridícula y triste, de un grotesco deprimente. En su esencia, los Balcanes son un espasmo perdido, un dinamismo detenido, una esterilidad lamentable.

¿Qué significan hoy en día Rumanía, Bulgaria, Yugoslavia, Grecia? Tan pesimista como soy en lo concerniente al pasado y al presente de Rumanía y las que son, por deseo de objetividad, mis tentativas dirigidas a despreciarla, me es imposible no constatar que es el único país balcánico en el que el porvenir revelará un fenómeno original de una gran amplitud. Lo que tiene de más que sus vecinos, es una *conciencia insatisfecha*, pues la permanencia, y no la profundidad, certifica la validez. Sería caer en una desesperación nacional no admitir la constancia de nuestra espera

impaciente y el descontento cotidiano que nos inspira nuestra suerte. Sí, en relación a nosotros, Serbia tiene una mayor potencia militar, Bulgaria un primitivismo más ofensivo, Hungría una ventaja en pasión, Checoslovaquia demasiada civilización, pero sería criminal olvidar que todos estos vecinos, sin importancia a causa de sus ciudadanos cotidianos, no aportan ninguna aspiración mesiánica, no se conciben como esencialmente diferentes. El último de los ciudadanos rumanos pasa su vida protestando. Si bien menores, las protestas sumadas acaban por representar a nivel colectivo una revuelta constante. Si un fenómeno político mayor, decisivo y esencial para su existencia, no se produce, Rumanía me parecerá una monstruosidad, una perfidia de la historia, una broma de mal gusto.

Pienso pues que Rumanía, en un futuro quizá muy próximo, se convertirá en la fatalidad del sur-este europeo y, habiendo liquidado su balcanismo, rehabilitará esta periferia de Europa. ¡Tengamos vergüenza de haber pertenecido a tal comunidad! ¡Qué el pasado sea nuestro único remordimiento!

Si bien Hungría parece disponer hoy en día de una mayor capacidad política que Rumanía – porque ha dado a su política ese lado positivo que son las reivindicaciones y, en consecuencia, la amenaza –, no debemos olvidar que este país ultra-reaccionario es incapaz de una gran renovación política; no podemos considerar más que con desprecio a un país que, después de algunos siglos de dominación, está vacío en este momento, un país al que mil años no le han sido suficientes para concebir una gran idea histórica, una conciencia mesiánica, una visión extraordinaria. El touranismo es un mesianismo a la inversa. Los Húngaros ya no tienen ningún sentido en el universo y, si se hace abstracción de los Húngaros y de la música zíngara, jamás lo han tenido. Los Búlgaros se satisfarán recordando algunas cimas que alcanzaron en la crueldad, los Serbios se contentarán con seguir siendo serbios, y los Griegos serán la grandeza que no volverá jamás.

Es muy difícil, como Rumano, ser objetivo con los pueblos que nos rodean. Nos han dominado casi todos, ya sea durante un largo periodo, o solamente durante un momento histórico. La vergüenza es de nuestra incumbencia, ya que es casi imposible que encontremos una excusa cualquiera. Es por lo que no comprendemos a estos pueblos y los despreciamos. Aunque numerosas facetas del *alma magiar* me inspiran una simpatía infinita, soy incapaz de sentirme próximo al pueblo húngaro, a su historia. Hace algunos años, viendo a un sargento de la ciudad de Budapest, me estremecí al pensar que sus mostachos se habían extendido durante mil años sobre Transilvania, y este triste fenómeno me ha hecho comprender porque nosotros, los Rumanos, no hemos tenido una vocación en el mundo.

Los Húngaros son una isla en Europa. Aunque hayan dado lo mejor de sí mismos en los torbellinos del continente, no lo han hecho jamás sinceramente. La teoría spengleriana *del alma original* de las culturas no se verifica en ninguna parte mejor que en ellos. Bajo todas las formas culturales, han mantenido sus espasmos iniciales. Hay demasiada sangre en el espíritu magiar para que un Húngaro sea otra cosa que un alma. Aunque su cultura se haya beneficiado de condiciones materiales excepcionales, no ha producido ningún pensamiento original ni ningún estilo cultural.

Por lo demás, los Húngaros no se han establecido en la llanura de Panonia para pensar, sino para cantar y beber. Y *llegaron*.

Han luchado mucho tiempo para dotarse de una especie de historia. Y no llegaron. A pesar de una explotación única, solo lograron construir ciudades y montar fiestas. No han comprendido nada de los valores occidentales. Su fervor católico es también touranista. El pueblo rumano se inscribe más *naturalmente* en la historia. Si hubiéramos tenido las condiciones de vida de los Húngaros, habríamos creado sin duda por encima ellos.

El hecho de que los Húngaros hayan agitado durante siglos una idea imperialista es tan ridículo como repugnante. Sus pretensiones de dominar Europa central no se explican más que por la incapacidad de los pueblos sometidos. Nadie borrará nuestra vergüenza de haber sido sometidos durante mil años por los Magiares. La vergüenza histórica de Moldavia y de Valaquia parece menor, por creer que se está mejor bajo el dominio de los Turcos.

Pero entonces, ¿qué queda de los Húngaros? ¿Los Húngaros? Ciertamente, pero ante todo su música. En el Juicio Final, será suficiente con enviar una banda de Zíngaros para ser recibidos en el paraíso sin comentario.

Hay personas que desprecian la música húngara. Dicen: es demasiado monótona. Yo les respondo: es más que monótona. ¿Porque, sin embargo, la repetición de un motivo no me aburre como en la música oriental? No sé. Debe ser debido a una tonalidad particular de la tristeza.

La música oriental, son jeremiadas en un vacío cósmico. Sus disonancias *reclaman algo*; los vagabundeos del corazón *quieren llegar a alguna parte*. Es toda ella *una llamada*. Así, su misterio se anula en la probabilidad de una respuesta. ¿Pero qué podría responder? Dios, el mundo, el vacío. La emoción de la música oriental no me dice nada.

¡Pensad, por el contrario, en los ritmos arrulladores de la música magiar, que no buscan llegar a ninguna parte! Un dolor que se alimenta de sí mismo. Su encanto precultural, sus medios simples, su ausencia de ornamentación exprimen *el tedio de la sangre*. Una melancolía biológica no estilizada, pero que el lujo material justifica sus ondulaciones. Sus longitudes monótonas describen tan bien la defoliación del corazón, mejor incluso que la monotonía de las marchas fúnebres.

Quien ha tenido la ocasión de escuchar en un momento de gran fatiga la *Ofrenda musical* de Bach, no ha podido tener el sentimiento de estar enterrado en el cielo. La fatiga se transmuta cautiva de las intenciones últimas de la música y el dolor se transmuta en música.

Escuchad, en instantes parecidos, los lamentos húngaros, seguid únicamente su aliento melancólico, sin el frenesí superpuesto del csardas, y no desearéis morir más que bajo sauces llorones.

Pienso que existe en cada uno una necesidad de tristeza que sus propios recursos no llegan a satisfacer. Entonces, como no se puede siempre soñar mecido por las melancolías de Schumann, se abandona a la música de la Puszta, a sus desgarros, a sus lamentos.

No existe música que exprese de manera más elemental la presencia en el mundo de las lágrimas. Y repitamos las palabras de Isabel de Baviera, la emperatriz que adoraba Hungría: no hay solo el egoísmo de los hombres sobre la tierra, hay también los sauces llorones. O pensemos en el *Jardín de Bérénice*, de Barrés, donde el exceso de meditación entre soledades y lamentos da ganas de llorar. Las vibraciones más refinadas abrazan también el ruido y la ansiedad del alma touraniana.

Keyserling insistía sobre la tristeza árabe, rusa y argentina. ¿Cómo pudo olvidar a los Húngaros? ¿Cómo pudo olvidar la única *excusa* de los Húngaros? El único pueblo de Europa que conserva la tradición de la exaltación dionisiaca. Quien ha visto a los clientes de una taberna magiar acariciados por la tristeza, abandonándose, participando frenéticamente en la ebriedad, no puede más que sentir simpatía por una humanidad tan primitiva, que tiene tan poco que ver con la pasividad de nuestro modo de vida. ¿Qué han venido a hacer a Europa, los Húngaros? ¿Cómo han podido permanecer entre nosotros?

Tienen instintos nómadas. Aunque estén establecidos, fijos en un espacio determinado, no han podido deshacerse de su nostalgia de errantes. La agricultura y el pastoreo no convienen a su alma bárbara. Sacian en el canto y en el grito su sed de espacio. El grito es una desesperación volcada al espacio. Es por eso, que cada vez que se está solo en una llanura o en lo alto de una montaña, el grito parece ser la única respuesta posible a la tentación de la inmensidad. Tengo un desprecio sin límites por los que son incapaces de encontrar sus instintos en la soledad. La naturaleza te vuelve loco, lo mismo que los hombres; la naturaleza por su infinito, los hombres por su planitud.

Los lamentos magiars tienen su origen en el padecimiento de su instinto. Su deseo ávido de espacio se sacia gracias a las longitudes monótonas que suscitan automáticamente la representación de un espacio infinito. La lentitud melódica es la expresión más apropiada de la progresión indeterminada en la estructura del espacio. Los Húngaros son un pueblo de conquistadores que ha acabado en la cría de cerdos. Fracasados sin par.

Siento a la vez un odio nacional muy natural y una ternura que no puedo contener por este pueblo irrealizado. Totalmente desprovisto de sentido político, ha creado organizaciones estáticas las más artificiales posibles. Ha colaborado con los Austriacos porque no representan tampoco un sentido válido en el mundo.

La Hungría de hoy merece su destino. Si ha perdido su vasto territorio, era porque necesitaba menos para que pudiera dar nacimiento a sus melodías irredentas, infinitamente desgarradoras, pero que no la ayudarán jamás a reconquistar aquello que fue.

La existencia de Hungría es una aventura histórica y es también una cuestión pintoresca. Si permanece en Europa como el único país con estructura feudal, ¿no es para prolongar un anacronismo en razón de diversos imperativos estéticos de su paisaje histórico? La única justificación que le queda es *estética*. En la época en que nos perseguía, no tenía ya otra. Su tiranía es una vergüenza para nosotros, no para ella. ¿Qué te ha extendido en el mundo? Los Zíngaros y las mujeres. ¡Y los Rumanos que temen a los Húngaros!

Lo que me une a Hungría, es su inutilidad, la falta de seriedad de su destino político, la amargura eterna de su corazón. Es bueno que haya entre nosotros pueblos que no pueden salir de sí mismos, pueblos prisioneros de su condición primaria. Los Húngaros han permanecido en el alma original de su cultura, en una increíble intimidad con sus fuentes. El devenir histórico no ha dejado de enseñarles lo que eran en sus comienzos. Así Hungría no ha *estado* jamás efectivamente en la historia, se ha arrancado por la música a una suerte que Europa le imponía a pesar de ella.

Ningún pueblo de los Balcanes – Serbios, Búlgaros, Griegos – representa una *idea histórica*. En consecuencia, ninguno nos planta cara. Y eso vale igualmente para Hungría, Checoslovaquia, Austria y Polonia.

Pero la tragedia comienza en otro lugar. En el fondo, Rumanía está confinada únicamente entre Rusia y Alemania. Las fronteras de un pueblo que quiere realizarse no son geográficas, sino ideológicas. Podríamos no haber tenido a Rusia como vecino geográfico. Definirnos en contraposición a ella no hubiera sido menos necesario: nos habríamos confinado al bolchevismo, del mismo modo que somos limítrofes del hitlerismo aunque no lo seamos de Alemania. ¿Por qué, sin embargo, la Rumanía futura deberá situarse más allá del hitlerismo y del bolchevismo?

Los debates del siglo XIX sobre los destinos cultural y político de Rumanía tenían como punto de partida la idea de que era imposible edificar un país sobre un ideal prestado. No es este el lugar de ver si estos debates han sido útiles o no. En todo caso, no han desembocado en ningún resultado práctico. ¿Cuál ha sido el instrumento utilizado con vistas a realizar semejante visión? El miedo al modernismo caracteriza uno de los elementos de su complejo de inferioridad. Es más que evidente que no puede desarrollarse un movimiento político de gran amplitud tomando prestados elementos dispares de corrientes diversas. Pero es importante saber si condiciones objetivas similares encuentran expresiones ideológicas diferentes en dos países, para delimitarlos así realmente el uno al otro.

Un gran fenómeno político debe aportar al país que lo ha engendrado una conciencia máxima de sí mismo. La esencia de la nación debe hacerse transparente para cada uno de los individuos que la pertenecen. ¡Qué la mirada de cada uno descienda hasta las raíces de la nación! Si, por el hitlerismo, un Alemán no se siente en el interior de la sustancia de Alemania o si, por el bolchevismo, un Ruso no siente el pulso de Rusia, eso significa que no se adhiere al destino de su país o que los fenómenos políticos no han alcanzado la profundidad que liga por alguna parte a todos los miembros de una nación. El que queda fuera de la revolución de su nación queda también fuera de sí mismo. No he encontrado individuos más desolados ni más desoladores que los que, en Alemania, no han aceptado el hitlerismo, se han eliminado voluntariamente del ritmo de la nación. Quien se pierde el momento culminante de una nación se convierte a sí mismo en un perdido.

He notado que algunos de nuestros nacionalistas veían con buen ojo la tendencia ruralista, de vuelta a la tierra, de la Alemania actual. Si la colonización rural tiene un sentido en Alemania, o el industrialismo y la cultura urbana han hecho del campesino un pájaro raro, en vías de desaparición, por contra en Rumanía toda corriente que no favorezca el desarrollo de las ciudades, grandes o pequeñas, sería considerado reaccionario, incluso antinacional. Rumanía no tiene ya nada que esperar de los pueblos porque, por haberlos conservado durante mil años, hoy en día nos paralizan. El hitlerismo es una visión indiscutiblemente centrada en el pasado; en efecto, si concede al futuro, sobre el plano político, la dimensión de un absoluto, no impide que Alemania no haya podido tomar conciencia de su destino más que actualizando su pasado. En cuanto a nosotros, no podremos ser nosotros mismos más que volviendo actual un futuro constantemente presente en nuestra visión. Gracias a sus excesos de vitalidad, Alemania puede permitirse el lujo de despreciar teóricamente la industria, mientras que entre nosotros, no comprender el fenómeno

industrial equivale a un suicidio. El samanatorismo es una vergüenza indeleble, no solamente desde el punto de vista literario, sino igualmente como movimiento cultural con implicaciones políticas. Lo que, en mi opinión, debemos aprender de Alemania, a riesgo de hacernos acusar de estar bajo su influencia, es el culto consciente de la fuerza, la obsesión ilimitada por la potencia, por la megalomanía organizada. El proceso de crecimiento de Rumanía es tan artificial y su ascensión al estatus de potencia tan poco natural que solamente tomando prestado y cultivando ciertas ideas vitales para ella, podrá alcanzar su umbral histórico. Rumanía, que no ha conocido jamás el culto de la fuerza, debe aprender a amarla. Su tragedia, es que necesitaría con antelación saber que será fuerte. La conciencia precede cada acto vital en un país sin historia, mientras que en las grandes naciones – Francia es el caso típico – es consecutiva a los actos de afirmación.

El frenesí de la industrialización, la mística del mundo urbano, la voluntad absoluta de un salto histórico, la discontinuidad revolucionaria como manifestación vital, son un conjunto de elementos que hacen de Rusia un país vitalista. Digámoslo objetivamente, las realidades sociales y la atmósfera general de Rumanía recuerdan enormemente a las de la Rusia zarista. La misma decrepitud y la misma inercia. Pero los ideales que han reforzado a Rusia pueden suponer para nosotros un colapso. En un país donde la resistencia interior es tan menor que la conciencia nacional es lábil, la visión bolchevique de la vida podría conducir a una liquidación. Cada nación debe preguntarse lo siguiente: ¿cuáles son los ideales que me volverán más fuerte? La respuesta es facilitada por fuerzas oscuras, por una manera de ver secreta, que se nutre tanto de sangre como de pensamiento. Rumanía tiene que aprender enormemente de Rusia. Tengo la impresión de que, si no hubiera estudiado aunque solo fuera un poco la revolución rusa y el nihilismo del siglo XIX, habría caído en todos los pecados de un nacionalismo inspirado en Daudet y Maurras.

Tengo al hitlerismo por un movimiento serio porque ha sabido asociar directamente los problemas inseparables de la justicia social a la conciencia de la misión histórica de la nación. En cuanto al bolchevismo, aunque sea una barbarie única en el mundo, es también una victoria moral única porque declara absoluta la justicia social. No se puede asentar una revolución nacional de gran envergadura sobre desigualdades sociales. El colectivismo nacional es la única solución para Rumanía, su única salida. El nacionalismo rumano sufre, felizmente según todos sus representantes, de la influencia de los dos grandes reaccionarios franceses. El genio de Maurras y de Daudet han sido para nosotros los otros los Rumanos, un mal genio. Pues los reaccionarios franceses no representan más que un placer estético en los problemas políticos preocupantes. El pasado de Francia ha enseñado demasiado al mundo para que pueda todavía inquietarlo o guiarlo. Rumanía solo puede medir sus insuficiencias poniéndolas frente a Alemania y Rusia. Está obligada a encontrar su propio camino entre Berlín y Moscú.

Está comenzando a hacerse la pregunta en serio Rumanía. Si perdemos este momento de individualización suprema, no tendrá ningún destino político, y todavía menos un destino histórico.

Nuestra supremacía espiritual y política en el Sur-Este europeo debe constituir nuestra obsesión política cotidiana. Continuemos confinándonos en nuestra mediocridad, y la amplitud de nuestro fracaso aterrorizará al mundo.

La pluralidad balcánica no puede conducir a nada. En ausencia de un centro de gravedad situado en un país con destino político ascendente, la divergencia entre Estados gelatinosos provocará fricciones insignificantes. Se necesita una fuerza para transformar estos tristes Balcanes en un núcleo viable. No adquirirán consistencia histórica si ningún país se impone como una fuerza incontestable.

Antaño, la dominación turca sobre esta parte del mundo le daba una unidad, exterior es verdad, pero no impedía que el terror estéril que definía el Imperio otomano ligara entre ellos los pueblos dispersos sin motivo a estas tierras. En tanto gran potencia, Turquía ha afirmado su fuerza de manera extensiva. No ha sabido imprimir un estilo histórico válido para los países conquistados. En la época en la que se extendía desde Marruecos hasta los confines de Arabia y de Viena hasta el Nilo, el Imperio otomano no ha sabido dar forma a un espacio cultural tan vasto. El imperialismo turco es un ejemplo típico de inarticulación histórica, que muestra lo que no debe ser un imperialismo. Eso explica porque los pueblos que han sufrido el yugo otomano han tenido todos la necesidad de liquidar su herencia. A la inversa, ¿existe un solo país que no esté orgulloso de sus vestigios romanos? Se glorifica conservar un fragmento de calzada romana, no hay consolación de poseer una mezquita.

El desencadenamiento turco subraya la diferencia entre gran potencia y gran cultura. Si bien ambas se implican y condicionan mutuamente, descuidaríamos los matices si no remarcamos que la segunda representa un plus cualitativo en sustancia. Turquía ha sido una gran potencia; Francia ha sido siempre una gran cultura. Lo que no significa que no haya sido una gran potencia, pero solamente el matiz que representan las grandes culturas es más apta para expresar la esencia. El imperialismo como fenómeno creador es un atributo de las grandes culturas. Bajo su forma estéril, es siempre una dimensión de las grandes potencias.

Después del fin de la hegemonía turca, la individualización política de los pueblos balcánicos ha conducido a una fragmentación en la que la perpetuación no hubiera tenido sentido. Hablar de reconstruir Turquía sería un crimen. Pero pensemos en lo que Constantinopla ha representado para esta parte del mundo, pensemos en el vacío que tenemos que rellenar. La cuestión de la hegemonía en el Sur-Este europeo es el de *una nueva Constantinopla*.

Y hablemos francamente: *¿Rumanía será el país unificador de los Balcanes, Bucarest será la nueva Constantinopla?*

La respuesta es aleatoria, pero decidirá nuestra suerte.

Si es negativa, nos enseña claramente la situación. ¿Qué seremos si no somos el país predestinado de esta parte del mundo? Seremos lo que fuimos. Y entonces lo irreparable será nuestro signo.

Pero, ¿y si Rumanía está tocada en el futuro por la gracia de la historia? En ese caso, estaremos situados ante grandes responsabilidades.

Privado de un hogar, el Sur-Este europeo no tiene ninguna realidad. La influencia de Sofía, Atenas y Belgrado acaba en sus fronteras. Habrá que demoler Bucarest enseguida si no está llamada a convertirse en el centro de atracción de esta periferia de Europa. Fundaremos nuestras esperanzas sobre la movilidad de los centros de gravedad, históricamente bastante netos. Seremos uno de ellos a condición de convertirnos en una realidad política. ¿De qué nos sirve apegarnos a nuestras apariencias si ejercemos en el futuro tanta atracción como un espejismo?

Cómo se regocijan de ver a la antigua Constantinopla degenerar en un tema romántico que incorporan todavía los poetas, pero que los hombres políticos han olvidado. Nosotros, por contra, no nos olvidaremos ni de su significación ni de su peso, ni de su fatalidad ni de su tragedia. No puedo tener la visión de otra Rumanía sin proyectarla a su fin último. La nueva Constantinopla no debe ser para nosotros un objeto de ensoñación política, sino un objetivo a perseguir día tras día con pasión dramática. De lo contrario, nuestro país no merecería tanta desesperación.

El mesianismo adquiere correspondencias prácticas si tiene por origen la realidad permanente del alma nacional. Un mesianismo intermitente, ocasional, no se definirá jamás políticamente. Ese fenómeno explica los claro-oscuros de Polonia, país de destino intermedio, condenado a debatirse entre las grandes culturas y las

pequeñas. Podría convertirse en una gran potencia, pero le falta el imperialismo. Un imperialismo polaco es imposible porque, contrarrestado por Rusia y Alemania, no puede ejercitarse en ninguna dirección. Polonia plantará cara a la historia; y sin embargo, de ella no quedará más memoria que la de algunos hombres. Porque no es grande por su *destino*. Su mesianismo no ha sido más que una mística nacional que carece de pasión universal, no ha podido convertirse en factor efectivo de la historia. Muy significativo por las penumbras de un país que ha conseguido a pesar de todo desembarazarse de los estigmas de las pequeñas culturas: podemos hacer abstracción bastante fácilmente de Polonia y no pensar más que en sus *cimas*. Este es también, sobre un plano más elevado, el caso de Italia.

Un país es una realidad histórica tanto más fuerte cuanto más claramente nos la representamos como un todo. Francia despierta la imagen de una realidad histórica sustancial. Es decir que pensamos en ella y no en sus glorias individuales. Para todos nosotros, Polonia no significa mucho más que sus músicos o sus profetas. ¿Pero hay alguien para quien Francia signifique solamente Pascal o Baudelaire, Luis XIV o Napoleón?

En lugar de ver nacer en Rumanía un mesianismo de circunstancias, prefiero que arrastremos nuestra suerte sin tener la conciencia de una vocación. No puedo concebir nuestro destino más que como una llama evolucionando sin cesar. De otro modo, Rumanía no será toda entera más que un espacio para corazones rotos. De todas maneras, ¿hacia que otra cosa podrían inclinarse nuestros corazones? Porque no existe un marco más apropiado ni fatal para el equilibrio inestable del alma...

El modo menor es el de la existencia rumana. El modo mayor, sopla y rima con todas las auroras, es el único que conviene a una ascensión frenética. ¿Hasta cuándo Rumanía inspirará la tristeza teórica? Sus lagunas son tan profundas que evocan tentaciones abisales. Así vista, ¿no será Rumanía más que un pretexto para mi dolor? ¿Pongo en ella todas mis capacidades de creer en algo o la redescubriré si dejo la brida a mis amarguras? En la tristeza infinita, Rumanía es un punto que mi desesperación trata de salvar.

La ascensión de un país plantea innumerables problemas. Aquí no hemos hecho más que esbozar sugerencias destinadas a la grandeza de Rumanía. Como no se pueden hacer constataciones en materia profética, hemos evitado evidentemente los detalles y las soluciones inmediatas. Las grandes líneas de nuestro destino, es la preocupación que ha guiado este ensayo. Las conclusiones prácticas y especiales de estos problemas podrán ser extraídas por cualquiera.

Las pretensiones hegemónicas venideras de Rumanía no tienen necesidad de ninguna justificación especial y sobre todo de consideraciones morales. Si los pueblos se contentarán todos con lo que poseen, la humanidad se extinguiría por mediocridad. Si no nos obligamos a imponernos en el mundo, otros edificarán su gloria sobre nuestra inercia. Mientras existan pueblos, el paraíso terrestre permanecerá como una ilusión inútil. La historia es otro nombre que hemos puesto a la tragedia, lo mismo que denominamos vida a la vanidad.

Y, ya que la evolución de la humanidad no es otra cosa que la ascensión y la caída de las naciones, una sucesión dramática de destinos donde cada uno se esfuerza en legitimar su presencia gracias a un incremento de angustia, no nos queda más que ir hasta el final de nuestro destino arrojándonos en un torbellino en el cual saldremos vencedores o vencidos según el grado de nuestro frenesí.

No me interesa más que el desarrollo ascendente de Rumanía, en su espiral histórica. Ya que los únicos pueblos que han tenido una significación en la historia universal son los que se han destruido para afirmar sus instintos y su idea, los que han sufrido por su sentido en el mundo, los que han sacrificado todo a una gloria precipitando su agonía.

Hay un soplo general, en este impulso que impele a la afirmación y a la destrucción, que transfigura lo que la vida histórica tiene de demoníaca y corona a las culturas con un nimbo tan fatal como encantador. La ilusión engañosa del progreso será

una tacha indeleble sobre la conciencia moderna. ¿Qué experiencia superficial de vida habrá hecho el hombre moderno para quitarle en el futuro su carácter de drama permanente y fluido, para comprometerle en la idea de progreso? ¿Y de qué certezas pedagógicas se nutre para verter tantas pretensiones éticas en los instintos de la vida y sus errores? La idea de progreso, la moral y todo lo que, en este mundo, es directamente o indirectamente pedagogía han ablandado, hasta castrar, el sentido vibrante de la tragedia, a la cual los mortales se entregaban antaño con tanta pasión como dolor. No puedo amar a una cultura que, bajo su forma y su estilo, recele del amor, la desesperación, la muerte y la iluminación. ¿La verdad, el bien, la belleza? Si la vida tuviera ojos para ver, descubriría en su resplandor una llamada extraña y ambigua a la santidad.

Seremos mal recibidos, nosotros los otros los Rumanos, si entramos en el mundo rapiñando, restaurando los harapos de una cultura, rellenando sus agujeros con teorías morales o tratando de salvar todo lo que no es trágico en la modernidad. ¿Seremos capaces de comprender el gótico, el barroco, y no de asimilar su dinamismo? ¿El espíritu heroico y convulsivo de España y de Rusia no despierta realmente ningún eco en nosotros? ¿El exceso y el paroxismo del alma alemana nos serán siempre extraños? No quiero una Rumanía lógica, ordenada, moderada y prudente, la quiero agitada, contradictoria, furiosa y amenazante. Soy demasiado patriota para desear la felicidad de mi país.

La espiral histórica de Rumanía se elevará hasta el punto en que se plantee el problema de nuestras relaciones con el mundo. Hemos sido hasta aquí reptiles; nos levantaremos ahora de cara al mundo, para que se sepa que, si Rumanía está en él, a su vez él está en ella. Si no vivimos de manera apocalíptica el destino de nuestro país, si no ponemos una fiebre y una pasión finales en nuestro comienzo, estaremos perdidos y no nos quedará más que recuperar las sombras de nuestro pasado.

Traducción realizada del 21 de junio 2017 al 7 de julio 2017